

- Argentina \$ 9

# puentes

año 6 - número 17 - abril 2006

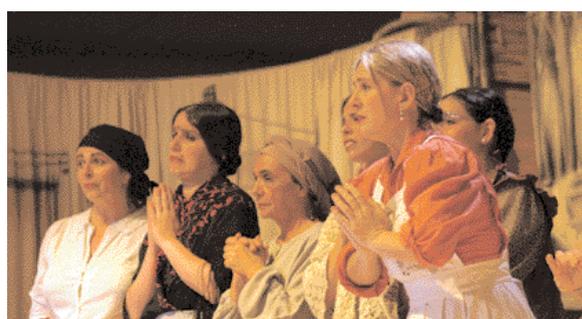
A treinta años  
**Iluminar el**  
**PRESENTE**



**NÚMERO ESPECIAL.** Escriben y opinan: Ludmila Catela, Laura Conte, Víctor De Gennaro, Carlos Gamarro, Daniel Goldman, Mario Goloboff, Mempo Giardinelli, Elizabeth Jelin, Daniel Lvovich, Rodolfo Mattarollo, Sandra Raggio, Guillermo Saccomanno, Hugo Vezzetti. **Otro 24** de marzo, la masacre de las Fosas Ardeatinas: Alessandro Portelli. **Dossier documentos:** persecuciones y represión en Astilleros Río Santiago.

# sumario

**4.** Para derrotar la indiferencia. Acto y documento de la Comisión por la Memoria. **8.** El golpe en cuestión. Escriben y opinan: Rodolfo Mattarollo, Mabel Gutiérrez, Daniel Goldman, Mempo Giardinelli, Laura Conte, Víctor De Gennaro, Hugo Vezzetti, Elizabeth Jelin. **25.** Grietas en la impunidad. Por Lucas Miguel. Los Juicios por la verdad. **36.** Del silencio a las nuevas preguntas. Los historiadores ante el pasado reciente. Por Roberto Pittaluga. **41.** Dictadura y consenso ¿Qué podemos saber? Por Daniel Lvovich. **46.** Jóvenes, escuelas y memorias locales. Trajes de época para batallas por el futuro. Por Sandra Raggio. **53.** Otro 24 de marzo: Masacre de las Fosas Ardeatinas. Historia, mito, rituales y signos. Por Alessandro Portelli. **61.** Los desaparecidos de Tumbaya, Jujuy. El estigma de la memoria. Por Ludmila da Silva Catela. **67.** Teatro y autoritarismo. Los modos de representación. Por Federico Irazábal. **72.** Narrativa argentina y dictadura. Todos nuestros ayeres. **82.** Bibliográficas. **84.** Comisión Provincial por la Memoria. **87.** Dossier documentos. De lo secreto a lo público. Cuarta entrega: Astillero Río Santiago.



Con la convicción de que la memoria del terrorismo de estado debe iluminar la agenda de derechos humanos del presente, la Comisión por la Memoria de la provincia de Buenos Aires eligió conmemorar este trigésimo aniversario en el inusual marco de una cárcel. El acto se realizó entre los muros de la unidad 9 de La Plata, sitio de detención de los presos políticos de la dictadura militar. Uno de los presos de entonces, el Premio Nobel de la Paz Adolfo Pérez Esquivel, brindó una charla sobre derechos humanos para más de un centenar de internos e invitados. Se refirió al carácter dinámico de la memoria, que debe "iluminar el presente", y reflexionó acerca de las causas de la dictadura instaurada en 1976 y sus responsables. También se dirigieron a los internos la Madre de Plaza de Mayo y vicepresidente de la Comisión, Laura Conte y Gustavo Jaramillo, padre de un preso asesinado en 2004 en la Unidad 23 de Florencio Varela. "Sé que es muy difícil hacer una denuncia por lo que me pasó. Pero reclamen si sufren maltratos", instó Jaramillo. El Presidente del Centro de Estudiantes Universitarios de la Unidad 9, también tomó la palabra. Habló de los "jueces que conocían, callaron y ocultaron", de los penitenciarios que no se preguntaron "adónde iban a parar esos presos". Otro detenido, señaló: "Aunque no está implementada la pena de muerte, en la provincia se producen más muertes en las cárceles de las que se dan en países que si ejecutan a los delincuentes (...). La enfermedad de esta sociedad se refleja en nosotros (...). No necesitamos pastillas. No necesitamos armas. No necesitamos represión. Ayudennos a superarnos, a estudiar. Lo que necesitamos son herramientas para vivir una vida distinta". Reproducimos a continuación el documento que la Comisión por la Memoria elaboró en ocasión de los 30 años y que durante el acto realizado en la Unidad 9 fue leído por el co-coordinador del Comité contra la Tortura, Alejandro Mosquera.



Fotografías Alejo Garganta Bermúdez

Memoria y presente

# Para derrotar LA INDIFERENCIA



Hace treinta años comenzaba la etapa más oscura padecida por nuestro país. La antecedió una fecunda experiencia de construcción de poder popular, que jaqueaba al *status quo* tanto en lo económico-social como en lo político-cultural. La coalición cívico-militar que dio el golpe aquella noche del 24 de marzo de 1976 tuvo como meta terminar con la amenaza resultante para sus intereses y destruir lo que el pueblo había acumulado durante tanto tiempo. El liberalismo económico se conjugó con el autoritarismo político cuya cara más feroz fue la aplicación del terrorismo de Estado.

Sustentada en la doctrina de seguridad nacional, esa coalición definió como enemigo interno a todo aquel que, *bajo el conjuro de ideas foráneas*, pusiera en riesgo el orden imperante. Las fuerzas armadas y las fuerzas de seguridad fueron su instrumento para imponerlo. Se les negó a todos los habitantes los derechos básicos y se construyó un *otro*, expresado en la figura del *subversivo*, al que había que exterminar. Peligrosos por su sola presencia, irrecuperables casi por naturaleza, estos *elementos disolventes* debían ser extirpados del cuerpo social para devolverle la salud a la nación. No hubo reparos en cuanto a los medios a emplear para cumplir con ese objetivo. Expropiados de sus derechos, los *subversivos* fueron tratados como subhumanos. En centros clandestinos de detención y cárceles, miles de compatriotas sufrieron los tormentos y torturas más crueles. La humanidad adolecía, extraviada. Las desapariciones fueron el crimen de los crímenes. No había sistema judicial que diera cuenta de ellas, los *habeas corpus* daban negativos cuando no eran directamente rechazados. Incluso el día 13 de junio de 1977, el entonces presidente de la Suprema Corte de Justicia de la provincia de Buenos Aires, llegó a *recomendar* a los diversos tribunales y jueces de la provincia “que en la tramitación de Habeas Corpus [...] se abstengan de efectuar pedidos de informes al Estado Mayor Conjunto, relacionados con personas detenidas o desaparecidas”.

Existía una pátina de normalidad judicial, mientras en los sótanos del régimen millares de habitantes eran sometidos al horror.

El país diseñado sobre la impunidad del genocidio comprendió como objetivos estratégicos la desindustrialización y el acrecentamiento meteórico de la deuda externa. La especulación se impuso por sobre la producción y los grandes capitales concentrados se apoderaron de la economía. La democracia restaurada no logró revertir este proceso. Por el contrario, el neoliberalismo de los noventa profundizó ese modelo. La riqueza de algunos pocos siguió creciendo tanto como la pobreza de millones. La exclusión social vino de la mano de la expropiación del derecho al trabajo, a la educación, a la comida, a la vivienda, a la salud, a la jubilación. Una desocupación galopante dejó atrás aquella promesa hecha en tiempos de la transición a la democracia. Los pobres se multiplicaron, la marginalidad creció, las fracturas sociales se ensancharon, las identidades sociales se disolvieron

y la acción colectiva no pudo evitar el proceso de destrucción social y económica.

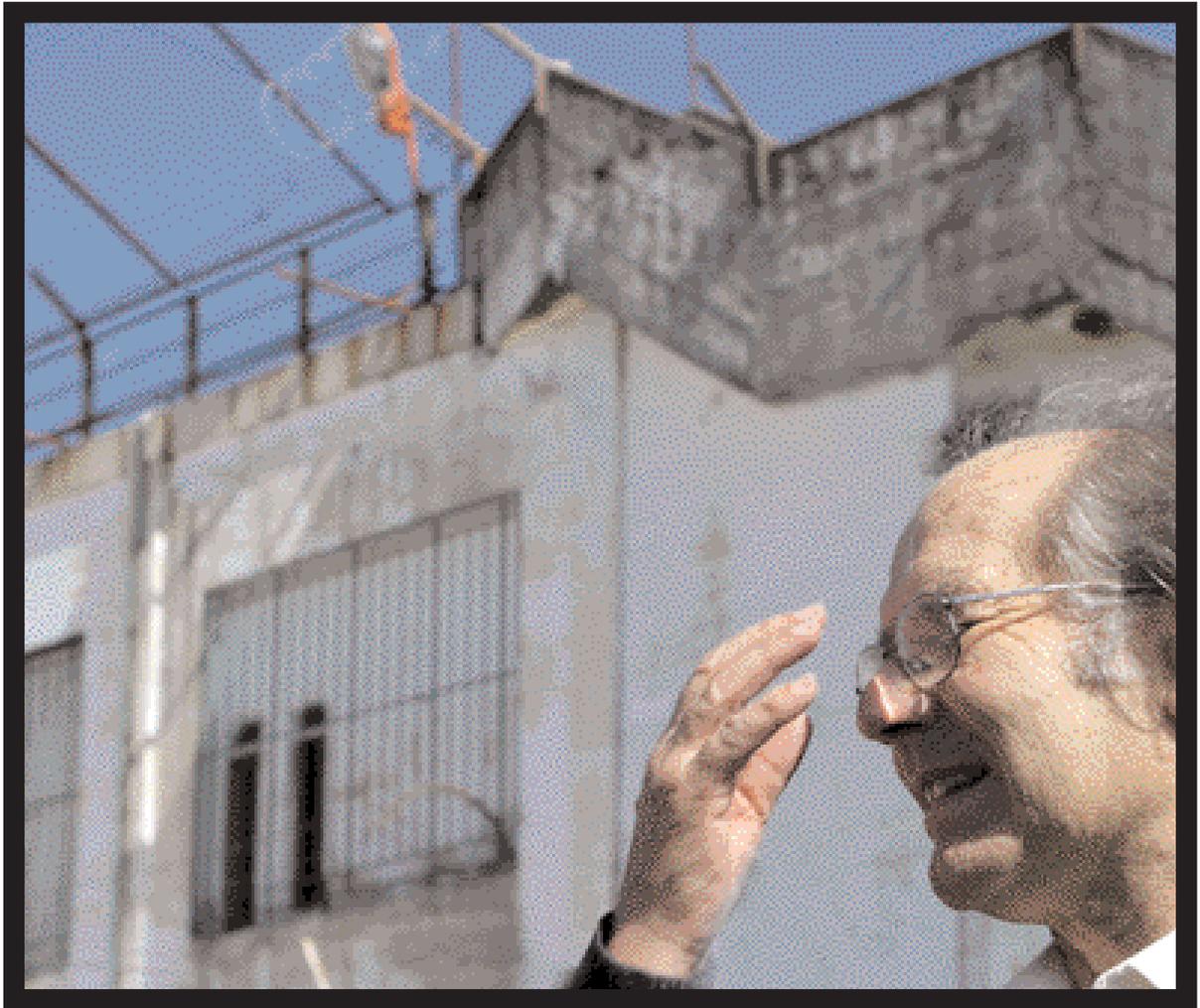
Emergió así un *otro* diferente de aquel *subversivo*, pero similar en tanto fue visto y estigmatizado como una amenaza social. Desde los '80 hasta hoy, ser joven, desocupado, morocho y pobre, constituye un *peligro* para la sociedad, para la vida y sobre todo para la propiedad privada de las personas. Se trata de la población *sobrante*. Su sola presencia activa los mecanismos represivos. El *gatillo fácil* asesina a los *portadores de cara* y la estadística policial se maquilla con *razzias* masivas y apriete en las calles. Los reclamos de *mano dura* son el sustento ideológico de estas prácticas aberrantes.

En las cárceles se hacían miles de compatriotas recluidos por la política de exclusión social. No hay explicación posible para el incremento sideral de la población carcelaria sin considerar el crecimiento igualmente drástico y sostenido de la brecha social. La política penal reemplaza a la política social, desplegando una acción arbitraria, selectiva y ultra clasista. La mayoría de la población carcelaria está compuesta por procesados sin condena, judicialmente inocentes hasta que se demuestre lo contrario, que viven en condiciones inhumanas, durmiendo a veces por turno, obligados a pelear por un colchón. Otras, son golpeados o torturados. Y en algunos casos, asesinados. Pero no son casos aislados, no son *excesos*, son el producto de un sistema de la crueldad sostenido por la impunidad y el silencio cómplice.

La resistencia popular, hace treinta años, debió luchar contra una cultura promovida desde el poder que hizo que muchos no quisieran saber, no quisieran siquiera creer, lo que muy pocos denunciaban a riesgo de su propia vida. Así, mientras la normalidad de la vida cotidiana continuaba para muchos, otros semejantes padecían situaciones extremas en la oscuridad de los centros clandestinos de detención y en cárceles como ésta. Hoy ya nadie puede negar ni justificar públicamente aquellos hechos, y eso es producto de una larga lucha. Sin embargo, lejos estamos todavía de superar aquel tiempo signado por el autoritarismo. Sus ecos resuenan en cada compatriota privado de sus derechos y se amplifican cada vez que, amparados bajo el poder que el Estado les confiere, unos hombres se apoderan de la vida y de la dignidad de otros hombres.

Lo sabemos: el asesinato, la tortura, la desaparición de opositores políticos, son incompatibles con el respeto por la condición humana. De idéntico modo, las torturas, los vejámenes, los malos tratos y los asesinatos a presos perpetrados o amparados por agentes estatales, son incompatibles con la democracia.

No sólo debe horrorizarse la sociedad cuando se prueba judicialmente la tortura con picana, sino que debe rechazar que se naturalice la violencia institucional cotidiana. Hay que derrotar ese nuevo *por algo será*, que invita a mirar para otro lado mientras a un semejante se lo somete, bajo la pro-



mesa de que eso permitirá vivir seguro.

Por eso hemos elegido realizar nuestro acto de repudio al Golpe del 24 de marzo en la Unidad 9. Aquí existieron los pabellones de la muerte durante la dictadura. Entre estas paredes se desplegó el horror que la memoria debe preservar para defender el *Nunca Más*; pero también hubo heroísmo, solidaridad militante. Aquí también se construyó la resistencia.

Lo hacemos aquí, además, porque tras estas paredes se volvió a utilizar la picana durante la democracia. Nuestro Comité Contra la Tortura pudo probarlo judicialmente. Queremos que nadie pueda decir: "No sabía". Ahora todos pueden saber lo que pasa, tanto la ciudadanía como el Poder Ejecutivo, el Legislativo y el Judicial. Ésta es una diferencia fundamental con el pasado.

El conocimiento nos pone a todos ante una disyuntiva moral: no se puede ser parte del reclamo de verdad y justicia por el genocidio de ayer y ser pasivos ante las violaciones a los derechos humanos de hoy. Éste es el legado moral que se asienta en la memoria. No hay emergencia, no hay razón de Estado que pueda disculpar el no ha-

cer, el mirar para otro lado, y mucho menos la complicidad por acción u omisión.

Que la justicia nos permita construir un país sin impunidad.

Que la verdad nos haga construir una nación mejor.

Que la memoria una la voluntad y conciencia de millones para hacerlo posible.

La Comisión Provincial por la Memoria quiere rendirle, a treinta años del Golpe genocida, nuestro homenaje a los 30 000 desaparecidos, a los centenares de miles de perseguidos, detenidos, exiliados. A los que resistieron de miles de formas. A los militantes políticos, sociales, sindicales, barriales, estudiantiles, que soñaron un mundo y una Argentina distinta. A los que no están, pero también a los que hoy siguen luchando por esas ideas.

Adolfo Pérez Esquivel, Hugo Cañón, Laura Conte, Aldo Etchegoyen, Mauricio Tenenbaum, Elisa Carca, Luis Lima, Carlos Sánchez Viamonte, Elizabeth Rivas, Alejandro Mosquera, Víctor Mendibil, Gabriela Cerruti, Daniel Goldman, Verónica Piccone, Roberto Tito Cossa, Leopoldo Schiffrin, Martha Pelloni, Mempo Giardinelli.



Fotografías Alejo Garganta Bermúdez

¿Cómo se ha ido pensando la dictadura? ¿Cómo fue dialogando a través del tiempo la memoria de la dictadura con las agendas políticas, sociales, económicas y culturales de los sucesivos presentes democráticos? ¿Qué lugar ocupó el gobierno en la conmemoración? ¿Qué balance dejaron los actos y la plaza del 24? Opinan y escriben Laura Conte, Mabel Gutiérrez, Daniel Goldman, Mempo Giardinelli, Elizabeth Jelin, Hugo Vezzetti, Víctor de Gennaro y Rodolfo Mattarollo.

# El golpe en cuestión



Rodolfo Mattarollo, Subsecretario de Derechos Humanos de la Nación.

# “No hubo voluntad de hegemonizar”



*-¿Puede hablarse de un abuso de la memoria respecto a lo que vino pasando en los últimos tiempos en relación con el trigésimo aniversario del Golpe de Estado de 1976?*

-Creo que los trabajos de la memoria son como los de un mar siempre recomenzado. Pero es un mar que puede estar cubierto por la niebla. Es lo que entiendo ocurrió en vastos sectores sociales, que practicaron un olvido

voluntario, pero quizás no espontáneo. Hay estrategias de la memoria y estrategias del olvido. Estas estrategias no son sólo psicológicas, son también políticas. Generalmente los que recomiendan el olvido se encuentran en el bando de los que han cometido o apoyado los crímenes de lesa humanidad. Lo hacen en nombre de la reconciliación. Pero sobre qué bases reconciliarse cuando es evidente que hay

cientos y miles de individuos que saben lo ocurrido con los desaparecidos y no hablaron durante treinta años, no han proporcionado información alguna a familiares que buscan a sus seres queridos, incluso continúan negando información sobre esos desaparecidos vivientes que son los nietos de los desaparecidos a los que se les ha sustituido la identidad y a los que las abuelas siguen buscando. No creo que haya abusos de la memoria, creo que todavía hay grandes zonas de silencio y que recién ahora muchos están atreviéndose a hablarse a sí mismos y a hablar con los demás sobre lo ocurrido. La memoria de estos crímenes inenarrables es un arduo ejercicio, difícilmente alguien se entregue abusivamente a sus necesarios desgarramientos.

**-¿Cómo evalúa lo que sucedió en los medios y en la sociedad en torno a este aniversario?**

-Creo que se respira mucho mejor hoy que ayer en muchos lados. Fuera de las grandes ciudades, en lugares aislados y distantes de los centros poblados, cambia el rostro del país, en muchos de esos lugares había hasta hace poco mucho miedo. La Secretaría de Derechos Humanos de la Nación está recibiendo numerosos testimonios de desapariciones en la provincia de Tucumán por ejemplo, sobre todo en las zonas rurales, denuncias que nunca antes se habían recibido. Pero no sólo se retira paulatinamente un miedo que aún subsistía en plena transición democrática, creo que al mismo tiempo muchos análisis y mensajes van más allá de las crónicas del horror y llevan a preguntarse cómo fue posible todo esto y por qué.

Aparece cada vez más claro que el golpe de estado que instaura la dictadura en 1976 tiene una finalidad primordial de disciplinamiento social para imponer un plan económico-social antinacional y antipopular. El desafío de fondo para la dictadura no era el que planteaba una guerrilla que ya había sido derrotada militarmente antes del golpe. Por otra parte, aparece cada vez más claro que en nuestra sociedad habíamos consentido desde hacía tiempo, por subterráneas estrategias del espíritu, un cambio de paradigmas morales básicos, fundamentales, que explican las particularidades del caso argentino. La exclusión social, la negación del otro, la intolerancia y el autoritarismo, la lógica de la crueldad extrema, no tienen parangón en muchas situaciones también muy trágicas, pero que carecen de un rasgo de perversidad que caracteriza al caso argentino. Por un lado, se habla muchas veces en abstracto de los hechos de nuestro pasado reciente y por el otro existe una familiaridad con el horror que lo banaliza. Pero no, no es normal que en una situación que no era de guerra civil se bombardeara una plaza llena de gente, como ocurrió el 16 de junio de 1955 en Plaza Mayo; no es corriente que un gobierno mande secuestrar a sus propios diplomáticos; no es frecuente la apropiación masiva de niños de los considerados enemi-

gos políticos; no se encuentra fácilmente en otros lados una transmisión fraudulenta de inmuebles organizada desde el aparato del Estado.

**-¿Cuál es el balance que hace desde su cargo de la marcha/acto, del acto en el Colegio Militar y de cierta pretensión unificadora de los actos desde el gobierno?**

-Creo que hoy estamos viviendo un momento excepcional en la lucha por los derechos humanos en la Argentina, que es el resultado de la confluencia entre la voluntad política del gobierno nacional y la obstinación de vastos sectores de nuestra sociedad y de los organismos de derechos humanos de exigir verdad, justicia y reparación. A veces se pone el acento en uno solo de estos términos. La confluencia de ambos —voluntad política del gobierno, presión del movimiento de derechos humanos— ha permitido perforar el muro de la impunidad, anular las leyes de amnistía encubierta, declarar imprescriptibles los crímenes de lesa humanidad, reabrir 1004 causas con 1700 imputados y más de 170 individuos en prisión preventiva. Es la confluencia entre voluntad política del gobierno y decisión del movimiento de derechos humanos lo que ha permitido establecer el Espacio para la Memoria en lo que fuera la sede de la ESMA. No pasemos por este gran momento histórico sin verlo en toda su magnitud.

Al mismo tiempo, en algunos sectores existe la tendencia a naturalizar la política de derechos humanos de la actual gestión. Llamo *naturalizar* la política de derechos humanos al hecho de ignorar que se trata de un conjunto de políticas públicas del estado nacional. Y, sin embargo, hubo que tomar la decisión de derogar el decreto de De la Rúa, anular leyes de impunidad contra la opinión de poderosos sectores, renovar una Corte Suprema completamente desprestigiada, también contra la opinión de activos sectores de poder. Todo eso tuvo grandes costos políticos y sería responsabilidad por parte de todos reconocerlo.

El acto en el Colegio Militar fue otro momento histórico. Asumamos lo que estamos viviendo. Por momento parece un sueño. Sin embargo, falta mucho por hacer para construir una cultura respetuosa del Estado de derecho y la democracia. Lo indica la torpe actividad de inteligencia interior descubierta recientemente en una unidad de la Armada. Por último, no veo voluntad de hegemonizar los actos del 30 aniversario de parte del gobierno. Sí me parece que es legítimo establecer ejes morales y filosóficos propios de una civilización de los derechos humanos en la construcción del Estado y de la sociedad. Así como los físicos nos hablan de un universo infinito pero que tiene límites, creo que en el variado universo de la memoria y de las versiones de la historia hay fronteras. En Europa, esa frontera puede ser la que se opone a negar o relativizar los crímenes del nazismo; en nuestro país, es el rechazo definitivo de la doctrina de los dos demonios y de todo intento de justificación o relativización del terrorismo de Estado.

# Una misma lucha, distintos tiempos

Por Mabel Gutiérrez

Siempre hemos dicho que nuestro nombre, Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas, es en sí mismo una declaración de principios. Porque somos familiares: madres, padres, esposas, hermanos. Porque somos el organismo donde se agruparon, además, los familiares de los presos políticos. Y porque en setiembre de 1976, cuando nos constituimos, éramos conscientes de que las razones de la represión eran absolutamente políticas, y que nuestros familiares —salvo excepciones— tenían una militancia desde agrupaciones estudiantiles, gremiales, barriales, partidarias o armadas. Hace más de 22 años que hemos recuperado un sistema de gobierno constitucional. Nuestra lucha ha sido muy distinta a la de los duros años de la dictadura. Pero no siempre más fácil.

Uno de los momentos más gratificantes que hemos vivido en nuestros años de lucha fue en las postrimerías de la dictadura, primeros días de diciembre de 1983, cuando en nuestro local recibimos a dos contingentes de liberados que habían estado a disposición del PEN. Uno —de hombres— venía de la Cárcel de Trelew, y el otro —de mujeres— del Penal de Devoto. Y allí se encontraron matrimonios que hacía ocho o diez años que no se veían por haber estado presos en distintas cárceles, en distintos y distantes lugares del país. Parecía que los presos políticos eran un mal recuerdo. Sin embargo, quedaron en las cárceles del gobierno constitucional más de ciento cincuenta. Y sólo en 1987 recuperaron su libertad los últimos.



Muchos ex-presos nos han confesado su sentido de culpa por estar vivos. Porque tuvieron la suerte de ser detenidos y no desaparecidos como sus compañeros. Nos atrevemos a asegurar que esa carga la comparten ex presos, ex exiliados y los militantes de esa generación que sufrieron otra clase de exilio: el interno. Una generación castigada por la represión por intentar cambiar las injustas estructuras del sistema. Una generación a la que mediante el terror se intentó acallar y doblegar. Una generación que sufrió una derrota difícil de asimilar cuando en la lucha se han puesto en juego la vida, la libertad, el destierro...

Cuando termina la dictadura, regresa el exilio y los presos recuperan la libertad.

Y encuentran otro país. Un país distinto del que dejaron al ingresar en la cárcel o al partir hacia el exilio. Un país derrotado, rechazado, aterrorizado, que perdió la fuerza combativa y de movilización de sus años de militancia. Un país que debía recuperar su historia afrontando la verdad del horror, que debía recuperar su capacidad de ejercer la democracia, que debía tomar conciencia de que la justicia era la única garantía del Nunca más.

Era muy difícil afrontar esta realidad. Recuperar un espacio perdido en una sociedad a la que no comprendían y que no los comprendía. Recuperar ese tiempo de desgarradora ausencia impuesto por la fuerza. Reconstruir los lazos familiares, laborales y sociales. Someter a sus hijos —en el caso de los que retornaron del exilio— a un exilio al revés, trasladándolos a un país que era el suyo legalmente, pero al que no pertenecían. En cuanto a nosotros, así como a ellos, también nos costó enfrentar la nueva realidad.

Nuestra lucha durante la dictadura fue dura y riesgosa. Pero el enemigo era un enemigo claro. Ante esta nueva situación permanecieron muy precisos nuestros objetivos, pero no la manera de alcanzarlos. Y fue eso lo más duro.

Habíamos usado todos los recursos disponibles. En el país y en el exterior. A partir de los gobiernos constitucionales debimos aprender a abrir en nuestro país las puertas que siempre habían estado cerradas. El lobby que habíamos aprendido a hacer en la O.E.A. y en Naciones Unidas y ante gobiernos extranjeros, debimos utilizarlo ante nuestros legisladores y funcionarios. A nuestro papel de movilizadores y de denunciantes debimos sumarle el de reclamadores de libertad, de justicia y de respeto por los derechos humanos ante los que, teóricamente, deben defender los intereses de quienes, mediante su voto, los eligieron como representantes.

Quiero traer a la memoria la primera actividad de movilización que compartimos todos los organismos de DD. HH., que hoy llamamos “históricos” por haber surgido antes o durante la dictadura. Era muy difícil en aquel entonces ponernos de acuerdo en las consignas. Las de aparición con vida y libertad a todos los presos políticos no eran aceptadas por algunos de los organismos. Las discusiones fueron duras, pero la madurez política demostrada permitió llegar a un consenso y, finalmen-

te, el 5 de octubre de 1982, todavía en dictadura, realizamos nuestra primera marcha: la “Marcha por la Vida”, con una cantidad imprevista de personas que nos acompañaron. Esa marcha nos demostró que no estábamos solos y que el refrán que dice: “La unión hace la fuerza” es muy sabio.

Con el advenimiento del régimen constitucional, a partir de la investigación de la CONADEP y de los Juicios, nuestras marchas fueron en aumento en cantidad y poder de convocatoria. La marcha contra el indulto, contra todo lo previsto, reunió a 100.000 personas y tuvimos que cambiar el recorrido para poder dar cabida a esa marea humana.

Después, el silencio. Durante cinco años luchamos contra una agobiante indiferencia de la sociedad y de los medios de comunicación. La verdad y la justicia no eran temas relevantes. Y nuestro sueño —por lo menos el de Familiares—, que la población tomara nuestras reivindicaciones, parecía una utopía difícil de alcanzar.

Y apareció Scilingo con su terrible verdad. Una verdad que todos nosotros no sólo conocíamos, sino que habíamos denunciado. Una verdad que había sido ventilada en los Juicios a las Juntas Militares, y publicada en todos los diarios. Una verdad descrita en el Nunca Más, el best seller más importante en la historia de nuestro país.

Sin embargo, hizo falta que alguien dijera por televisión: “Yo arrojé treinta personas vivas al mar”, para que la sociedad se sacudiera. Y el 24 de marzo de 1996, a veinte años del Golpe militar, esa sociedad se volcó a la calle —convocada por los organismos de DD. HH., organizaciones gremiales, estudiantiles, barriales, profesionales y políticas— en una manifestación impresionante por “Verdad y la Justicia”. A partir de entonces, la sociedad nos ha dado una nueva identidad. Durante la dictadura fuimos los subversivos. A partir de la CONADEP y de los Juicios, y de la difusión del horror que habíamos vivido, pasamos a ser respetados en nuestra sociedad. Y hoy estamos considerados como la conciencia ética del país. Una identidad que nos hemos ganado y que nos honra, pero que no es una carga fácil de llevar.

Finalmente, quiero mencionar una frase con la que Familiares se caracteriza:

“En la colmena de los derechos humanos, nos integramos en el grupo de las abejas obreras. En todos estos años hemos cumplido un papel silencioso pero de trabajo cotidiano, permanente y sin pausa. Así fue la lucha de nuestros seres queridos antes de ser detenidos o desaparecidos. Ellos fueron también las abejas obreras de la Colmena de la Liberación y trabajaron ofreciendo su vida y su libertad en su lucha contra la dependencia, por el salario justo, la vivienda digna, el derecho al trabajo, la educación y la salud, contra el imperialismo, por la justicia social. Ellos han sido el objetivo de nuestra lucha, pero también los inspiradores de ella”.

**Mabel Gutiérrez** es presidente de Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas.

# Demonios

Por Daniel Goldman



No se ha discutido lo suficiente sobre la teoría de los dos demonios. Someramente explicada, sostiene que en la Argentina de los '70 hubo una contienda en la cual se enfrentaron dos bandos, con la sociedad como víctima y espectadora distante. Tampoco se la repudió lo suficiente. Y por no haberla discutido ni repudiado, esta teoría -para muchos muerta o pasada de moda- conserva influencia sobre amplios sectores de la sociedad. Y ha dejado marcas que son absolutamente peligrosas, ya que instituyó un relativismo ético que no es una postura filosófica sino un mecanismo sofista. Invención de una clase dirigente que se resguarda en el lamento, culpando a algunos por lo acontecido, pero no elevó la voz para impedir que se interrumpiera el sistema democrático, que 30.000 jóvenes regaran con su sangre nuestra tierra, que cientos de niños -hoy ya jóvenes o adultos- perdieran su identidad y que haya quedado un vacío moral en todos los órdenes del quehacer cotidiano.

La teoría de los dos demonios no tiene ningún asidero fáctico en virtud de la desproporción numérica de los supuestos bandos implicados en la supuesta contienda. Tengo la sensación de que esa teoría es nieta del *por algo será*. Además, está emparentada con todas las variables del silencio, tan destructivas como las acciones. Porque es el eco del silencio el que otorga el consentimiento para que se produzcan nuevas desapariciones.

Como ejercicio espiritual vale la pena releer el libro de Jacobo Timerman *Preso sin nombre, celda sin número*, en el cual, en pocos y contundentes párrafos, medita acerca de la complicidad del silencio. Y nos hace comprender que una sociedad siniestra es aquella que se compone de muy buena gente que ante lo terrible no dice nada.

**Daniel Goldman** es rabino de la comunidad Bet-El. Integra además la Comisión Provincial por la Memoria.

# Lo que quedó del 24

Por Mempo Giardinelli

La recordación del último 24 de marzo fue, en mi opinión, un ejercicio por demás saludable para la democracia en nuestro país. Los treinta años del inicio del Golpe de Estado más feroz de la historia nacional sirvieron nada más y nada menos que para reafirmar los valores democráticos que tan arduamente venimos reconstruyendo millones de argentinos y argentinas desde, por lo menos, 1983.

Más allá de las dificultades y tropiezos, yo me quedo con esta visión optimista: la memoria nunca es excesiva; siempre es el camino hacia la verdad y la justicia; y los procesos de crecimiento democrático son imparables cuando es todo un pueblo el que se involucra.

A esto podemos verlo ahora con claridad, después de que se mostraron al desnudo todas las taras que como sociedad nos aquejan: las mezquindades, las chicanas, los oportunistas, las necesidades. Porque todo eso afloró en esta efemérides desdichada. Y, sin embargo, por encima de todo eso, la sociedad argentina se reencontró con lo más atroz de su pasado para revisarlo y ratificar que “nunca más”.

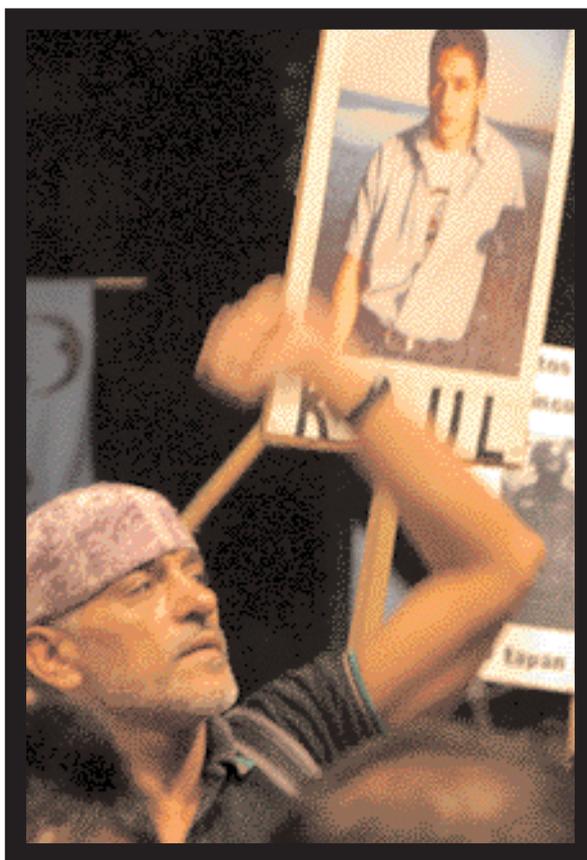
Desde el gobierno se intentó una capitalización política bastante torpe, a la que todos le vimos la hilacha desde el vamos. Desde los medios se frivolizó el feriado —desdichada decisión— subrayando que “la gente se iba de vacaciones”. En la tele aparecieron todos los progenitores de la insostenible teoría de los dos demonios y no hubo cretino que no tuviera espacio en la telebasura nacional. Y en la Plaza de Mayo aparecieron, incluso, algunos oportunistas que fueron veloz y oportunamente rechazados por los organismos históricos más representativos.

Nada fue demasiado sorprendente para los que, desde un mes antes, denunciábamos tanto el disparate menemizante y neomontonerista de la celebración o conmemoración del aniversario del Golpe, como el riesgo de que la derecha infatigable y la estupidez ultraizquierdista echaran a perder el ejercicio colectivo de memoria.

Pero ninguno de los esfuerzos que tironearon de la fecha más dolorosa de la historia nacional consiguió sus objetivos. Como no lo consiguieron en su momento la dictadura, el perdón alfonsinista, los indultos menemistas y la permanente protección a la corporación criminal que abusó del poder y la razón del Estado. Ningún intento logró someter a la memoria en nombre del falso fin de la impunidad ni del maximalismo sectario. Nada doblegó la voluntad me-

moriosa de esta sociedad y ése fue el mayor triunfo popular. Nada empañó el empecinado ejercicio de memoria que hizo nuestro pueblo. Y eso es lo que hay que celebrar: que la memoria es nuestra fuerza y es el único camino para construir un país mejor.

**Mempo Giardinelli** es escritor. Vivió exiliado en México entre 1976 y 1984. Fundó y dirigió la revista *Puro Cuento* (1986-1992). Es autor -entre otras- de las novelas *La revolución en bicicleta*, *El cielo con las manos*, *Luna caliente*, *Qué solos se quedan los muertos* y *Santo Oficio de la Memoria*. Algunos de sus libros de cuentos son *Vidas ejemplares*, *El castigo de Dios* y *Cuentos con mi papá*. Es consultor académico de la Comisión Provincial por la Memoria.



# Abrir los muros

Por Laura Conte



Han transcurrido 30 años desde el golpe de 1976, 30 años de memoria. En ese tiempo, los organismos defensores de los derechos humanos han hecho suyas algunas fechas, entrañables por un logro o por un dolor. Fechas propias de cada organismo y fechas compartidas por todos. Así, las Madres recordamos siempre la primera ronda, la desaparición de Azucena Villaflor, las jornadas de la resistencia. Pero una entre todas esas fechas es, por antonomasia, la fecha de la memoria: el 24 de marzo. Lo es por lo terrible, pero también por el júbilo de seguir construyendo memoria, de luchar recordando. A llenar la Plaza cada 24 de marzo, no convoca uno u otro organismo de derechos humanos, ni uno u otro dirigente, ni uno u otro partido político. Los que nos convocan, cada año, son los 30.000 desaparecidos. Esa convocatoria ha ido creciendo en adhesión espontánea, en pluralidad y en masividad y para las Madres la vigencia de una Plaza sin sectarismos debe ser respetada. A la plaza concurren padres con sus hijos, abuelos con sus nietos, militantes de las más diversas organizaciones, militantes que concentran sus tareas en barrios o lugares alejados y sólo se hacen visibles para los 24 de marzo, o gente suelta que se siente especialmente movida por ese aniversario. Con su presencia y su actitud legitiman la lucha por los derechos humanos y nos obligan a ser muy cuidadosos. Para cada persona que va a esa plaza debe existir un lugar, la plaza puede contener todos los compromisos y voluntades para que cada uno pueda expresar lo mejor de su solidaridad y de su conciencia colectiva.

Largos han sido estos treinta años. En ese tiempo siguieron ocurriendo cosas terribles, pero también otras esperanzadoras. El actual gobierno ha manifestado pública y solemnemente en reiteradas oportunidades la voluntad política de hacer de los derechos humanos un tema central de su agenda. Y fue el Presidente, en la Escuela Mecánica de la Armada, en su calidad de Jefe de Estado, quien reconoció el deber irrenunciable de todo Estado de derecho a reparar lo que el Estado terrorista perpetró. Y no fue un discurso vacío, hechos y gestos muestran la voluntad de repudiar el terrorismo de Estado y de inscribir en la historia el nunca más.

Reconocer esto no implica aceptar que la plaza de los 24 exprese oficialismo en su convocatoria. La plaza es abierta por definición, porque la energía que convoca, la energía que recibe, la energía que la llena, viene de muy atrás y de muy hondo: desde las primeras búsquedas, personales y colectivas, que se hicieron de los desaparecidos. Y así como no debe adquirir —sean cuales sean las medidas que pueda impulsar el gobierno— un tinte oficialista, no debe tampoco tener otros dueños. Nadie, por copar el palco, la palabra o las consignas, cuenta con el derecho a dividir a un pueblo. La plaza no reconoce otro dueño que el pueblo argentino con su memoria y sus luchas. Nadie puede llevarlas para su molino. Hacer efectiva la inscripción histórica de los 30.000 desaparecidos implica un acto apartidario, lo cual no quiere decir apolítico. Los organismos de derechos humanos deben hacer política, pero polí-

tica de derechos humanos, en resguardo de su universalidad, que va más allá de la diversidad de partidos (en hora buena si los contemplan en sus plataformas).

¿Es el cumplimiento de estos derechos una utopía? Hace mucho que desde la Comisión por la Memoria venimos observando y trabajando sobre la perversa y lúgubre realidad de las cárceles bonaerenses, en las cuales los más elementales derechos humanos son hoy cotidianamente vulnerados y/o conculcados. ¿Puede suceder esto en una democracia afianzada? Ciertamente es que ahora podemos denunciar, reclamar, proponer, interesar, incidir, quizás, ante las autoridades, pero el sistema carcelario no se ha modificado, no se aborda el saneamiento del Servicio Penitenciario y subsisten, clandestinamente horrores que se traducen en más marginación, en más dolor, en más muertes. Los presos son aún más marginados que los pobres más extremos, por invisibilización, por silenciamiento, por apartamiento. Son lo más parecido a lo que eran —durante la dictadura— los desaparecidos y quienes los buscaban. ¿Cómo puede suceder esto habiendo pasado el pueblo argentino por lo que pasó?

La Comisión por la Memoria, eligió por eso recordar el 24 de marzo desde una cárcel: la unidad 9 de La Plata, que fue durante la dictadura un lugar de encierro y de tortura. El lugar donde por entonces sufrió encierro Adolfo Pérez Esquivel entre tantísimos otros compañeros. Buscábamos la realización de una visita abierta, de cara a la sociedad, para que viera lo que sucede en los muros y nunca más pueda pensarse que con gatillo fácil y más cárceles se solucionan problemas sociales como la inseguridad, que no es otra cosa que una consecuencia de la desigualdad extrema. Aquel día del acto me impresionaron, sin idealizarlos, esos muchachos presos, tan jóvenes, tan inquietos, tan curiosos y con tanto potencial si se les dieran las oportunidades. Nos seguían con la mirada, se nos acercaban tímidamente, nos rodeaban, sobre todo, por su necesidad de ser oídos. Nos dejaron una enseñanza indeleble: hay que abrir los muros. Sólo así podrá darse una sociedad distinta, un país en el cual no rija la economía por sobre todos los valores, un país que no margine, no excluya, no encierre, no mate. Precisamente por querer algo así es que se llevaron a nuestros desaparecidos. Ellos tenían muchos modelos orientadores en sus búsquedas, pero no se los llevaron por adherir a un modelo peronista, socialista, chino, vietnamita, o cubano, sino porque, más allá de sus diferencias y de sus discusiones, querían que fuera posible la justicia social, querían un país con cambios, por eso siguen interpellando al sistema. En sus vidas cotidianas hicieron presente lo utópico y aunque pasaron 30 largos años de memoria y de lucha los treinta mil vuelven y vuelven y vuelven.

**Laura Conte**, psicoanalista, es Madre de Plaza de Mayo Línea Fundadora, integrante histórica y actual vicepresidente del CELS y vicepresidenta de la Comisión Provincial por la Memoria.

# “Pero la rabia sigue”



*Más allá de la cifra redonda, hay una serie de características que han hecho distinto este aniversario del Golpe de 1976: la participación desde el gobierno de una manera hasta ahora inédita, la cantidad de gente en las calles, el lugar central que se le asignó a la fecha en las agendas mediáticas, etc. ¿Cuál es en relación con todo esto el balance de la Central de los Trabajadores Argentinos?*

-Somos parte orgullosa de un pueblo que después de un genocidio como el que sufrimos fue capaz de poner en el banquillo de los acusados a los genocidas. Ése es el primer punto, el punto desde el cual hay que partir. Desde 1976 en ade-

lante, además de detener, desaparecer, torturar, exiliar a los trabajadores, se ha tratado de ocultar la historia. Una historia orgullosa de resistencia de los trabajadores y del pueblo. Mientras marchaba, el 24 de marzo, iba pensando que, con todas las dificultades, ver tantos, tantos y tantos miles de jóvenes movilizándose, ya es una victoria. Y pensaba en la trascendencia de ser el único pueblo en el siglo XX que fue capaz de hacer un juicio por genocidio a pesar de ser vencido, porque todos los juicios por genocidio que hubo en el siglo XX se los hicieron los vencedores a los vencidos, y acá fue al revés. Empezó por las grandes movi-

lizaciones y hoy es una realidad. Una resistencia que comenzó en 1976, que ya lleva entonces treinta años, es un ejemplo. No dudamos de que los pañuelos blancos de nuestras madres y abuelas son un ejemplo en el mundo, pero lo más importante es ser conscientes de que ha sido el pueblo el que mayoritariamente resistió. Ése es el saldo que tiene para la Central de Trabajadores este aniversario.

Cuando nosotros conmemoramos el vigésimo aniversario, todavía fluctuaba en el ambiente la teoría de los dos demonios. Había periodistas famosos que decían que el pueblo argentino es desmemoriado y fue cómplice. Porque ellos, además de matarnos, necesitan hacernos infelices; por eso tienen que decir que somos un pueblo "de porquería". Para quebrarnos la voluntad de transformar. Que fue el verdadero motivo por el cual se hizo el Golpe del '76. El vigésimo aniversario del Golpe fue espectacular. Dijimos "Memoria, verdad y justicia." Y eso abrió el camino para terminar con la teoría de los dos demonios. En el aniversario veinticinco, que también fue espectacular, ya vimos más gente, dimos un paso en la unidad del campo popular, al plantear que la impunidad del genocidio de ayer, producto de las políticas de los gobiernos, se continuaba en el genocidio de hoy: el hambre, la desocupación, la miseria. Y eso fue como entrelazar el ayer y el hoy, y también el futuro. Y en este aniversario ya se trata de, no sólo recordar a nuestros mártires por su martirologio, que bien merecido se lo tienen, sino recordarlos por su proyecto de vida. Por eso la C.T.A. hizo su último Congreso en Mar del Plata, con más de ocho mil delegados, el treinta de marzo. Queremos terminar con el verso de que no hubo resistencia. Hubo paros en el '76. Paros y desaparecidos en el '77. Hubo medio millón de despedidos de los sectores de trabajo. Hubo menos paros en el '78, es verdad, pero el 27 de abril del '79 hubo un paro nacional contra la dictadura. En el '80 se constituyó la C.G.T. Brasil en contra de los dirigentes que estaban a favor de la dictadura. Hubo paros en el '81 y marchas. Y el 30 de marzo del '82 hubo una movilización espectacular por todos lados. Sufrimos entonces el asesinato de Benedicto Ortiz en Mendoza. A los pocos días empezó la guerra de Malvinas y algunos dicen que es por eso que hoy tenemos democracia. No. Las Malvinas aceleraron la huida de los militares. Pero la resistencia de nuestro pueblo, con el brazo de los organismos de derechos humanos, con el brazo de los trabajadores, fue lo que permitió la recuperación de la democracia. Vamos por esa verdad. Porque sobre esa verdad se puede construir un proyecto político social de transformación. Para nosotros este aniversario es motivo de orgullo pero también de mostrar la verdadera historia que nos ocultaron. No la historia solamente de la represión, sino la historia heroica de nuestro pueblo, que puso en el banquillo de los acusados a los asesinos. Y que va por más, que es lo que tenemos que hacer hoy: poner a quienes financiaron el Golpe y se beneficiaron con él, los grandes grupos econó-



micos, en aquel momento expresados por Martínez de Hoz. Pero creemos que hay que ir a fondo contra toda esa estructura que ha inventado el hambre en la Argentina, que ha inventado la desocupación y la pobreza en un país que es inmensamente rico. Este aniversario, entonces, además de ser muy importante y muy fuerte, es un punto de inflexión. Sobre todo por esa alegría que dan los miles y miles y miles de jóvenes que empiezan a ser militantes de la vida como fuimos nosotros alguna vez antes del '76.

*-Habla de recuperar la historia, de recuperar el proyecto de transformación del país, de romper definitivamente con la teoría de los dos demonios y de señalar y sancionar a los responsables y beneficiarios económicos de la dictadura. ¿Pudo ver algo de esto en el tratamiento mediático del aniversario?*

-Instalar seriamente la noción de que el Golpe del '76 fue un golpe empresarial, militar, sindical, religioso, cultural, comunicacional, que dio inicio a un proyecto de país de una minoría argentina que no podía gobernar de otra manera que no fuera ésa, fue algo casi ausente de los medios. Hay que tener en cuenta que el 67% de los desaparecidos son trabajadores, que de los cien mil presos puestos a disposición del Poder Ejecutivo nacional la mayoría eran activistas o dirigentes de los trabajadores, que hubo más de medio millón de despedidos, y que el 75% de los funcionarios de la dictadura eran ejecutivos de las grandes empresas, el Ministro de Economía Martínez de Hoz era presidente del Consejo Empresario Argentino

y de Acindar, y todas las grandes empresas fomentaron y ayudaron a la represión. Esto que es tan grande ocupó, en realidad —por lo que pude apreciar— apenas un cinco por ciento del espacio comunicacional. En parte, porque los medios hegemónicos de comunicación forman parte de esa economía concentrada que se benefició con el Golpe. Me acuerdo que el 24 de marzo *Clarín* decía “Se cayó Isabel...” Como si hubiera tropezado. No había Golpe de Estado... Entonces, evidentemente, es muy difícil investigar sobre todo lo que pasó en la Argentina. No se puede esperar que los medios hegemónicos planteen una investigación a fondo. En Canal 7 hubo una investigación con interesantes aportes, me pareció bien; hubo otras investigaciones en radios cooperativas, pero en términos generales hubo ocultamiento. Así y todo, no pueden ocultar. Y empecé a aflorar esta historia. Creo que ellos utilizan el genocidio en los medios para aterrorizar. ¿Qué quiero decir con esto? Supongamos el 30 de marzo del '82. Una jornada para mí espectacular. ¿Qué imágenes tengo? Tengo haber caminado por estas calles. Éramos muchos, muchos, no pensé que íbamos a venir tantos, y tampoco pensé que íbamos a cobrar tanto, porque nos pegaron palos de todos lados, nos corrió la cana con los caballos... La gente nos abría las puertas y nos dejaba entrar a los edificios para que no nos pegaran. Desde los balcones le tiraban con lo que fuera a la caballería. En las cárceles hubo más de dos mil compañeros presos ese día, y esa noche fuimos todos a exigir su libertad, fue impresionante la solidaridad que hubo. La marcha —que empezó acá en la avenida Belgrano, con una gran bandera que decía “Pan, paz y trabajo”— fue impresionante, parecía que los compañeros salieran de abajo de las baldosas. Y se cantaba “se va a acabar, se va a acabar... la dictadura militar...” De todo eso, no hay imágenes en los medios. Ninguna. Las únicas imágenes que se publicaron en estos días son la de uno o varios pibes tirados en el piso con un policía apuntándole con una Itaka o tirándole encima un caballo. Las imágenes que se guardan son las que dan terror. No te pueden mostrar las imágenes de resistencia popular. El mostrar sólo el terror y la impotencia del campo popular por sus divisiones es el objetivo central de la comunicación del enemigo hoy. Como ya no nos puede convencer de que marchamos hacia el primer mundo, como ya no nos puede convencer de que sea bueno que mueran cien pibes por día a causa del hambre, en un país capaz de fabricar alimento para trescientos millones de personas, como no puede convencer al pueblo de Gualeguaychú y a todo el pueblo de Entre Ríos de que sea bueno este modelo de industrialización que se lleva el agua y los recursos naturales y nos deja la contaminación, como ya no nos puede convencer de nada, lo que hace es mostrar el terror y la debilidad en el campo popular, divisiones, peleas, constantemente.

A mí me parece que estamos aprendiendo y este aniversario significa un golpe muy duro a todos aquellos que cuando empezó el genocidio dijeron para terminar con la rabia hay que matar al perro. Hicieron de todo. Pero la rabia sigue. Las

ansias de liberación siguen estando. Así que perdieron.

*-¿Qué políticas se da la C.T.A. para articular memoria, derechos humanos y comunicación? ¿Con quiénes se pueden construir esas políticas?*

-La memoria es clave, la memoria consciente. Cualquier persona, cualquier organización, cualquier pueblo, es tres dimensiones al mismo tiempo: un pasado que lo condiciona y lo forma, un presente que protagoniza y un futuro que lo convoca. Sin memoria es muy difícil ser protagonista del presente y ser consecuente con el futuro. Por eso te la escamotean. Porque aparecen los huesos. Como lo demostraron nuestras Abuelas. Es espectacular la construcción de las Abuelas: demostraron que hay que ir hasta donde no se cree para encontrar la historia. La comunicación es la ofensiva. Porque hay que dar la disputa desde ella. Y un objetivo central es recuperar la unidad del campo popular. La clave del futuro de los argentinos es recuperar nuestro proyecto de país, nuestro proyecto de sociedad. Eso no se puede hacer autoritariamente, no se puede hacer por decreto, no se puede hacer porque alguien le diga a otros lo que tienen que pensar, no, nuestro pueblo va a pelear contra todo ese tipo de subordinaciones, vaya si lo hizo. La construcción debe ser una construcción en la que todos, salvo los corruptos y los genocidas, tengamos derecho a participar en la definición del país que queremos. Esa unidad y esa construcción exigen aprender que lo diferente no puede ser la excusa para fracturarse. La verdad del otro tiene que ser lo que complementa mi verdad para construir una verdad colectiva. Es gracias a lo diferente que yo puedo crecer. No es contra lo diferente. Ésa es una enseñanza que me quedó después del 24 de marzo de 1976. Yo si de algo me autocrítico de aquel 24 de marzo —yo era Secretario General de la Junta Nacional de Minería— no es de lo que pensaba, de lo que soñaba o de mis utopías, de lo que me autocrítico es de haber sido tan gil, de no haberme dado cuenta hasta qué punto estos tipos son capaces de hacer cualquier cosa con tal de defender sus privilegios. Ellos tienen las cosas claras. El 24 de marzo, a todos los que el 23 nos enfrentábamos por cosas secundarias, ellos nos pusieron adentro de un mismo alambrado. La cosa no era si eras peronista, radical, comunista, socialista, de un sindicato del otro, o de qué organización social o religiosa, no, la cosa era si vos creías que el pueblo podía ser feliz y defendías el protagonismo de todos o defendías el interés de estos bastardos que son los que terminaron conduciendo a nuestro país. Eso es lo que dividía y lo que divide. Aprender eso a mí, por lo menos, me lleva a no pelearme más con nadie por cosas que son secundarias; sí hay que discutir todas las políticas y se deben dar las discusiones a fondo, no conciliarse los criterios, pero no hay que denostar a nadie. Para que resolvamos los problemas de nuestra gente necesitamos ser millones organizados y conscientes, porque al poder no se lo puede subestimar como lo subestimamos el 24 de marzo del '76.

# Las nuevas formaciones de la memoria

Por Hugo Vezzetti



En el origen de las memorias sobre la dictadura se reconoce un carácter reactivo, defensivo, de la memoria: es lo que ha predominado en tanto esa formación se apoya sobre todo en el terreno de la justicia, a partir de ese verdadero acontecimiento fundacional que fue el Juicio a las Juntas. En la medida en que los procesos continúan, un núcleo central de las formaciones de la memoria continúa situado en ese plano. Creo incluso que esa acción dominada por las exigencias de una justicia hacia el pasado, en su impacto sobre la conciencia social, constituye todavía hoy el surco mayor de una representación implantada en la sociedad. De Alfonsín a Menem y a Kirchner se han producido cambios

(bruscos incluso), en el modo de intervenir; sin embargo, se ha mantenido la posición central de la demanda de justicia. A pesar de las medidas en contrario (las leyes de exculpación, los indultos), la vía judicial siguió abierta por la lucha de los organismos de derechos humanos, de algunos sectores políticos y de parte de la sociedad. Sin duda, ha sido un logro extraordinario de la democracia argentina. Encauzada la vía judicial, permanece el problema más grave - que se arrastra desde 1983-, de la relación de esas memorias con una política activa y afirmativa en el plano de los derechos y de la construcción democrática. En el nacimiento del nuevo ciclo, la realización de la justicia hacia el pasado parecía anun-

ciar todo lo que la democracia sería capaz de edificar hacia el futuro, en términos de un crecimiento de las libertades, la justicia y la integración social. Una historia de esa memoria, nacida con la democracia, debe advertir necesariamente los fracasos y carencias en la reconstrucción pública del Estado, en la renovación del sistema político y en la efectiva realización de una justicia ampliada en la sociedad. Si hablamos de las condiciones y los efectos políticos de las prácticas de memoria, hay que recordar que, en un primer momento, a través del testimonio de las víctimas, la sociedad rearmaba el sentido de una experiencia que la había enfrentado a un acontecimiento límite. La dictadura no sólo puso a prueba a las instituciones, a las dirigencias y al Estado; también puso y pone a prueba las categorías y las visiones previas de lo que se podía considerar un conocimiento adquirido sobre la Argentina. A la vez, imponía en la conciencia colectiva, a posteriori, la exigencia de una recuperación pensada, una enseñanza si se quiere, de ese pasado. Pero está a la vista el fracaso sucesivo y prolongado del tratamiento político de la cuestión, algo que ya era perceptible en los comienzos de la democracia, cuando fue imposible establecer un pacto entre los partidos mayoritarios sobre una agenda básica de la transición. El carácter defensivo de esa memoria de la dictadura, que se define sobre todo por aquello que rechaza, quedó expuesto en la movilización masiva, que involucró a buena parte de la dirigencia política, en la Semana Santa de 1987, frente a una rebelión militar que evocaba el pasado más siniestro. Como es sabido, el espíritu de consenso duró poco. Fue imposible entonces, y hasta ahora, edificar una política de Estado en la materia. Y no se trata de imponer una memoria oficial (algo que no está lejos de la intención de algunos funcionarios) sino de hacer jugar a las políticas estatales como base y marco de los debates y de los consensos.

Las políticas de memoria se miden en décadas, no en los plazos de una o dos gestiones de gobierno. No dependen tanto de las posiciones ideológicas o la exposición personal de las cabezas dirigentes, sino de prácticas, de iniciativas y de acuerdos políticos plasmados en leyes y en instituciones. Por el contrario, lo que hemos tenido a lo largo de veinticinco años en democracia ha sido un rumbo fluctuante, fracturado incluso, de la acción estatal. O bien, un escenario de politización que tiende al sectarismo, despegado del marco del Estado y de una edificación institucional que apunte a las futuras generaciones. Es lo que está sucediendo con el espacio nuevo de intervención del Estado en las iniciativas de construcción de memoriales y monumentos, especialmente el proyecto, muy importante política y simbólicamente, de un Museo Nacional de la Memoria. Sin la oposición, sin el apoyo de una buena parte del partido de gobierno, en ausencia de un debate ciudadano, el proyecto ha quedado de hecho en manos de un grupo de organismos de derechos humanos, atravesados, a su vez, por divisiones y fracturas, en medio de una ciudadanía indiferente. El riesgo es claro: un espacio

autorreferencial de memoria, a cargo de los militantes de los derechos humanos, que convoque sólo a los ya convencidos. Dadas las divisiones entre los diversos grupos activos (que se manifiesta de modo palpable en la imposibilidad de conmemorar el aniversario del 24 de marzo con un acto único y masivo), se hace difícil que de allí surja un espacio simbólico verdaderamente nacional, capaz de incorporar los consensos pero también los debates sobre el pasado.

El problema no reside en que los conflictos de memoria hayan adquirido un sentido político e ideológico más explícitos. Por el contrario, es no sólo inevitable sino necesario que se profundicen los debates sobre el pasado. Y los proyectos de monumentos y memoriales pueden ser una buena ocasión para ello. El problema mayor reside en crear las condiciones y los marcos de una memoria ciudadana que permita pensar el pasado e interrogarlo a la luz de los desafíos del presente. Esa memoria depende de un trabajo que no puede focalizarse sólo en los crímenes ni en la reivindicación de las víctimas. Necesariamente debe extenderse a un ciclo histórico más largo que los años de la dictadura. Debe ser capaz de admitir lo más importante que se ha producido en el plano de la cultura intelectual en los últimos años: al lado de la memoria de las víctimas y los familiares, al lado de las memorias de los militantes, de testimonios y evocaciones en primera persona, ha nacido un nuevo impulso de conocimiento que interroga las responsabilidades de la sociedad y que está a cargo de investigadores, escritores, cineastas, artistas plásticos, que han renovado el espectro de las búsquedas hacia el pasado. Los objetivos se amplían en ese cruce, necesariamente conflictivo, con diversas formas de transmisión de una experiencia social.

Desde el núcleo de los perpetradores, la responsabilidad de conocer y pensar ese pasado se extiende a las dirigencias, las instituciones y grupos de la sociedad, la iglesia, la prensa, los intelectuales, los partidos políticos, los sindicatos, la universidad y el sistema educativo. Así, se han encarado tópicos o períodos antes excluidos de ese ejercicio de rememoración, como el nacionalismo, las tradiciones de la izquierda, el Mundial de Fútbol de 1978 o la guerra de las Malvinas. Reconocer esas nuevas formaciones de la memoria y la conciencia histórica supone incluir la rememoración del acontecimiento en la indagación de un conjunto más complejo. Así se haría posible una práctica menos defensiva y restringida. Y, finalmente, proyectar una cultura política de la memoria, activa y abierta, en el horizonte del proyecto democrático.

**Hugo Vezzetti** es investigador del CONICET. Ha publicado los libros *La locura en la Argentina* (1983), *El nacimiento de la psicología en Argentina* (1988), *Freud en Buenos Aires* (1989). Durante los últimos años ha trabajado el tema de las responsabilidades sociales frente al terrorismo de Estado. Su libro más reciente es *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en Argentina* (2005).

# Los desafíos pendientes

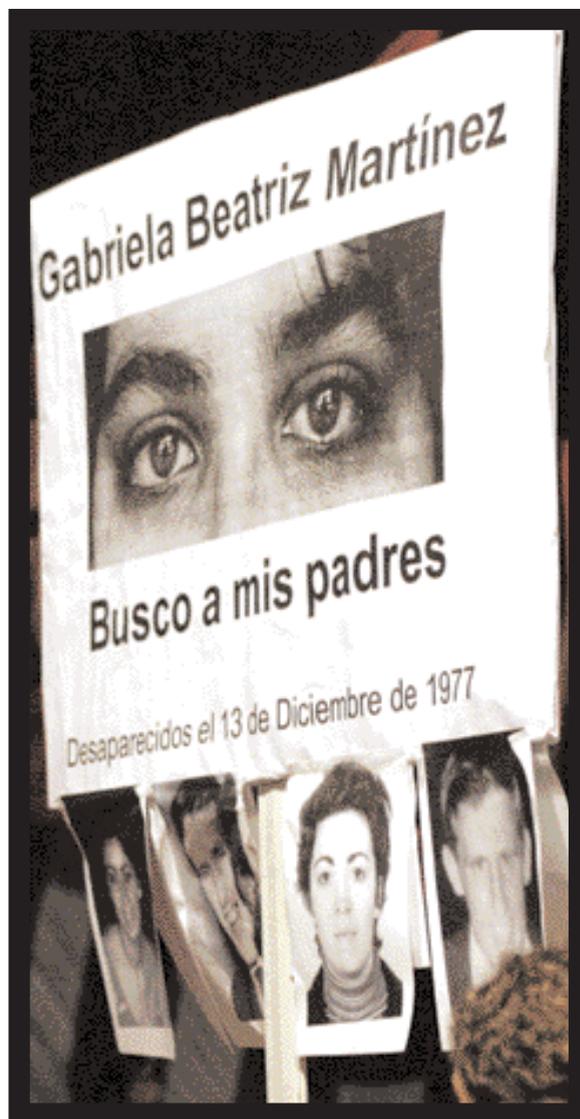
Por Elizabeth Jelin

Lo ocurrido en el pasado no se limita a los hechos registrados en archivos y almacenados en cajas, en soportes electrónicos o en la memoria de protagonistas y testigos. El pasado cobra sentido en la interpretación y en la narración del historiador y en su enlace con el presente en el acto de recordar y olvidar. En la dinámica social y política, el presente contiene la experiencia pasada —un pasado presente— moldeada por el horizonte de expectativas futuras: el futuro presente. La multiplicidad de tiempos, la multiplicidad de sentidos y la constante transformación de actores y procesos históricos, son algunas de las dimensiones de la complejidad. Esto tiene implicaciones para la mirada reflexiva sobre el pasado, convocada especialmente en las fechas redondas que invitan a la conmemoración. Quiero incorporar en mi reflexión la idea de trayectoria. Lo que vivimos hoy en relación con la dictadura incorpora la historia y la memoria de los treinta años transcurridos. Los pasos dados y las decisiones tomadas en cada coyuntura fueron abriendo y cerrando oportunidades y campos de posibilidades de acción, creando y recreando expectativas y horizontes de futuro. Esto significa que la continuidad en las imágenes y sentidos del pasado, la elaboración de nuevas interpretaciones y medidas institucionales, así como su aceptación o rechazo sociales, tienen efectos —materiales, simbólicos y políticos— que se expresan en los cambiantes escenarios sociales.

Quiero prestar atención a la trayectoria de un aspecto específico, aunque crucial, de los últimos treinta (o más) años: las luchas sociales alrededor de las visiones de la justicia y la noción de impunidad. Éste ha sido un campo en el que, desde el momento mismo de los acontecimientos, el pasado —el de la dictadura y el de la polarización política previa— ha estado en el centro del presente de cada momento.

Sin rastrear demasiado en la historia del país, parto de mediados del siglo XX, cuando el peronismo ancló su propuesta de incorporación de las clases populares a la vida política y social en un sentido sustantivo de la noción de justicia, ligándola al bienestar y a través de él, a un sentido de afirmación de la *dignidad*. Esto produjo y reforzó una antinomia entre la idea de justicia *social* (recordemos que el partido se llama *Justicialista*) y la noción de justicia *formal*.

En los años sesenta y setenta, el funcionamiento de las insti-



tuciones estatales se fue deteriorando de tal manera que poco iba quedando de cualquier noción de justicia. El altísimo nivel de conflictividad política y la opción por la lucha armada de comienzos de los setenta es una indicación clara de la falta de legitimidad y efectividad de las instancias institucionales.

Al llegarle el turno, la dictadura instauró la clandestinidad represiva, eliminando de raíz cualquier funcionamiento institucional que pudiera aludir a ideas de justicia.

Por el accionar del movimiento de derechos humanos, la transición argentina tuvo la peculiaridad de poner el reclamo por justicia y por la intervención del aparato judicial en el centro de la demanda social. Esto fue una novedad histórica, ya que el Poder Judicial nunca había tenido una presencia propia en relación con la sociedad argentina. El espacio físico es un buen indicador de ese cambio. Recordemos que, en Buenos Aires, las movilizaciones de protesta se orientaban a la Casa Rosada, sede del Poder Ejecutivo, y/o al Congreso. En las postrimerías de la dictadura, las movilizaciones populares por los derechos humanos comenzaron a incluir al Poder Judicial en su recorrido, lo cual simbolizaba la demanda social de acción judicial autónoma de los otros poderes, pero también era expresión de un vínculo más directo entre la sociedad y la Justicia.

El juicio a los ex comandantes fue el punto más alto de visibilidad y legitimidad social del aparato judicial. Se constataba la existencia y efectividad de los mecanismos institucionales para combatir la impunidad y *hacer justicia*. La justicia *formal* entraba en la escena con fuerza y su presencia se incorporó al repertorio de posibilidades abiertas para la demanda social. Las leyes de impunidad y los indultos posteriores fueron pasos atrás en el camino de la consolidación de un estado de derecho y de instituciones legítimas y legitimadas. Pero el juicio tuvo un impacto cultural profundo y significativo: los sectores sociales que nunca habían albergado al aparato judicial como parte de su marco de acción comenzaron a ver en el mismo una institucionalidad a su alcance, incorporándolo en un lugar privilegiado en el repertorio de acciones propias. La noción de impunidad se incorporó al lenguaje popular para quedarse, aunque con múltiples y cambiantes sentidos.

Las demandas sociales hacia el aparato judicial se multiplicaron, así como las denuncias de impunidad y el reclamo de justicia. Primero frente a responsables de los crímenes de la dictadura. Luego se fueron ampliando muy pronto a las denuncias por corrupción de funcionarios gubernamentales y también a cuestiones ligadas a políticas sociales (los reclamos de jubilados, por ejemplo). El resultado fue un proceso de judicialización del conflicto social.

A partir de los '90, hay varias historias simultáneas en los avatares de la justicia y de las demandas sociales ligadas a ella. En el tratamiento del pasado dictatorial, pasamos de los intentos menemistas de cerrar el tema (a los cuales los H.I.J.O.S. respondieron con su consigna "Si no hay justicia, hay escraches"), a la intensificación de las acciones con los Juicios por la Verdad y los juicios ligados a la apropiación de niños. La culminación de este proceso fue la sentencia de inconstitucionalidad de las leyes dictada por el juez Cavallo en 2001, avalada recientemente por la Corte Suprema. El lugar del aparato judicial en el tratamiento de

los crímenes de la dictadura parece estar bien establecido. En el campo de la propia institucionalidad judicial, la reversión menemista fue profunda, con la ampliación de la Corte Suprema, las designaciones arbitrarias que llevaron, entre otros casos, al fiasco de la actuación judicial en los atentados contra la AMIA y la Embajada de Israel. Aunque con poco poder para revertir la situación, la denuncia social y mediática -*mayoría automática o jueces de la servilleta*- refleja el descontento y la existencia de expectativas diferentes a las gubernamentales en el cuerpo social. En este aspecto, el camino encarado por el actual gobierno es ambivalente: si las propuestas de cambio en la Corte Suprema apuntaban a fortalecer la autonomía y transparencia en el Poder Judicial, los cambios en la composición del Consejo de la Magistratura se orientan a una mayor subordinación del mismo. Sin duda, el Poder Judicial es un campo de disputa política y de debate social.

Es claro que la trayectoria que estamos siguiendo no es unívoca ni lineal. ¿Dónde estamos ahora con la noción de justicia y la de impunidad? Una vez incorporado al repertorio de acciones posibles, el mal funcionamiento del aparato judicial durante los '90 produce una frustración social exacerbada. La respuesta: buscar castigos fuera del aparato judicial, en la denuncia y el escándalo mediáticos, en acciones por mano propia, en la acción directa. Venganza y odio, palabras y acciones que no estuvieron presentes en el tratamiento de los crímenes de la dictadura, reaparecen en otros ámbitos donde la justicia institucional fracasa.

Hay otra cuestión en esta trayectoria, sin duda preocupante. La visibilidad y presencia (o reclamos por su ausencia) de la justicia *formal* deja un vacío y un desafío en la relación entre sociedad y justicia: ¿qué pasó con la idea de justicia social? El período que nos ocupa se caracterizó por una creciente desigualdad y polarización económica y social, por políticas estatales que producen exclusión y medidas asistencialistas pensadas como paliativo. Si bien la sociedad argentina no acató pasivamente estas medidas, sino que por el contrario proliferaron los movimientos de protesta y los reclamos de muy diverso tipo, no hemos sido capaces de recomponer nuevas nociones de justicia que puedan combinar -más que contraponer- una visión igualitaria de la justicia social con una noción ciudadana de la justicia institucional. El horizonte de expectativas futuras, como parte del presente, nos lo reclama.

**Elizabeth Jelin** Elizabeth Jelin es doctora en Sociología, investigadora del CONICET y directora del Programa de Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de General Sarmiento - IDES). Fue coordinadora académica del programa de investigación y formación de investigadores jóvenes sobre memoria colectiva y represión en el Cono Sur. Es autora de *Los trabajos de la memoria*. Sus áreas de investigación incluyen los derechos humanos, las memorias de la represión, la ciudadanía, los movimientos sociales, la familia y el género.

Juicios por la Verdad

# Grietas en la impunidad

Por Lucas Miguel

Fotografías Helen Zout



Tras la nulidad de las leyes de Punto Final y Obediencia debida, parecieron abrirse nuevas perspectivas en cuanto a las pretensiones punitivas contra los responsables del terrorismo de estado. ¿Se está cumpliendo con esas expectativas? ¿Cómo se vienen desarrollando los juicios en las distintas jurisdicciones? Opinan –entre otros–: Félix Crous, Gabriel Cavallo, Hugo Cañón, Mirta Mántaras, Martín Irurzun, Carolina Varsky y Leopoldo Schiffrin.



Un puente para cruzar el abismo entre la impunidad y la justicia que habían creado el Punto Final, la Obediencia Debiada y los indultos. Así nacieron los Juicios por la Verdad, impulsados por militantes de derechos humanos y funcionarios y magistrados comprometidos. Constituyeron una alternativa jurídica (o el atajo más largo pero también el único posible) mientras el camino de la investigación penal estuvo clausurado.

A mediados de los '90 aparecieron los primeros pedidos de familiares de víctimas para que se investigara la verdad. El puntapié inicial lo dieron Emilio Mignone y Carmen Aguiar de Lapacó, patrocinados por el Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS). Amparados en el derecho a la verdad, que ya tenía desarrollo jurisprudencial en el Sistema Interamericano de Protección de los Derechos Humanos, le pidieron a la Cámara Federal porteña que solicitara informes a las Fuerzas Armadas y de Seguridad para conocer el destino de sus hijas, Mónica Mignone y Alejandra Lapacó.

Carolina Varsky, abogada del CELS, señaló que "los Juicios se iniciaron después de las declaraciones de Adolfo Scilingo en el libro de Horacio Verbitsky *El Vuelo*. El CELS decidió plantear los dos casos, que tuvieron suertes diferentes. El de Carmen es el que llega a la Corte y es por el que se dicta la solución amistosa en el marco de la Comisión Interamericana". Ambos procesos chocaron contra diferentes negativas. En el caso de Mignone, la Armada informó que no tenía documentación, pero a su respuesta le agregó un dictamen señalando que la Cámara Federal no tenía jurisdicción ni competencia para llevar adelante ese proceso. La causa terminó archivada y

el pedido de búsqueda de la verdad fue denegado.

El caso Lapacó sufrió un revés en la Corte Suprema: La realización de las medidas requeridas implicaría la reapertura del proceso y el consecuente ejercicio de actividad jurisdiccional contra quienes han sido sobreesidos definitivamente por las conductas que dieron lugar a la formación de la presente causa. Carecería de toda virtualidad la acumulación de prueba de cargo sin un sujeto pasivo contra el cual pudiera hacerse valer, señaló el máximo tribunal contradiciendo su jurisprudencia y las advertencias que en los '80 y a principios de los '90 habían realizado la Comisión y la Corte Interamericana de Derechos Humanos.

Lapacó recurrió la sentencia ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, donde reclamó por la violación de los derechos a la verdad y al duelo.

Allí comenzó un largo proceso contradictorio, que culminó el 15 de noviembre de 1999, cuando Carmen Lapacó, el Estado argentino y la Comisión rubricaron una solución amistosa -mecanismo de resolución de conflictos previsto por el sistema interamericano-: el gobierno argentino acepta y garantiza el derecho a la verdad que consiste en el agotamiento de todos los medios para alcanzar el esclarecimiento acerca de lo sucedido con las personas desaparecidas. Es una obligación de medios, no de resultados, que se mantiene en tanto no se alcancen los resultados, en forma imprescriptible. El compromiso también establecía que las cámaras federales de distintos puntos del país iban a ser las encargadas de investigar y que el gobierno gestionaría ante el Ministerio Público Fiscal la designación de fiscales ad



hoc para que intervinieran en las investigaciones de cada región, en ayuda de los fiscales naturales.

Así, comenzaron los Juicios por la Verdad en Buenos Aires. “Mirándolo desde el ‘95 para acá, realmente creo que significó un avance importante”, indicó el juez de la Cámara Federal porteña Martín Irurzun. Su colega, Gabriel Cavallo, agregó: “Los Juicios por la Verdad fueron la única alternativa a disposición para poder mantener alguna esperanza de reapertura de los juicios con persecución penal tal cual hoy los vemos en muchas jurisdicciones del país”.

Pero cuando se firmó el acuerdo en el caso Lapacó, ya estaba funcionando el Juicio por la Verdad de La Plata, que fue abierto tras una presentación que realizó el 1º de abril de 1998 la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos La Plata junto a un grupo de familiares. La Cámara Federal platense tardó veinte días en resolver y acogió el pedido, abriendo el proceso de este tipo más importante del país, por el que en los últimos ocho años se tomaron alrededor de mil audiencias y se secuestró información que hoy sirve en las causas que tienen propósitos penales. Para Félix Crous, ex fiscal de ese proceso y actual coordinador del trabajo que realizan los fiscales en diferentes puntos del país, “el Juicio por la Verdad de La Plata es una magnífica experiencia que en su continuidad ha brindado una enorme cantidad de información para los procesos penales en curso. El juicio presenta numerosas ventajas sobre la modalidad tradicional de investigación criminal: intervienen varios jueces que asisten personalmente a las audiencias y todos interrogan; los abogados también intervienen directamente en las audiencias, que son públicas,

lo que posibilita el control y participación de la comunidad; y se jerarquiza el espacio y el rol de la víctima, que puede brindar su versión pública de la historia -que se registra literalmente- en el lugar simbólicamente más importante de los tribunales, donde en la dictadura sólo encontraba puertas cerradas, funcionarios esquivos y estrados vacíos”.

En noviembre de 1999, la Cámara Federal de Bahía Blanca, tras una presentación realizada en junio de ese año por las APDH de Neuquén y Bahía Blanca y un grupo de familiares, comenzó con las audiencias orales y públicas. Ese proceso complementaría la abundante prueba que había logrado recabar el tribunal hasta la cristalización de la impunidad, a fines de los '80, más allá de que tanto el fiscal general Hugo Cañón y la Cámara se opusieran a las leyes de Punto Final y Obediencia Debida y a los indultos. “Existía una cierta impotencia para poder avanzar en la medida en que los militares se sentían muy invulnerables -recordó Cañón al comienzo del Juicio- y, por eso, retaceaban información. Uno de los coroneles tuvo la insolencia de decir que, en realidad, lo que estábamos conversando en el Juicio por la Verdad debía charlarse en una mesa de café, porque ellos sentían la impunidad como algo garantizado. Y este mismo coronel llegó a decir que lo único que lo afectaba era figurar en una lista de internet como un genocida y que por eso él debía darle explicaciones a sus nietos”.

El fiscal bahiense, presidente de la Comisión Provincial por la Memoria, pensaba por entonces que los Juicios por la Verdad en la Argentina servirían para impulsar los procesos penales abiertos en Europa: “Yo, sinceramente, no tenía gran-

des expectativas de que en la Argentina se revirtieran las cosas, como afortunadamente se dieron. Pero sí tenía la idea de que podía acumularse prueba, como efectivamente se acumuló, para probar responsabilidades penales y que éstas pudieran hacerse aplicables en algún lugar del mundo”.

En marzo de 2000, comenzaron las audiencias orales y públicas en el Juicio por la Verdad de Mar del Plata, a raíz de una presentación conjunta de organizaciones defensoras de derechos humanos, gremiales, sociales y profesionales. El proceso, desde entonces, es llevado a cabo por el Tribunal Oral Federal de esa ciudad.

A partir de 1999, se abrieron Juicios por la Verdad en diferentes puntos del país: Rosario, Mendoza, Salta, Jujuy, Chaco. En todos, las protagonistas e impulsoras fueron las organizaciones de derechos humanos, por sí mismas o acompañando a familiares de víctimas. Estos procesos vienen a ubicarse, según la óptica que se adopte, como una de aquellas formulaciones jurídicas alternativas producto del reclamo constante de los organismos de derechos humanos, en un contexto de progresiva denegación de justicia o bien como la respuesta política adoptada por el Poder Judicial ante estos reclamos, analizó, a comienzos de 2002, el ex secretario del Juicio por la Verdad de La Plata y actual secretario de la Unidad Fiscal que investiga el terrorismo de Estado en esta jurisdicción, Hernán Schapiro, en un artículo publicado en España.

### Una respuesta creativa

La apertura de los Juicios trajo la esperanza de concretar la histórica consigna de los organismos: “Juicio y castigo”. Jaime Glüzmann, recientemente fallecido luchador de la APDH La Plata, no se cansaba de repetir adonde iba para contar su experiencia, que “los Juicios por la Verdad conducen al camino del juicio y castigo a los culpables”. El optimismo también alcanzaba a funcionarios comprometidos con la causa. En 2002, Schapiro señalaba que los Juicios por la Verdad -pese a que bien pueden ser entendidos como respuesta meramente paliativa del Poder Judicial ante los sostenidos reclamos de justicia-, parecen haberse convertido en una especie de reducto en el cual las organizaciones defensoras de los derechos humanos y los funcionarios judiciales y de otros poderes también comprometidos con éstos, libran una suerte de batalla que consiste, básicamente, en mantener abierto ese espacio y encontrar, a partir de él, las formas de canalizar las ansias de justicia. En otras palabras, reconociendo la importancia de la averiguación de la verdad, considerar a ésta sólo como una etapa en la consecución de la justicia.

Para Mirta Mántaras, abogada de la APDH Bahía Blanca, en todos estos años “la sociedad fue aprendiendo que los caminos a veces se cierran por un lado, pero tienen siempre una forma creativa de avance y de cambio. Y esta educación que las organizaciones de derechos humanos dieron a la sociedad es un modelo para aprender. Ha habido muchas formas creativas, distintas, muchos abordajes diferentes, en-

tre los cuales el Juicio por la Verdad fue uno de ellos, una de las formas en seguir luchando por la verdad y la justicia”. Crous, por su parte, señaló que la importancia de estos Juicios “ha sido enorme porque demostró que el poder, entendido como aquellos que contaron con la fuerza y la capacidad para instalar la impunidad, no es absoluto ni infalible. Y reinstaló socialmente al terrorismo de Estado. Con la verdad a la luz, resultó indefendible que fuera suficiente obtener información sobre los crímenes atroces y conformarse con sólo eso, sin castigar a los responsables. Los Juicios tramitan bajo diferentes formas en las distintos tribunales del país; pero todos ellos han hecho importantes aportes para las causas penales. Insisto, instaló en el centro de la escena y comprometió al Poder Judicial y al Ministerio Público a tomar posiciones frente a los crímenes de la dictadura y funcionan como un test de permeabilidad a los valores democráticos y humanitarios de estos dos poderes que fueron masivamente dóciles al terrorismo de Estado”.

En cuanto a la información recabada, estos Juicios sirvieron en distintos puntos del país para completar el trabajo en su momento realizado por la CONADEP, dado que muchas personas que permanecieron aterrorizadas durante años o sin medios de acceso a la justicia pudieron acercarse a los tribunales y narrar su historia ante los jueces. “Desde mi punto de vista, cada vez que se consigue más información se adquiere una pieza más del rompecabezas y esto es lo importante”, reflexionó Irurzun. Los Juicios se nutren del archivo CONADEP para iniciar investigaciones y la misma Secretaría de Derechos Humanos de la Nación se encarga de alimentar aquel archivo con la nueva documentación que surge en el marco de las investigaciones actuales. Cuando Carmen Lapacó recurrió al sistema interamericano argumentó en su favor, entre otras cosas, que “si bien la CONADEP realizó una vasta investigación, ésta no reconstruyó las historias particulares de cada uno de los detenidos desaparecidos”.

Los Juicios por la Verdad, finalmente, allanaron el camino de la justicia. En distintas jurisdicciones (ver aparte) siguen adelante, aportando prueba a las causas penales que tramitan en primera instancia o con objetos muy acotados, como en el caso de Buenos Aires, donde el proceso intenta establecer la identidad de cuerpos inhumados como NN. En otros puntos, como Rosario y Bahía Blanca, las causas se transformaron en penales.

Estos Juicios, entre muchas enseñanzas, aportan una que resulta central: la verdad es insoportable si no se hace nada con ella.

**Lucas Miguel** es licenciado en Comunicación Social. Como periodista, se ha especializado en el área derechos humanos. Trabajó en el área de prensa de la Asociación Permanente por los Derechos Humanos de La Plata. Actualmente se desempeña como agente de la unidad fiscal que interviene en los casos de terrorismo de estado en la jurisdicción de La Plata.

# Modalidades



El carácter *sui géneris* de los Juicios por la Verdad - procesos que, en su generalidad, se llevan a cabo siguiendo lo normado para un proceso penal, pero que no tienen consecuencias punitivas- provocó que la tramitación fuera diferente en los distintos puntos del país: así, en Buenos Aires, La Plata, Bahía Blanca y Mendoza, los Juicios tramitaron ante las cámaras federales, mientras que en otros puntos como Salta, Jujuy, Rosario y Chaco lo hicieron en juzgados de primera instancia. En Mar del Plata se encuentra a cargo del Tribunal Oral Federal.

Sin embargo, el compromiso del Estado argentino, asumido ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, fue bregar porque estos procesos tramiten ante las cámaras federales de cada jurisdicción, siguiendo el viejo esquema instaurado en los '80, cuando se modificó el Código de Justicia Militar para que las cámaras federales se abocaran en las causas que el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas no había investigado debidamente, o sea en todas.

Aunque en algunos puntos del país los Juicios funcionaron bien tramitando en diferentes instancias, la instrucción por parte de las cámaras federales ha sido defendida por organizaciones de derechos humanos y magistrados, que presentaron un proyecto de ley al gobierno para que, entre otras cosas, se regle el funcionamiento de los Juicios en éstas, como así también se dote de recursos al Poder Judicial y al Ministerio Público. El camarista platense Leopoldo Schiffrin es un abanderado de ese proyecto: "Siempre fui partidario de una ley que, en definitiva, está proyectada y ha pasado

por varias manos de las más altas instancias de gobierno, para que se regle tanto el tema de la recolección probatoria en los Juicios por la Verdad como dicte algunas reglas para agilizar la instrucción. Un procedimiento especial se justifica cuando los hechos son tan extraordinarios. Además, no se trata de crear tribunales extraordinarios ni nada parecido. Si no que en todos los códigos hay procedimientos especiales para situaciones especiales".

## La Plata

El 21 de abril de 1998, la Cámara Federal platense decidió la apertura del Juicio por la Verdad, que había sido solicitado por la APDH La Plata y un grupo de familiares. "La idea básica era crear un foro público frente a la opinión platense, que sirviera para remover, reactualizar ese pasado terrible de la ciudad, de su circuito, y que permitiera entonces remover algo del miedo que quedó implantado en la época de la dictadura, que aquí, creo yo, fue la dictadura de Ramón Camps", señaló el camarista Leopoldo Schiffrin.

Durante estos ocho años, el tribunal tomó unas mil audiencias orales y públicas, por las que pasaron sobrevivientes, familiares de víctimas, policías, agentes penitenciarios, militares, médicos de policía, sindicalistas, empresarios, funcionarios y testigos de secuestros, que declararon en diferentes expedientes, en un universo de alrededor de 2400 causas abiertas. También secuestró archivos de la represión ilegal, como el de la Dirección de Inteligencia de la Policía bonaerense, los legajos de presos políticos confeccionados por el Servicio Penitenciario Bonaerense, libros de guardia de diferentes comisarías y el fichero que el cura de la Armada, Emilio Graselli, alimentaba con los datos de los familiares de las víctimas que iban a su parroquia en busca de ayuda.

Un hito en la historia de este Juicio fue la solicitud que en septiembre de 1999 Schiffrin presentó ante sus pares para que la Cámara indague y detenga al ex comisario Miguel Etchecolatz por delitos descubiertos en el Juicio por la Verdad. La solicitud no tuvo acogida y el tribunal, por mayoría, decidió que el pedido pasara en forma de denuncia a un juzgado federal de primera instancia. Esa causa llegará a juicio oral y público durante 2006.

A partir de esto, la Cámara decidió denunciar ante la fiscalía los crímenes que se fueran descubriendo y el fiscal, a su vez, comenzó a formular las denuncias en primera instancia, aunque también el tribunal ordenó detenciones en plena audiencia y puso a los imputados a

disposición de los juzgados en turno. Hoy tramitan 50 causas en los dos juzgados federales con competencia penal de La Plata, en las que hay 13 detenidos. Casi todas contienen prueba recabada en el Juicio por la Verdad. En una de ellas se investiga la destrucción de documentación de la policía que hubiera permitido establecer la identidad de cuerpos enterrados como NN en el cementerio local. En ese expediente, la Cámara, con las firmas de Schiffrin y Julio Reboledo, tomó una decisión sin precedentes: declaró la imprescriptibilidad de los crímenes conexos con los delitos de lesa humanidad, al entender que la destrucción de prueba sirvió para que se siguiera perpetrando la desaparición forzada de personas.

Este Juicio fue también importante para otras jurisdicciones: las causas penales que investigan jueces de Zárate, Campana, Azul, Tandil y Olavarría cuentan con abundante prueba recogida por el tribunal platense.

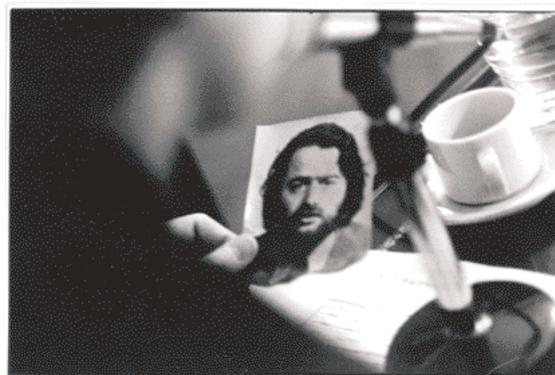
### **Bahía Blanca**

El Juicio en la Cámara Federal comenzó en noviembre de 1999, tras una presentación de las APDH de esa ciudad y de Neuquén y de un grupo de familiares.

Investiga la represión en el ámbito del V Cuerpo de Ejército y de algunos asentamientos de la Armada. Con la apertura del Juicio por la Verdad, el tribunal siguió recabando pruebas sobre la represión ilegal, especialmente lo ocurrido en los centros clandestinos que funcionaron en Neuquén y Bahía Blanca, para lo cual comenzó a citar como testigos a militares retirados y en actividad.

En ese marco, detuvo al ex suboficial Santiago Cruciani, quien se negó a prestar declaración testimonial. Cruciani y el coronel en actividad Julián Corres recurrieron a la Cámara de Casación, que en un fallo que atacó la esencia misma de los Juicios por la Verdad y que condicionó a todos los procesos del país, resolvió que no podían citarse a declarar como testigos a militares presuntamente implicados en crímenes de la dictadura. Para decidir, la Casación pidió que se remitieran todas las actuaciones del Juicio, con lo cual el proceso fue paralizado durante largo tiempo. Cuando la causa regresó, los familiares y los organismos acordaron no seguir impulsando el Juicio en esas condiciones y la Cámara Federal siguió recabando sólo prueba documental.

Tras la nulidad de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida y la reapertura de todas las causas, la Cámara Federal resolvió enviar los expedientes a los jueces de primera instancia de Viedma, Neuquén y Bahía Blanca. Las causas fueron retrotraídas al momento en que se dictaron las leyes de impunidad, pero aún no se libró ninguna detención. Para Cañón, el panorama es poco alentador, dado que ni el Poder Judicial ni el Ministerio Público cuentan con los recursos suficientes para afrontar



esta tarea: “Hacen falta recursos humanos suficientes, contratar abogados y empleados para que trabajen específicamente en el tema. Y esto no se hace, pese a que el Poder Ejecutivo designó una partida de cuatro millones de pesos para ese fin. Si no se hace rápidamente, creo que va a haber una gran frustración porque no van a avanzar las causas y no se va a llegar a un resultado más o menos inmediato”, pronosticó. Y consideró que se debe analizar “con mucha seriedad a aquellos jueces que podrían estar involucrados o comprometidos con la dictadura”, porque “si esto se deja pasar puede ser no solamente una imposibilidad de juzgar, sino que también se puede elaborar un discurso de la teoría de los dos demonios o de reivindicar las prácticas de la guerra sucia en forma indirecta y a través de la Justicia”.

### **Rosario**

Treinta y dos causas dieron inicio al Juicio por la Verdad, que se comenzó a tramitar en los juzgados federales de primera instancia tras la presentación de un grupo de familiares de desaparecidos. La abogada Nadia Schujman, miembro de HIJOS y del Equipo Jurídico de Derechos Humanos, recordó que “las familias iniciaron los juicios individualmente, para saber la verdad sobre cómo, por qué y todo lo demás del secuestro de sus seres queridos. En las presentaciones no hubo organismos de derechos humanos, pero fueron siempre familiares llevados adelante y apoyados por los organismos”.

Las viejas causas por violaciones a los derechos humanos durante la dictadura, como las que investigan los centros clandestinos de detención que funcionaron en el Servicio de Informaciones de la Policía santafesina y en la denominada Quinta de Funes, se habían tramitado ante la Cámara Federal de Rosario y tras la apertura de los legajos por la verdad todo quedó en manos de los jueces de instrucción. Schujman señaló que con el tiempo “la querrela fue pidiendo en casi todos los Juicios por la Verdad, por lo menos en los que había más prueba, que se transformaran en causas con efectos penales plenos. Y en algunas después lo pidió la fiscalía”.

El 8 de octubre de 2003, el juez federal de Rosario Omar Digerónimo dictó la nulidad de las leyes de impunidad y, desde entonces, las causas en las que sólo se buscaba la verdad se convirtieron en expedientes penales, que fueron acumulados a los grandes legajos en los que se investiga el funcionamiento de los centros clandestinos de detención.

### Córdoba

“Yo nunca acepté acá el Juicio por la Verdad”, dijo María Elba Martínez, la histórica abogada del Servicio Paz y Justicia (SERPAJ) en Córdoba. En esa jurisdicción, una de las más vastas y castigadas del país, nunca se tramitaron Juicios por la Verdad. En 1998, diferentes organismos de derechos humanos solicitaron la reapertura de las causas, pero directamente planteando la inconstitucionalidad de las leyes de impunidad y de los indultos. La Cámara Federal resolvió la reapertura de los expedientes, que envió a la jueza de primera instancia Cristina Garzón de Lascano, pero no permitió la persecución de los crímenes comprendidos por las leyes de impunidad.

Por eso, se buscó perseguir los delitos exceptuados de esos instrumentos. “Las excepciones estaban dadas por los hechos fuera del indulto, o sea los anteriores al 24 de marzo del ‘76 -más de cuarenta homicidios- y las desapariciones forzadas. Tampoco la apropiación de niños y de bienes estaban comprendidas en esas leyes. La jueza hizo lugar y comenzaron a imputarse casos anteriores al 24 de marzo y casos por fuera del indulto al jefe del Cuerpo III de Ejército, Mario Benjamín Menéndez”, señaló Martínez.

Hasta 2005, cuando la Cámara Federal declaró la inconstitucionalidad de las leyes de impunidad y de los indultos, los Juicios en Córdoba avanzaron como causas penales: “Se trabajó como si fuera un juicio penal sin sanción, pero instando siempre por lograr la sanción, primero con niveles de excepción y luego con la declaración de inconstitucionalidad”, aclaró la abogada del SERPAJ.

### Mendoza

El Juicio por la Verdad nunca comenzó. Tras el pedido de apertura que realizó en 2000 el Movimiento Ecuaméxico por los Derechos Humanos (MEDH) de esa provincia, en reclamo del derecho a la verdad en 39 casos de desaparición forzada, la causa se estancó.

Inmediatamente, el organismo recusó al entonces presidente de la Cámara Federal mendocina, Luis Miret, por su íntima amistad con el máximo represor de la provincia, el general de Brigada Juan Pablo Saá, y recusó al resto de los camaristas por haber sido funcionarios del Poder Judicial durante la dictadura. A su vez, la

defensoría oficial solicitó impulsar la investigación en 198 casos de víctimas que no tenían representación alguna, pedido que fue denegado y que terminó resolviendo favorablemente la Corte Suprema en septiembre de 2004. Pero las recusaciones nunca llegaron a resolverse.

“Cuando se declaró la nulidad de las leyes de impunidad, la causa fue declarada abstracta y se reabrieron todas las investigaciones penales con respecto a los represores. ¿Qué quiere decir esto? Que la instancia que hay hoy contra los represores en Mendoza es una instancia criminal y la justicia entendió que el objeto, que es la búsqueda de la verdad real, está subsumido dentro del objeto mayor que es la búsqueda de la verdad real y la represión a los autores”, explicó Pablo Salinas, abogado del MEDH Mendoza. En esa provincia nunca hubo juzgamiento de los crímenes, dado que las investigaciones de los '80 sobre los hechos ocurridos en la zona fueron investigadas por la Cámara cordobesa.



Una vez que el camino penal estuvo allanado, el reclamo de justicia chocó nuevamente contra el sistema judicial. El flamante juez federal Walter Bento se declaró incompetente al entender que los crímenes cometidos en Mendoza deben investigarse en Córdoba, sede del III Cuerpo de Ejército, que tenía jurisdicción sobre la provincia. Por ese motivo, el organismo denunció al magistrado ante el Consejo de la Magistratura. La Cámara Federal mendocina finalmente anuló la resolución de Bento, que mientras tanto sigue a cargo de las investigaciones. “Está reinstruyendo muchas causas cuando tienen medidas que ya están tomadas y se están duplicando procedimientos y no hay ningún represor preso en Mendoza, a pesar de que ya la Cámara declaró la nulidad de las leyes de impunidad”, se quejó Salinas.

### Salta

El Juicio por la Verdad fue planteado recién en marzo de 2000 por un grupo de familiares de desaparecidos a la

Cámara Federal, que decidió la apertura del proceso en una resolución en la cual declaró imprescriptibles los crímenes de la dictadura y resolvió remitir la causa al juez federal de primera instancia Miguel Medina. El Juicio tuvo la particularidad de haberse tramitado como un proceso de habeas data, por escrito, no con las reglas de un proceso penal sin punición, como el resto de los Juicios, sino como un juicio tendiente a conocer la información que obraba en archivos públicos y en manos de represores sobre las víctimas de la represión ilegal. El Juicio fue planteado para investigar el destino de 310 víctimas de Salta y Jujuy, pero el tribunal limitó la pesquisa sólo a lo ocurrido en Salta. En la actualidad hay varias causas penales. Las más importantes son las que investigan la Masacre de Las Palomitas —asesinato de doce presos políticos durante un traslado- y la desaparición del ex gobernador Miguel Ragone.

### Jujuy

Las audiencias del Juicio por la Verdad vieron la luz recién en el 2003, dos años después de que organismos de derechos humanos y familiares de víctimas se presentaran a pedir la apertura del proceso el 24 de marzo de 2001. El Juicio se tramita en el Juzgado Federal N°1, a cargo de Mariano Cardozo. El procedimiento es escrito, sin audiencias orales y públicas, aunque se permite una presencia reducida de público y los testimonios pueden ser filmados. “Acá las cosas son un poco más lentas, pero lo importante es que se movilizó a un grupo de familiares con el objetivo de demostrar que es una herida que aún no está cerrada, y de poner sobre el tapete la temática en la sociedad y con ella la de la reconstrucción de la historia y por ende la verdad. Sacar a la luz un montón de situaciones que la gente ignoraba o pretendía ignorar”, señaló María Eva Arroyo, integrante de HIJOS Jujuy.

Si bien en la provincia se cuentan 105 desaparecidos, el Juicio fue iniciado con el pedido de investigación sobre 16 casos, la cantidad de familiares que pudieron reunir los organismos para hacer la presentación. Se trata de personas que estuvieron detenidas en penales de la provincia de Jujuy y que desaparecieron durante traslados, es decir, cuando estaban a disposición del Servicio Penitenciario. Por testimonios de sobrevivientes se sabe que los detenidos pasaron, en su mayoría, por un centro clandestino que funcionó en una hostería de la localidad de Guerrero. También hubo detenidos ilegales en la Central de Policía, en el penal de Villa Gorriti y en un predio que ocupaba el polígono de tiro del Grupo de Artillería de Montaña 5.

A partir de la recolección de prueba en este Juicio, que desde que comenzó ha sido muy lenta, con pocas audiencias y muchas trabas, el fiscal Domingo Batule



solicitó en octubre de 2003 la nulidad de las leyes de impunidad y la investigación penal de algunos casos, entre ellos los ocurridos durante la Noche del Apagón, el 28 de julio de 1976, cuando las Fuerzas de Seguridad secuestraron de sus casas a trabajadores del ingenio Ledesma.

“Sólo en 4 años se tomaron 31 testimoniales. Todavía falta mucho por hacer”, señaló Arroyo, y agregó que el proceso “sigue teniendo la misma importancia, ya que aún no se ha hecho ninguna presentación penal con la información de este Juicio, pero si las cosas van como pensamos se harán este año”.

Arroyo agregó que la prueba recabada en el Juicio por la Verdad se derivará a las causas penales: “Van a ser un fuerte fundamento, ya que dentro de los expedientes viejos, como los habeas corpus y todos los casos que se abrieron en democracia y quedaron sin efectos por la leyes de impunidad, no hay información como la que se está recuperando en este momento”.

### Chaco

El Juicio por la Verdad se tramita ante el juez federal de primera instancia Carlos Skidelsky, que con el correr de las actuaciones y los aportes realizados por HIJOS y el CELS, fue avanzando penalmente en las investigaciones. Si bien se abrió por el reclamo del derecho a la verdad, a poco de andar comenzó a tener consecuencias penales, dado que se descubrieron crímenes cometidos por policías de la Brigada de Resistencia en los años 1974 y 1975. Lo singular del caso es que como las leyes de Punto Final y Obediencia Debida no alcanzaban aquellos delitos, ocho represores, que también están denunciados por su labor durante la dictadura, fueron procesados en 2001 por los crímenes cometidos antes del Golpe. La causa penal más importante es la que investiga la Masacre de Margarita Belén, en la que fueron fusilados 22 prisioneros políticos el 13 de diciembre de 1976. En la provincia hay 40 represores denunciados y sólo 16 detenidos: 10 por Margarita Belén y 6 en el marco de la Brigada de Investigaciones.

### Buenos Aires

Tras la orden de la Cámara Federal de septiembre de 2003 de reabrir las causas penales y radicarlas en los juzgados de primera instancia para que se investigue penalmente a los responsables de los crímenes, el Juicio por la Verdad tiene circunscripta la investigación a la identificación de cadáveres inhumados como NN. Los resultados de estas pesquisas, que se llevan a cabo con el aporte del Equipo Argentino de Antropología Forense, salen a la luz constantemente. La última vez fue en agosto pasado, cuando se lograron identificar los cuerpos de la monja francesa Leonie Duquet, de las Madres Azucena Villaflor, Esther Ballestrino de Careaga, María Eugenia Ponce de Bianco y de Angela Agud, enterrados en el cementerio de General Lavalle.

“Hubo numerosos requerimientos y obtención de registros de archivos oficiales, que analizados con los existentes y con documentación aportada por la CONADEP en distintas causas, permitieron determinar la identidad de personas inhumadas como NN. También, la confrontación de la distinta documentación existente, posibilitó revelar las circunstancias en que ocurrieron su secuestro y muerte”, indicó el camarista Martín Irurzun. El juez Gabriel Cavallo, por su parte, reseñó: “Lo que persiguió la Cámara Federal cuando se abrió el Juicio era averiguar todo lo que se podía en torno al destino de los desaparecidos, con el objeto doble de poder dar una respuesta a los familiares de las víctimas de tipo moral o subjetiva y a su vez seguir recolectando prueba a la espera de que los juicios penales se reabrieran. Creo que ambos objetivos se cumplieron acabadamente”. Además, explicó que “en cada legajo en que podemos identificar restos, la Cámara no sólo reintegra los mismos a los familiares y ordena la rectificación de las partidas de defunción, sino que además extrae testimonios de la causa y los remite a los juzgados que actualmente poseen la jurisdicción penal, para que lo obtenido en esa investigación de los Juicios por la Verdad sirva como prueba en el expediente criminal”.

### Mar del Plata

El Tribunal Oral Federal se hizo cargo del Juicio por la Verdad en esa jurisdicción por orden de la Cámara Federal, que le delegó la investigación. El proceso fue tramitado por un conglomerado de organizaciones de derechos humanos, sociales, gremiales y profesionales a fines de 1999 y comenzó con sus audiencias orales y públicas en marzo de 2000. La solicitud de apertura del Juicio incluyó sólo quince casos, varios de ellos relacionados a “La Noche de las Corbatas”, como se conoció a la seguidilla de secuestros de abogados marplatenses. El tribunal decidió investigar lo ocurrido entre los años 1975 y 1983. “Lo importante es que, por un lado, se ha podido recuperar prueba para futuras causas

penales, algunas de las cuales se abrieron a partir de la decisión misma del Tribunal Oral Federal y que, evidentemente, no eran de conocimiento con anterioridad a la iniciación del Juicio. Creo que ése ha sido el aporte fundamental. Y, por otro lado, en el transcurso del Juicio se fue profundizando la investigación respecto a determinados centros clandestinos de detención, como La Cueva, la Base Naval, la Comisaría 4<sup>ª</sup> y, durante el año 2005, fundamentalmente el tema de las inhumaciones de NN en el Cementerio Parque”, evaluó Juan Carlos Wlasic, abogado de la APDH Mar del Plata.

La firme actitud de los organismos y del tribunal en la búsqueda de la verdad llevó a que el proceso fuera objeto de varios embates. En sus inicios, varios civiles imputados intentaron embarrar la cancha haciendo presentaciones por falso testimonio contra las víctimas. Pero el golpe más fuerte lo recibió de parte de la Cámara de Casación. Ésta, a partir de un recurso de la Armada, paralizó el Juicio durante 2002. El tribunal marplatense había dispuesto una medida de no innovar sobre las instalaciones en donde funcionó la Escuela de Suboficiales de Infantería de Marina, que la Armada tenía previsto alquilar para que allí funcione un parque de diversiones. Casación se llevó todo el expediente durante un año, revocó la medida del tribunal y ordenó que el Juicio se siguiera sustanciando en la Cámara Federal. En aquel momento, la Comisión Provincial por la Memoria advirtió que se estaba atacando una de las pocas vías judiciales aún habilitadas en la Argentina para conocer la Verdad”.

El año pasado, una nueva noticia sacudió a los marplatenses: el fiscal del Juicio, Raúl Pedro Perotti, se encontraba imputado en la causa Primer Cuerpo de Ejército. En 1984 varios testimonios en la CONADEP daban cuenta de que el Loco Perotti concurría a la comisaría 1<sup>ª</sup> de Santa Rosa, La Pampa, a presenciar interrogatorios bajo tortura en su carácter, por entonces, de defensor de pobres y ausentes. Los años y las investigaciones enseñaron que el Loco aquél era fiscal hoy en Mar del Plata. Perotti fue separado del Juicio por la Verdad y actualmente en la Procuración se instruye una prevención sumaria, paso previo de un sumario administrativo. Además, se encuentra en la mira del juez federal porteño Daniel Rafecas, que instruye la causa Primer Cuerpo.

Tras estos avatares, el Juicio sigue adelante: “Es un instrumento útil, a los fines de poder ir incorporando nueva prueba, que eventualmente pueda abrir luz sobre los casos en los cuales se carece de pocos elementos o de ninguno”, señaló Wlasic. “Pero si aparecen elementos de prueba suficientes para iniciar causas de carácter penal se remiten a los juzgados federales de primera instancia”, aclaró.

# Nuevas voces ante la ley



Centenares de personas vienen hablando durante el desarrollo -complejo y muchas veces obstaculizado- de los Juicios por la Verdad. Hablaron, hablan, hablarán; en La Plata, en Rosario, en Buenos Aires, en Mar del Plata, en Resistencia, en San Salvador de Jujuy, en Salta, en Mendoza, en Bahía Blanca... Y más allá de lo que se logre conocer y de las condenas que puedan imponerse a los represores a partir de la anulación de las leyes de impunidad, en ese hecho sólo en apariencia tan elemental como es hablar, radica una conquista inmensa. Una conquista sobre los miedos impuestos y los miedos propios, una conquista sobre el silencio y la impostura como formas de la inercia social. El escritor italiano Elio Vittorini, notable intelectual antifascista, autor de las novelas *Conversación en Sicilia* y *El simplón le guiña el ojo al Frejus*, escribió en su diario después de la Segunda Guerra Mundial: "Yo no podía ser sincero con mi madre en aquellos años. Para no tenerla en ansia con respecto a mí, para dejarla vivir sin terrores, yo no podía decirle nunca lo que pensaba del mundo circundante. Había mentira entre ella y yo. La primera vez que la

vi después de la liberación, me di cuenta de qué importante era la libertad política aun para una vieja madre que no sabe leer ni escribir. Ya no teníamos más necesidad de escondernos los unos de los otros. Habíamos reconquistado el derecho a la comunicación, es decir el derecho a no mentirnos, el derecho a ser sinceros que antes no teníamos ni siquiera entre padres e hijos. La libertad también tiene este fondo íntimo y simple."

En la Argentina de hoy, a treinta años del Golpe de 1976, ¿hemos reconquistado ese derecho a la comunicación, a no mentirnos, a ser sinceros? El auge memorialístico debido a la fuerza de la efemérides redonda y a la decidida e intensa participación gubernamental, parece contestar que sí, que ya todo está dicho, y que hasta se puede causar, por insistencia, cierta saturación. Y, sin embargo, aún son muchos los muros de silencio a derribar.

Dos ejemplos entre cientos:

En la ciudad de Necochea, situada en el sudeste de la provincia de Buenos Aires, sobre el litoral Atlántico, los profesores de historia Carlos Díaz y Alejandro Andersen, junto

a la periodista Mariela Marti, se abocaron a la realización de un libro acerca de los desaparecidos oriundos de allí, titulado *Hijos del pueblo*. Lejos de limitarse a una tarea de recopilación de datos, el proyecto disparó contundentes sorpresas. Con la ayuda de la Comisión por la Memoria Militante de Necochea, descubrieron otra desaparecida de la cual nada se hablaba públicamente: María de las Mercedes Zabala, quien desapareció el 17 de octubre de 1974. Pero, además, la periodista Mariela Marti obtuvo una primicia conmocionante: nada menos que la militancia revolucionaria de su padre, quien hasta entonces nunca le había contado nada de eso que es la explicación -tantos años después- de alarmas, silencios y mudanzas vividos durante la infancia. Quinientos kilómetros al norte, en la muy cosmopolita y progresista y hasta superada ciudad de Buenos Aires, la capital del país y su centro político y cultural, un profesor del Taller Escuela Agencia, en vísperas del aniversario, preguntó a sus alumnos de primer año de la carrera de periodismo que allí se cursa, quién sabía lo sucedido el 24 de marzo de 1976. De treinta jóvenes de entre dieciocho y veinticinco años, sólo uno supo contestar. Y los padres de esos jóvenes forman parte de la generación más diezmada por las desapariciones.

Hablar, entonces, muy lejos está de la redundancia.

Hay una gran operación narrativa en curso, dirigida en principio contra el silencio, pero también contra distintas memorias y verdades sedimentadas: las memorias del sentido común, la verdad oficial de la dictadura y las sucesivas verdades construidas por los gobiernos democráticos de acuerdo a sus necesidades coyunturales. Podemos inscribir a los Juicios por la Verdad en este gran encuentro en que la sociedad se cuenta a sí misma qué es, cómo es, cómo llegó hasta aquí.

En los Juicios por la Verdad hablaron docentes universitarios y hablaron analfabetos. Hablaron militantes de los derechos humanos y hablaron represores. Hablaron profesionales y hablaron desocupados. Hablaron obreros y hablaron maestros. Hablaron hombres y mujeres, ateos y creyentes, morochos y rubios, calvos y pelilargos, trajeados y descamisados.

Un ex policía contó ante la Cámara Federal de La Plata que rescató a su hermano de un centro clandestino de detención. Intento finalmente frustrado, ya que el joven está desaparecido. "Lo subí al auto y me lo llevé", contó Leopoldo Campano refiriéndose a su hermano Pedro, secuestrado en febrero de 1977 en La Plata y detenido ilegalmente en la comisaría quinta. "Yo como policía sabía lo que pasaba en el país, que desaparecía gente", contó. Y contó que al llegar a la dependencia policial vio a su hermano en un pasillo, con las manos atadas en la espalda y los ojos vendados. Y que se fue con él y lo llevó a la comisaría donde trabajaba, la cuarta, cuya manzana casi inmediatamente fue rodeada por un grupo armado. Y que un integrante de ese grupo lo amenazó: "Te doy veinticuatro horas para que desaparezcas. Estoy capacitado para matarte acá o en cualquier lado". Y que se retiró "caminando despacito, esperando que me pegaran

un tiro". Y que desde entonces no sabe qué pasó con su hermano.

Víctor Hugo Díaz contó cómo escapó del Regimiento de La Tablada, luego de ser secuestrado. Díaz trabajaba junto a sus hermanos en su taller de juguetes en Berazategui. La madrugada del 4 de febrero de 1977, este militante de la Juventud Peronista fue secuestrado en presencia de su hermano Juan Antonio y un amigo. Todos cuidaban el taller de "los ladrones", debido a que un vecino les había advertido que gente sospechosa, que andaba en camionetas, había estado preguntando por un taller de juguetes en el barrio. Resultaron ser los secuestradores. Esa noche, lo vendaron y esposaron, y lo llevaron en el baúl de un auto al regimiento. Lo ataron sobre el elástico de una cama y le aplicaron picana en la boca y en los genitales. "Tu hermano va a tener que hacer un molde de muñeco grande, porque vos sos boleta", le dijeron. Díaz fingió un desmayo. Al rato, su guardia se quedó dormido y pudo desatarse. "Me incorporé, tomé un caño y con toda mi fuerza se lo partí en la cabeza", contó. Después, tomó el arma del guardia, le quitó su camisa y partió. En uno de los bolsillos de la camisa encontró el documento del capitán Alberto Juan, de 33 años en esa época. Hugo Ernesto Ruíz Díaz, ex-operario de la destilería de Y.P.F. situada en Berisso, contó cómo fue secuestrado el 24 de marzo de 1976 en un inmenso operativo en el que se detuvo a numerosos trabajadores de los Astilleros Río Santiago y Propulsora Siderúrgica. Contó que se encontraba internado en un hospital a causa de una operación en su mano. "Me fueron a buscar. Habían hecho un operativo grande en mi barrio y no me encontraron, mi madre alcanzó a avisarme que me fuera de la clínica, pero no me fui, porque yo no andaba en nada raro". Contó que pudo identificar, pese a la capucha, que lo habían trasladado a un predio de Astilleros. Contó que en ese momento tenía el brazo vendado por una infección. "No sé por qué, se me dio por pedir los medicamentos. Me pegaron dos culatazos en la mano herida, esa fue la medicación", contó. Contó que luego de varias horas los trasladaron hasta un muelle. "Creí que me tiraban al río". Contó que sufrió un simulacro de fusilamiento: "Me separan del grupo y me ponen contra un paredón. Me hicieron pedir tres deseos. Hacen pasar una formación, marcaron el paso, apuntaron, y cuando iban a decir fuego, alguien dijo a éste no". Contó que fue trasladado a la Unidad Penal N° 9. Contó como fue la llegada: "Armaron dos hileras de soldados y teníamos que ir corriendo en el medio, vendados y encapuchados. Y nos iban golpeando con palos y patadas. Con un culatazo de fusil me abrieron la cabeza, tengo la cicatriz". Contó que a "todos esos que liberaban a las doce de la noche, los leíamos después en las crucécitas de los diarios".

Díaz, Campano, Ruiz Díaz, tres voces, y treinta mil silencios que gritan, ¿y cuántas complicidades? Todas estas historias son nuestra historia. Vale la pena escucharlas, escucharnos.

# Del silencio a las nuevas preguntas

Por Roberto Pittaluga

Fotografías Cristina Pauli

**Si bien no se trata de una novedad absoluta en los últimos veinte años, es muy reciente la consolidación en el campo académico de estudios históricos que abordan los años '60 y '70. ¿Cuáles son las razones para hacer historia de ese pasado reciente? ¿Cómo se encara la tarea en Argentina?**

Lo que se ha dado en llamar, ciertamente a resguardo de la ambigüedad de los términos, “historia del pasado reciente” concierne a una problemática que sólo hace unos pocos años comenzó a constituir un área de interés al interior del campo académico de estudios históricos. Esta afirmación debería ser inmediatamente matizada, pues en realidad no fue un área del todo inexistente en estos más de veinte años de construcción del campo académico, y sería injusto olvidar los trabajos pioneros de los investigadores que muchas veces en aislamiento promovieron su estudio. De todas formas, y más allá de estos solitarios esfuerzos, lo que resulta llamativo -y hasta paradójico- es que la empresa de constitución de un espacio académico para la historia se hiciera sin una cuidadosa meditación histórica sobre el pasado reciente en el que se asentaba ese mismo emprendimiento constructivo. Pues si todo campo profesional es ciego a ciertas condiciones en las que se sostiene su autoridad, la pregunta por el (no) lugar del pasado reciente entre esos fundamentos resulta más inquietante.

Las razones por las cuales el pasado reciente -en general me referiré con esta denominación a las décadas de 1960 y 1970- no se ubicó como un territorio de interés para quienes escribían historia según los parámetros de validación del campo académico, fueron seguramente variadas y diversas. Entre algunas de ellas habría que mencionar que, en los primeros años de la transición democrática, prevalecieron ciertos discursos que componían un contexto de producción de relatos y representaciones que fijaba límites bastante precisos a las formas de narración de ese pretérito. Relatos como el de “la República perdida”, “la teoría de los dos demonios” o la puesta a resguardo de la responsabilidad que le cupo a los distintos sectores de la sociedad, clausuraban antes que abrían las miradas. Incluso las formas testimoniales predominantes -probablemente las únicas posibles o viables en ese momento-, estuvieron orientadas primero por las estrategias de denuncia del terrorismo de Estado y luego por la necesidad de la construcción de la prueba en juicio. La combinación de estos factores modeló un campo de determinaciones o presiones que,

a través de ciertas figuras y modos de ejercicio de la memoria, ciñó los temas y las formas posibles de exploración del pasado reciente.

Como parte de ese contexto de determinaciones, es destacable la notable sincronía temática que se estableciera entre el campo historiográfico y los problemas de la transición democrática, concordancia que se manifestó, por ejemplo, en la búsqueda de los fundamentos históricos para la consolidación democrática. Claro que en esa misma invención de una tradición para la democracia argentina anidaba ya una determinada concepción de la misma, expuesta en los momentos históricos que se seleccionaban para construir su genealogía, selección en la que destacaba la ausencia del pasado reciente.

No pretendo aquí continuar con estos señalamientos, pues muchos otros elementos o dimensiones podrían seguramente sumarse a la indagación de los motivos de esta ausencia en la agenda historiográfica de los años ochenta y primeros noventa. Sin duda, cada uno de esos aspectos merece además un tratamiento específico e independiente, como también se precisa, todavía, de la puesta en relación de todos y cada uno de ellos en una explicación más general que los integre con su importancia relativa. En la primera década de transición democrática, las preocupaciones principales del campo historiográfico, e incluso del más general campo de las memorias, instituyeron una distancia entre su propio presente y su pasado reciente que con el correr de los años se fue ensanchando. Esa distancia nacía de la preeminencia de discursos por otra parte absolutamente necesarios -por ejemplo, la condena del terror estatal-; pero también de la idea de que se trataba de momentos todavía actuales, noción reforzada por las razones biográficas de quienes impulsaban la formación del campo historiográfico académico. Pero el distanciamiento sólo postergó lo que a fines de los '90 volvió a la escena, pero reformulado: lo que ha vuelto, para decirlo brevemente y en los viejos términos, es la necesidad de una indagación de los lazos -de continuidad, de ruptura- entre las décadas de 1960 y 1970 con la de los '80 y '90, la reconstrucción de las relaciones entre la transición democrática y el neoliberalismo por un lado, y

por otro la movilización política y social con su apuesta revolucionaria y el terrorismo de Estado, por otro.

Lo expuesto ya nos indica ciertas características de ese silencio historiador, el cual se inscribió sin dificultades en una mutación más general de cierta franja de la intelectualidad que en el pasado reciente había ejercido las armas de la crítica y que en la transición democrática se plegó a ese imaginario de la democracia, fuertemente dominado por un pensamiento de la política como articuladora de los consensos y de la gobernabilidad. La relación con la ausencia de reflexión crítica y de producción historiadora sobre el pasado reciente -o con su notoria insuficiencia- no deviene de ese abandono de unas ideas por otras -al fin y al cabo, cualquiera puede cambiar de ideas, y todos lo hacemos-;

sino de la falta de reflexión sobre las razones de ese cambio, sobre lo que se abandonaba y lo que se conservaba de las tradiciones del pensamiento de la etapa anterior. Lo que faltó, entonces, fue un examen intenso y extendido que explicitara las relaciones de la idea democrática con las tradiciones intelectuales, en particular con aquellas del pasado reciente. El resultado fue la ausencia de balance en torno a los idearios y prácticas intelectuales que se abandonaban, al pensamiento que se postulaba acabado, al imaginario desechado; ausencia que sólo podía sostenerse si a la vez el pasado reciente se ausentaba de las miradas.

Sin balance, sin reflexión crítica, sin indagación histórica, las ideas y los gestos utópicos de transformación fueron abandonados en bloque, sin distinciones ni matices, aun cuando las diferencias al interior de ese imaginario revolucionario fueran más que pronunciadas. Se trató de un giro deseoso por romper los compromisos de la inmediata anterioridad. El mismo salto hacia la idea democrática se naturalizó, pues la no exploración del pasado



reciente significó eludir la reflexión sobre las condiciones de posibilidad de la democracia de los ochenta, de sus vínculos y distancias con ensayos democráticos anteriores pero sobre todo, con la dictadura.

La historiografía se abocó -podría decirse que programáticamente- a construir una supuesta tradición democrática para estructurar una visión de la entera historia secular de la política argentina. ¿Dónde anida la democracia? era la pregunta de un conjunto de destacados historiadores e historiadoras en los momentos fundantes de lo que luego sería el campo académico, esbozo de programa cuya propuesta de investigación historiográfica se conjugaba con el proceso democrático al que estos intelectuales querían aportar sus fundamentos históricos, orientando la búsqueda, significativamente, hacia un preciso segmento de la historia argentina, desde la fundación del estado nacional hasta el inmediato momento anterior a la entrada en escena del peronismo.

En 1997, Emilio de Ipola, refiriéndose a esta ausencia de reflexión de los intelectuales sobre el pasado reciente -y en especial sobre la política revolucionaria de los '60 y '70- destacaba uno de los rasgos de esta situación: el legado trunco -tal el nombre con el que caracterizaba la cuestión- refería a la falta de transmisión de las experiencias por parte de quienes habían sido sus protagonistas -y sobrevivientes- a las nuevas generaciones. Y aunque hubo intentos aislados guiados por el propósito de incluir esta problemática en la agenda política e intelectual, la corriente principal -y más aún en el campo historiográfico- fue la de desestimarla o impugnarla por ser todavía un pasado demasiado cercano. Para quienes nos sumamos a la política en los primeros años '80, la discontinuidad de la

que habla de Ipola tuvo fuertes consecuencias. Nuestra avidez por conocer lo sucedido antes de la dictadura sólo fue equiparable al tamaño de la desconexión con la generación anterior, diezmada por desapariciones, exilios, etc. Una situación que no anula la pregunta sobre qué hacer cuando una generación recibe de la anterior relatos escasos y fragmentados. Y, si bien lo poco que nos llegaba lo hacía bajo el formato de la repetición de las razones y motivos setentistas, lo tomábamos con desconfianza, pues ya conocíamos el rostro de la catástrofe y el terror. Lo que habría que decir también, para mirar las cosas desde distintos ángulos, es que quienes éramos jóvenes en esos años no supimos formular las preguntas adecuadas, intervenir generacionalmente; de hecho, de nosotros quizás pueda decirse que no



fuimos una generación, y que nuestra posición a mitad de camino entre los anhelos emancipatorios y un ajuste de cuentas con la política revolucionaria heredada terminó en un callejón sin salida, o cuya salida fue, para la mayoría, el abandono de toda política. Cuando, desde 1996 aproximadamente, nuevas voces vinieron a cuestionar ese silencio sobre el pasado reciente, voces que irrumpieron en el centro de la escena pública con sus propias interrogaciones y con las marcas presentes de ese pasado, voces de una nueva generación, la de los hijos -que no necesariamente son hijos de militantes setentistas sino todos aquellos que componen en una diversidad de intervenciones un nuevo repertorio de preguntas sobre cuestiones antes invisibilizadas-, se configuró paulatinamente un nuevo escenario, en el cual y crecientemente el pasado reciente se tornó punto de interés. Es un escenario que también se ha nutrido del auge memorialístico que a nivel mundial acompaña el cambio de siglo, y sería ingenuo desconocer este impulso externo. Sin embargo, aun con estos cambios, la falta de transmisión se manifestó en la incapacidad para ofrecer a esas nuevas preguntas, respuestas que se alejaron tanto de las versiones acriticas como de las condenas demonizantes. La supervivencia de los discursos setentistas, latentes durante los '80 y ofrecidos desde mediados de los '90 como una revalorización de la experiencia militante, constituyeron en realidad una repetición de los discursos originales, y sus modalidades de intervención estuvieron más cercanas a la herencia y el

mandato que al legado y la posibilidad de transmisión.

El año pasado participé de un ciclo organizado en la Universidad de General Sarmiento por Daniel Lvovich y Jorge Cernadas, en el que me tocó en suerte responder a la pregunta: ¿Historia reciente, para qué? Sin embargo, mi intervención estuvo más cerca de la pregunta sobre cómo se hace historia del pasado reciente en la Argentina actual. ¿Cuáles serían entonces las razones para hacer historia del pasado reciente? No creo que haya una respuesta estrictamente historiográfica que otorgue a esa porción del pasado un privilegio para su estudio en relación a otros períodos de la historia. Sí puedo presentar algunos de los motivos que me impulsan personalmente a indagarlo, que no son más que preocupaciones políticas e historiográficas que de alguna manera intentan ser puntos de partida para reinscribir, en la práctica profesional, la inquietud intelectual, para reinscribir esa figura del intelectual perdida hoy en los pliegues de las vestiduras del especialista. Lo dicho más arriba en relación a la falta de transmisión es ya un motivo suficiente para



### Cristina Pauli

se formó en el taller de fotografía documental de Xavier Kriscautzky. Su tema son las paredes. Su tesis de licenciatura en comunicación social fue “Los graffittis en el territorio urbano de La Plata”. Ha intervenido en muestras colectivas del Grupo de Fotografía Documental La Plata y también realizó muestras individuales, siempre con el título “Las voces de las paredes”.

sostener programas de investigación histórica sobre el pasado reciente. No es cuestión -y sigo aquí nuevamente a de Ipola- de hacer hoy lo que no se hiciera en la primera década de la transición; pero sí de integrar ese silencio y las nuevas preguntas a la hora de mirar el pasado reciente. El fracaso de la tarea de transmisión es en sí mismo un problema que debe ser abordado.

El pasado reciente es, por otro lado, un momento de transformaciones epocales, de mutaciones de largo alcance. Entre esos cambios, uno no menor lo constituye el cierre de una etapa en relación a los modos de entender la transformación de la sociedad con vistas a un mundo mejor. Las décadas que van, aproximadamente, de 1968 a 1989-91, fueron testigos del fin de lo que podría llamarse la forma bolchevique y la forma socialdemócrata de pensar el cambio social y de actuar en consecuencia. Junto al cierre de esa experiencia, parece haberse cerrado también una forma de entender la revolución que se remonta a dos siglos atrás, cuando nació bajo la impronta francesa. Incluso ampliando la mirada, bien podría decirse que ese pasado reciente ha sido el momento de la crisis y el hundimiento de las utopías de masas en Oriente y Occidente, caída a causa de la fortaleza de las nuevas estrategias del capital como también de las contradicciones y debilidades de esas mismas utopías, que en su existencia real se revelaron ambiguas y de múltiples rostros, algunos de ellos, terroríficos. En paralelo, pero vinculadas, otras crisis sirven también para señalar la hondura del cambio, como aquellas que afectan a las percepciones y nociones de la espacialidad y la temporalidad, que hacen del presente un momento efímero y a la vez el único relevante, y que convierten al pasado en un segmento muerto y enterrado con el que se carece de relaciones significativas. Atender a esas crisis y esas transformaciones desde los márgenes puede arrojar, al contrario de lo que comúnmente se piensa, una luz intensa sobre aspectos claves de dicho proceso.

A su vez, en Argentina hay cuestiones específicas para abordar. Muchas de las preguntas sobre el presente, o sobre los últimos veinte años, exigen indagar en las décadas de 1960 y 1970. ¿Qué sucedió en esas décadas, qué cambió en la sociedad y el Estado en la Argentina, para que desde los '80 asistamos a una continuidad en las instituciones democráticas que no tiene precedentes? ¿Cuál fue el significado de esos cambios? ¿Cómo se relacionan con otros cambios, en la cultura, la economía, etc.? ¿Qué implican en relación al futuro? Preguntas que son razones para una historia del pasado reciente.

El paisaje social de la Argentina post-dictatorial nos dice bastante de los alcances de esa transformación de la que hablo. Ya Dardo Scavino la nombró como la era de la desolación, atendiendo a la producción de un nuevo lazo social caracterizado por el aislamiento de los sujetos, por su des-solidaridad. Ese nuevo lazo social fue producido,

en principio, por medio de la violencia más extrema, por obra del terror de Estado, con su sistematicidad para el aniquilamiento; como señaló Pilar Calveiro, sus figuras claves han sido el campo de concentración y la desaparición. Creo que éstos son también motivos poderosos para interesarse por el pasado reciente, y en cierta forma, pienso que todavía hoy seguimos atravesados por la figura de la desaparición como constitutiva de los nuevos lazos sociales.

Pensar el terrorismo de Estado es una cuestión, a mi entender, crucial. Que haya sucedido sigue siendo un problema actual. Multiplicar las reflexiones es la manera de trabajar

sobre la figura de la desaparición, sobre sus sombras en el presente, sobre su presencia: en este país hay desaparecidos y tenemos que vivir con ello. Tareas que requieren de la producción testimonial, de la palabra de los testigos -incluso de aquellos que no saben que lo han sido-, pues también sobre esas superficies textuales debemos pensar, interpretar. La academia historiadora ha hecho poco también en este plano, lo cual se revela en el lugar marginal que en sus principales instituciones ha tenido la historia oral y la producción y análisis de lo testimonial. Considero que la oposición que algunos han postulado entre testimonio e historia, entre memoria e historia, es inadecuada. Más bien quiero pensar a la historia como parte del campo de la memoria, y a ambas como intervenciones críticas sobre el pasado, formas de rescate atentas a las dimensiones de la deuda y la justicia, propo-

niendo una relación con el pasado que ni quede atrapada por su reiteración pura ni lo colonice con los motivos del presente, como advertía Benjamin.

Las intervenciones de las nuevas generaciones no han sido las únicas causas del renovado interés por el pasado reciente. También debemos contar que, desde mediados de la década de 1990, vienen surgiendo nuevos movimientos de impugnación del orden social capitalista que genéricamente podemos situar en las coordenadas de lo que se ha llamado movimiento alterglobalizado. Estos movimientos han impreso una profunda reconsideración tanto de las prácticas como de las concepciones de lo político. En nuestro país, con todas sus limitaciones, estas tendencias, y las problemáticas que promueven, se fortalecieron con la irrupción callejera de 2001. Examinar sus vínculos con el pasado -reciente y lejano- constituye una tarea relevante. En la pluralidad de experiencias que constituyeron la urdimbre de esa movilización social, política y cultural de los años sesenta y setenta, existieron diferentes y hasta incompatibles modos de hacer la revolución. Discutir los supuestos y concepciones de dichas experiencias, reconstruirlas histórica y críticamente -sin temer, como decía Marx, a las consecuencias de esas críticas- es la forma que adopta, a mi juicio, la tarea del rescate. Un ejercicio que permita, entonces, reconsiderar el concepto de revolución: reconsideración por medio de la distinción de los sedimentos de sentido que experiencias anteriores le imprimieran, y que por ello nos permita considerarlos hoy como pasados, para habilitar la impresión de nuestras propias significaciones, las de nuestra época. Quizás el legado de muchas de las experiencias del pasado reciente se limite a las expectativas de transformación social; lo cual no es poco, si pensamos que se trata de un aporte a la recuperación de los anhelos emancipatorios.

En los últimos años, el campo de estudios sobre el pasado reciente se ha visto fortalecido. A los esfuerzos de muchos investigadores que mencionaba al inicio de este texto, se ha sumado la labor desplegada en diversas instancias para la reconstrucción del archivo -primera fase de la escritura de la historia, según Ricoeur-: baste mencionar a la Comisión Provincial de la Memoria, Memoria Abierta o el CeDInCI como algunas de sus expresiones más destacadas. Las propias "Jornadas de Historia Reciente", cuya tercera edición tuvo lugar en 2005, evidencian este fortalecimiento. Pero se trata todavía de un campo incipiente, en el que se requiere de muchas y nuevas intervenciones.



### Roberto Pittaluga

es licenciado en Historia y doctorando en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como docente en esa misma casa de estudios. Es fundador del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina y desde 2004, su director. Integra el comité editor de las revistas *El Rodaballo* y *Políticas de la Memoria*. Entre 2001 y 2002 integró el equipo del Archivo Oral de Memoria Abierta y el Programa de Historia Oral de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Ha publicado numerosos artículos sobre historia y memoria, y es coautor, con Alejandra Oberti, de *Qué memorias para qué políticas. Escrituras sobre la militancia setentista*.

# ¿Qué podemos saber?

Por Daniel Lvovich

Fotografías Cristina Pauli

Pasados treinta años desde el Golpe de Estado de 1976, las preguntas sobre las actitudes sociales durante el autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional” aparecen con insistencia en ámbitos políticos, académicos y artísticos.

Desde 1984, se acumuló conocimiento sobre las prácticas de diversas organizaciones y grupos que dieron su entusiasta apoyo a la intervención militar primero, y a la continuidad por años del régimen dictatorial más tarde. Es claro que las cúpulas de las organizaciones representativas del capital más concentrado impulsaron a los golpistas, tal como en el caso de la Asamblea Permanente de Entidades Gremiales Empresarias (APEGE), y son conocidos los casos extremos de empresas –Ford, Mercedes Benz, Ingenio Ledesma– que convocaron



a las Fuerzas Armadas a sus sedes y entregaron listas de los trabajadores que serían secuestrados. Aún en los últimos días de la dictadura algunas organizaciones patronales demostraron su lealtad a los militares entonces caídos en desgracia, como manifestaron en la solicitada aparecida en *Convicción* el 21 de septiembre de 1983 y firmada, entre otros, por la Sociedad Rural Argentina, la Bolsa de Comercio de Buenos Aires y el Consejo Empresario Argentino<sup>1</sup>.

También son conocidas las actitudes de buena parte de la cúpula de la Iglesia Católica argentina, que prestó su conformidad al Golpe y resultó en parte cómplice y aun corresponsable del terrorismo de Estado<sup>2</sup>.

La intervención militar fue legitimada por la mayoría de los partidos políticos, mediante el reconocimiento del papel de las Fuerzas Armadas en la llamada “lucha contra la subversión”. Los cuestionamientos al gobierno, en particular a sus políticas económicas, sólo se manifestaron públicamente a partir de fines de 1978, y los reclamos por la situación de los derechos humanos en la Argentina resultaron marginales en las demandas partidarias hasta que la descomposición del régimen ya era un hecho<sup>3</sup>. El rol de los dirigentes de otras organizaciones, instituciones o grupos en relación al régimen también ha sido estudiado, permitiendo ampliar el conocimiento sobre las actitudes de complicidad, sumisión u oposición en aquellos años<sup>4</sup>. Sin embargo, la limitación de estas perspectivas reside en que su análisis sólo da cuenta de las actitudes, disposiciones y prácticas de las cúpulas de cada una de las instituciones estudiadas, mientras la conducta de las personas que no participaban de la dirección de esas u otras organizaciones, la denominada “gente común”, permanece fuera del campo de estudio, factor que sesga la mirada sobre el período y contribuye a devolver a la mayor parte de la sociedad una imagen de tranquilizadora inocencia

### El concepto de consenso y sus críticos

En otras latitudes, y en situaciones históricas muy distintas, aunque no por ello incomparables, las actitudes de la población bajo situaciones dictatoriales ha sido estudiada, y el concepto de “consenso social” ha sido empleado en ocasiones, aunque también existen críticos que impugnan la eficacia de su empleo para analizar las actitudes sociales en situaciones dictatoriales.

Es sabido que no existe régimen político alguno que haya logrado mantener su estabilidad y pervivencia empleando exclusivamente métodos coercitivos, ya que la represión per se no logra generar el factor básico de la permanencia de cualquier gobierno: la disposición a obedecer por parte de la población. En tal sentido, la historiografía sobre las dictaduras europeas del siglo XX coincide en señalar que en dichos regímenes se aplicaron políticas específicas para mantener sus apoyos originales e incluso ampliarlos, alcanzando a sectores originalmente considerados hostiles. Los estudios sobre las dictaduras de España y de Alemania demuestran que incluso los regímenes más fuertemente represivos contaron con una base de sustentación relativamente amplia y no reductible a una clase o segmento de clase social en particular<sup>5</sup>.

En tal sentido, se ha señalado con acierto que “la formación del consenso efectivo no es un fenómeno espontáneo y que se da por descontado sino que es inducido desde el poder a través de un conjunto de procesos, instituciones y aparatos que llevan a cabo las operaciones destinadas a la organización del consenso, esto es, a producir y extender comportamientos de adhesión en relación con el poder”<sup>6</sup>. Se pueden sintetizar tres tipos de acciones orientadas a eso: la difusión de imágenes y juicios positivos sobre el gobierno y negativas hacia la oposición; las acciones tendientes a lograr la interiorización de una serie de modelos y pautas culturales acordes a las necesidades del sistema; la creación de unas condiciones de existencia que favorezcan la adhesión al régimen de diversos grupos sociales<sup>7</sup>.

Sin embargo -y esto resulta válido para cualquier tipo de régimen político-, el éxito de la operación hegemónica dependerá de las formas en que tal apelación sea procesada por la población a la que se dirige. En algunos análisis acerca del fenómeno, se enfatiza el peso del factor ideológico en la conformación del consenso, tal como en el libro de Yousef Cohen acerca de la clase obrera brasileña bajo la dictadura militar, significativamente titulado *The manipulation of consent*<sup>8</sup>. En otros, en cambio, se destaca el rol activo de los sujetos subalternos que, lejos de acordar ideológicamente con sus dominadores, reconocen su carácter de dominados como marco a partir del cual definen sus prácticas.

Como primera aproximación, podemos definir el consenso como la adhesión y el apoyo dado por los ciudadanos al sistema político, que se traduce, en términos de comportamiento individual, en la obediencia y la disponibilidad de los mismos a aceptar las decisiones adoptadas por los gobernantes. Por tanto, “existe consenso cuando se produce la aceptación común por los miembros de una sociedad de leyes, reglas y normas, cuando se da una adhesión a las instituciones que las promulgan y aplican y, finalmente, cuando existe entre los gobernados un generalizado sentimiento de identidad o unidad”<sup>9</sup>.

¿Resulta éste un concepto útil para comprender las actitudes sociales en condiciones de dictadura? Guillermo O'Donnell ha señalado que en dichos regímenes la dominación económica y la coacción tienden a acercarse de manera transparente una a otra, reduciendo la posibilidad de generar consenso y legitimación<sup>10</sup>. Aunque las dictaduras inviten a la participación, la eliminación de la ciudadanía implica que “dicha participación sólo puede ser la aprobatoria contemplación de las tareas que emprenden las instituciones estatales”. En estas condiciones, a lo más que se puede aspirar es al consenso tácito. Es decir, despolitización, apatía y refugio en una cotidianeidad altamente privatizada<sup>11</sup>.

En realidad, en la historiografía sobre las dictaduras europeas del siglo XX existe una larga tradición de debates al respecto, iniciada en los '70, cuando Renzo de Felice sostuvo que entre 1929 y 1934 el régimen fascista italiano logró un extendido consenso que le permitió alcanzar su momento de máxima solidez y adhesión<sup>12</sup>. Otros

historiadores, como Nicola Tranfaglia y Gaetano Arfé, rechazaron la posibilidad de aplicar el concepto de consenso a las dictaduras del siglo XX, por considerar que el mismo define la relación existente entre gobernantes y gobernados en regímenes que permiten la libre expresión de la voluntad individual y social, y no en los caracterizados por la preeminencia del aparato represivo, el monopolio político y la censura<sup>13</sup>. Estos autores niegan que el fascismo haya gozado de un verdadero consenso, porque no puede considerarse como tal la aceptación pasiva y resignada del régimen, postulando en cambio que sólo cuando existe un apoyo entusiasta y una participación activa puede afirmarse que un sistema político posee apoyo de masas. La posición contraria afirma que el consenso efectivo logrado por el fascismo no equivale a la unanimidad de los apoyos, ni a la posesión permanente de adhesiones entusiastas. Nos enfrentamos así a una seria dificultad, ya que resulta altamente improbable que el historiador logre diferenciar el consenso tácito que supone aprobación de las prácticas estatales y la aceptación pasiva de estas políticas debido al terror o a la resignación fundada en la falta de expectativas razonables de cambio. De modo que la falta de manifestaciones de oposición o resistencia no puede ser sencillamente equiparada a un consenso tácito motivado por la aprobación de las políticas del régimen. Además, dificultades similares pueden ocurrir con el análisis de determinadas formas de disenso,



oposición o resistencia a las dictaduras, de las que rara vez queda registro y a las cuales la sutileza de sus señales e indicios las torna casi inaprensibles. Estas prácticas rara vez producen acciones colectivas, pero pueden minar el consenso de un modo difícil de reprimir<sup>14</sup>.

Philippe Burrin sostiene con acierto que el término consenso simplifica la complejidad de las actitudes hacia el poder de los actores individuales, que habría que situar en una escala en torno a dos nociones; la aceptación y el distanciamiento. La primera comprendería la resignación, el apoyo y la adhesión; la segunda, la desviación, la disidencia y la oposición. Lo más común y frecuente en la realidad es encontrar en un mismo individuo una mezcla de varias de estas actitudes<sup>15</sup>.

### ¿Cómo aproximarse al problema?

Conocer las opiniones y actitudes políticas de la población y dar cuenta de sus motivaciones implica, en primer término, atravesar las dificultades que supone abordar un régimen de dictadura que impedía la formulación abierta y pública de toda opinión disidente y que penalizaba duramente cualquier manifestación de rechazo, oposición o protesta, con un control absoluto de los medios de comunicación y un omnipresente aparato represivo. Si ello supone un problema común a los estudios sobre el comportamiento de la población bajo los distintos regímenes autoritarios, en el caso argentino se suma una dificultad adicional relativa al acceso a los archivos estatales. El estudio de la "gente común" en otros contextos, en particular en el caso del nazismo, se posibilitó por el acceso de los investigadores a los archivos policiales, militares y de los organismos de espionaje e inteligencia. Ello posibilitó conocer sus opiniones, actitudes respecto al régimen y conductas específicas. Sin embargo, tal posibilidad permanecerá vedada en Argentina al menos hasta el momento en que se abra de manera amplia el acceso a archivos de similar naturaleza. Además, a diferencia de otras dictaduras latinoamericanas que sometieron determinadas decisiones a plebiscitos -casos de Uruguay y Chile- el régimen argentino se abstuvo de consultar a la población a través de un mecanismo similar. Por todo lo cual no contamos con ningún elemento de juicio decisivo para el análisis de los grados de adhesión o rechazo a la dictadura. Pese a ello, las investigaciones referidas al caso particular de la dictadura instaurada en Argentina en 1976 coinciden en señalar que, en un primer momento, una significativa



mayoría de la sociedad apoyó el Golpe de Estado, al cual consideró una salida a la crisis económica, el derrumbe institucional y la violencia política que caracterizaron a los meses previos. También es amplia la coincidencia en señalar que la dictadura pudo consumarse debido a que se articuló con una larga tradición de autoritarismo y de negación de los derechos del adversario político, cuyos elementos reorganizó y llevó a sus extremos<sup>16</sup>.

Los trabajos académicos que se aproximaron a las actitudes de consenso y apoyo a la dictadura por parte de sectores amplios de la sociedad señalan que tales actitudes fueron muy extendidas. Hugo Vezzetti ha sostenido que “la imagen de una sociedad mayoritaria y permanentemente aterrorizada frente a

una violencia extendida en la vida cotidiana es, básicamente, una construcción retrospectiva alimentada por el viraje hacia un ánimo opositor cuando la dictadura estaba ya derrotada”<sup>17</sup>. Por el contrario, en su perspectiva, una mayoría acompañó o aportó su conformidad pasiva a las faenas de la dictadura. Se inscriben en la misma línea las reflexiones de O'Donnell, quien realizó en los primeros años de la dictadura una investigación en la que encontró un alto nivel de adhesión a los mensajes gubernamentales entre las personas entrevistadas, que sin embargo negarían haber asumido alguna vez tales posiciones al reiterarse las entrevistas tras la Guerra de Malvinas<sup>18</sup>. O'Donnell sostiene que el control dictatorial sobre la sociedad sólo se pudo desarrollar por la existencia de una sociedad que se patrulló a sí misma, refiriéndose a un grupo amplio de personas que voluntariamente se ocuparon activa y celosamente de ejercer su propio *pathos* autoritario<sup>19</sup>. Tal perspectiva coincide con lo señalado por el periodista James Neilson en mayo de 1976, en el diario Buenos Aires Herald: “Muchas personas, por lo demás respetables, creen que los izquierdistas, sean activistas tirabombas o idealistas transmundanos, merecen la pena de muerte. No exigen que eso se inscriba en el código penal pero sí aceptan la muerte violenta de izquierdistas con total ecuanimidad”<sup>20</sup>.

Los historiadores se enfrentan a grandes dificultades para sustentar sobre evidencias empíricas las afirmaciones en relación a las disposiciones y actitudes sociales frente a la dictadura. Sin embargo, ése resulta el objetivo de un número no poco significativo de investigaciones en marcha. A semejanza de lo que sucede en los países europeos que deben lidiar con pasados fascistas, nazis, nacionalcatólicos, o colaboracionistas, logran preguntarse por el rol de contingentes sociales amplios. Pero la condición para que esto suceda es que previamente a las indagaciones en torno a las responsabilidades morales de la población, hayan sido más o menos aclaradas —académica y judicialmente— las culpabilidades criminales de las cúpulas de cada uno de los regímenes abordados y la responsabilidad política de sus organizaciones cómplices. En general, la formulación de estas problemáticas supone profundos cambios de clima político, muchas veces acompañados por la llegada a la madurez intelectual de nuevas generaciones. El caso argentino no resulta en tal sentido una excepción.

Las vías para el estudio de las actitudes de aceptación y distanciamiento son múltiples. Como ha señalado Quiroga, desde el comienzo de la dictadura las Fuerzas Armadas consideraron entre sus objetivos legitimar su intervención. Y pretendieron organizar el consenso por contraste, a través de un discurso que señalaba las crisis sucesivas por las que atravesó el país, de la teoría del vacío de poder y de la denuncia del peligro de la subversión terrorista. En tal sentido, el “Plan de Acción psicológica” del Ejército plantea la utilización de diversos instrumentos propagandísticos para lograr la adhesión popular en la llamada “guerra contra la subversión”<sup>21</sup>. Otras iniciativas, como el Campeonato Mundial de Fútbol de 1978 o la manipulación informativa a través de los medios, pueden ser interpretadas como intentos de generación de consenso. La tarea emprendida ahora es analizar la recepción de tales iniciativas. En diversos ámbitos se ha emprendido el

### Daniel Lvovich

es doctor en historia por la Universidad Nacional de la Plata y master en Ciencias Sociales con mención en Sociología, por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales. Publicó los libros *Nacionalismo y Antisemitismo en la Argentina* y *El Mundo del Trabajo: Neuquén 1930-1970*.

estudio de organizaciones empresariales, vecinales y culturales de nivel local, para analizar esa recepción.

Distintos investigadores han señalado con acierto que las políticas económicas de Martínez de Hoz minaron el terreno para que la dictadura instaurada en 1976 lograra encontrar principios de legitimidad suficiente en los planos económico y social, dado su impacto negativo sobre el nivel salarial y sus implicancias de desindustrialización selectiva. Sin embargo, carecemos hasta hoy de estudios que den cuenta del modo en que otros aspectos de esas políticas, como la sobrevaluación del peso y las posibilidades de ampliación del consumo que ella posibilitó, ampliaron las bases de sustentación del régimen durante los períodos en que su faz represiva resultó más intensa.

Dar cuenta de estas problemáticas parece entonces la dirección en que se encaminan nuevas investigaciones sobre la última dictadura. El estudio de las disposiciones y actitudes sociales, partiendo del reconocimiento de su multiplicidad y variedad en el tiempo y de la enorme complejidad de su abordaje, parece guardar las claves de una renovada comprensión de la historia argentina reciente.

1. M. Novaro y V. Palermo, *La dictadura militar (1976 – 1983). Del golpe de Estado a la restauración democrática*, Buenos Aires, Paidós, 2003, pp. 505 – 506.
2. Ver al respecto: E. Mignone, *Iglesia y dictadura. El papel de la iglesia a la luz de sus relaciones con el régimen militar*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1986 y M. Obregón, *Entre la cruz y la espada. La Iglesia Católica durante los primeros años del Proceso*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2005.
3. H. Quiroga, *El tiempo del proceso. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares, 1976-983*, Rosario, Ross, 1994.
4. Nos referimos, entre otros, a los siguientes trabajos: E. Groisman, *La Corte Suprema durante la dictadura*, Buenos Aires, CISEA, 1987; I. Klich, "Políticas comunitarias durante las Juntas Militares argentinas: la DAIA durante el Proceso de Reorganización Nacional", en L. Senkman, *El antisemitismo en la Argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1989, E. Blaustein y M. Zuvieta, *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*, Buenos Aires, Colihue, 1998; C. Kaufmann (comp.), *Dictadura y Educación*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2001.
5. Para el caso alemán, entre una muy extensa bibliografía, podemos citar como ejemplo: R.Gellately, *No sólo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Barcelona, Crítica, 2002. Para la España franquista: S. Castillo (coord.), *La Historia Social en España. Actitudes y perspectivas*, Madrid, Siglo XXI, 1999; I. Sánchez, M. Ortiz y D. Ruiz (coords.), *España franquista. Causa general y actitudes sociales ante la dictadura*, Ediciones de la Universidad de Castilla la Mancha, 1993 y C. Calvo Vicente en *El concepto de consenso y su aplicación al estudio del régimen franquista en Spagna Contemporánea*, N<sup>o</sup> 7, 1995.
6. G. Guaitini y T. Seppelli, "L'organizzazione del consenso del regime fascista: quadro generale," en: G. Negri (Ed.), *Politica e società in Italia dal fascismo alla resistenza. Problema di storia nazionale e storia umbra*, Bologna, Il Mulino, 1978, pp. 149 – 150.
7. Calvo Vicente, op. cit., p. 145.
8. Y. Cohen, *The manipulation of consent. The State and working-class consciousness in Brazil*, University of Pittsburgh Press, 1989.
10. Calvo Vicente, op. cit., p. 144.
11. G.O'Donnell, "Tensiones en el estado burocrático – autoritario y la cuestión de la democracia" en: *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*, Buenos Aires, Paidós, 1997, p. 83. Idem, p. 73
12. R. De Felice, Mussolini Il Duce.I. **Gli anni del consenso**, 1929- 1936, Torino, Einaudi, 1974, en particular el capítulo segundo "Gli anni del consenso: Il paese". Sobre el impacto de las posturas de De Felice en la historiografía del fascismo, ver: E. Gentile, "Fascism in Italian Historiography: In search of an Individual Historical Identity", *Journal of Contemporary History*, vol21, N<sup>o</sup>2, abril de 1986.
13. Ver: B. W. Painter, "Renzo De Felice and the Historiography of Italian Fascist", *The American Historical Review*, vol. 95, N<sup>o</sup> 2, abril de 1990.
14. Ver: S. Tarrow, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 168 – 169. Un ejemplo de tales formas de disidencia, la de los jóvenes que escuchaban jazz en la Alemania nazi, se encuentra en D.Peukert, *Inside Nazi Germany. Conformity, opposition and racism in everyday life*, New Haven, Yale University Press, 1987, cap. 8.
15. P. Burrin, *Politique et société: les structures du pouvoir dans L'Italie fasciste et l'Allemagne nazi*, en Annales ESC, mayo - junio de 1988, p. 625.
16. Sobre estos puntos ver L. A. Romero, "Las raíces de la dictadura. La sociedad como cómplice, partícipe o responsable" en *Puentes*, Año I, N<sup>o</sup> 3, marzo de 2001 y P. Calveiro, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en la Argentina*, Buenos Aires, Colihue, 1998.
17. H. Vezzetti, op. cit., p. 43.
18. G. O'Donnell, "Compromisos cambiantes: reflexiones a partir de la experiencia argentina reciente". En: *Contrapuntos...*, p. 151. El propio O'Donnell destacó el carácter informal y poco sistemático de la investigación, determinado por las condiciones imperantes en aquel momento.
19. G. O'Donnell, "Democracia en la Argentina. Micro y macro", en: *Contrapuntos...* pp. 137 - 138.
20. J. Neilson, *En tiempos de oscuridad, 1976/1983*, Buenos Aires, Emecé, 2001, p. 15.
21. En: E.Vázquez, PRN. *La última. Origen, apogeo y caída de la dictadura militar*, Buenos Aires, Eudeba, 1984, pp. 264 – 269.

Los jóvenes y la memoria

# Trajes de época para batallas por el futuro

Por Sandra Raggio

Fotografías Alejo Garganta Bermúdez

Imágenes Programa Jóvenes y Memoria

A lo largo de las cuatro convocatorias del programa “Jóvenes y memoria. Recordamos para el futuro”, múltiples han sido las historias sobre la dictadura reconstruidas y contadas por alumnos y docentes de los polimodales bonaerenses. A pesar de su diversidad, tienen en común tanto su inscripción local como la peculiaridad de que sean los adolescentes los encargados de investigar y de contarlas. ¿Qué reflexiones pueden hacerse a partir de esas historias?



Aunque se trate de tópicos recurrentes, tanto en las conceptualizaciones sobre la memoria como en las retóricas de las políticas contra el olvido, poco sabemos acerca de la transmisión de memorias, las tensiones en que se inscriben, los conflictos que generan, los ámbitos y situaciones de habla en que se manifiestan. ¿Es la familia o la escuela su espacio privilegiado? ¿Cómo participan los jóvenes? ¿Cómo elaboran los conflictos en torno al pasado que se expresan en las diferentes versiones relatadas por los adultos y los distintos circuitos por donde circulan los relatos? ¿Cómo vinculan este pasado con su presente? ¿Cuáles son las posibilidades en la escuela y en la sociedad en general para que los jóvenes le confieran al pasado sus propios sentidos? ¿Cómo se expresan? ¿Pueden distinguirse en este proceso las diversidades, tensiones y conflictos de los jóvenes en el presente con sus propios pares y con el mundo de los adultos? La lista de interrogantes es vasta. Aquí nos detendremos en una de las cuestiones: cómo elaboran los jóvenes las pugnas en torno al pasado que surgen a la hora de encarar la reconstrucción del pasado reciente.

### Voces y ámbitos

Que las historias reconstruidas y narradas por los jóvenes se inscriban en el ámbito local, que les sean próximas como experiencias vividas, no es un dato menor. En ese tipo de escenario, el despliegue de las disputas por el pasado adquiere una resonancia distinta que en los ámbitos públicos nacionales, donde en general son protagonizadas por actores institucionales como organismos de derechos humanos, gobierno, partidos políticos, fuerzas armadas, iglesia, y elaboradas y puestas en circulación por los grandes medios. Más de lo que suele suponerse, son los intercambios lingüísticos que se producen en la trama local los que inciden con fuerza en los procesos de transmisión de las experiencias pasadas a las nuevas generaciones. La narración de la historia en clave autobiográfica, atravesada por la subjetividad del narrador, tiene un efecto de sentido muy potente.

Es en este territorio donde, por ejemplo, resisten aquellos relatos que siguen evocando al pasado dictatorial como un tiempo durante el cual todo fue mejor, desafiando a las cada vez más poderosas memorias oficiales que lo conmemoran para repudiarlo. Relatos que circulan en las familias, en los ámbitos privados, en las aulas, pero casi nunca en los salones de actos. Se transmiten de persona a persona, y se expresan en general reclamando olvido ante las insistentes políticas de la memoria, a las que acusan de parciales y sesgadas. También están aquellas voces que insisten en que acá no pasó nada, diferenciando la realidad local de la historia nacional. Por otro lado, hay quienes sostienen que de eso no se habla. En pocos casos, este silencio nace del dolor de la experiencia traumática. Comúnmente se expresa como un tabú, atizado, tal vez, por la percepción de la naturaleza conflictiva de ese pasado del que es mejor no hablar, o quizás sea un resabio del miedo aún latente, aunque a veces resulte imperceptible, que de-



jó como saldo la dictadura militar. También está, por cierto, la voz de los protagonistas sobrevivientes, militantes de los '70 o familiares de las víctimas, que tampoco constituyen un grupo homogéneo ni exento de tensiones.

En la mayoría de los proyectos encarados por las escuelas de la provincia, estas disputas, con mayor o menor virulencia, han tenido lugar. Algunas veces se expresan dentro de la misma escuela, a través de resistencias y acciones de boicot a los proyectos por parte de otros docentes, incluso directivos, con mayor gravedad en algunas escuelas confesionales de credo católico, donde la presión sobre los docentes para que no sigan con la investigación es muy fuerte. En las familias de los chicos están quienes incentivan a sus hijos a la participación en el proyecto, como quienes, generalmente reparados en el miedo por lo que pueda suceder (un nuevo golpe de Estado, la politización de sus hijos) presentan reticencias. El argumento más usado por quienes se oponen es que se les llena la cabeza a los chicos con sólo una versión de la historia y no se les hace escuchar todas las campanas.

La otra instancia en la que el conflicto irrumpe es el proceso de investigación, tanto por los diferentes discursos sobre el pasado que los alumnos registran, en entrevistas y documentos, como en las dificultades para acceder a ellos. ¿Cómo actúan los adolescentes al constatar que existen diferentes tomas de posición y versiones en torno al pasado? No hay una actitud única ante ese dilema, pero pueden señalarse algunas tendencias. En algunos casos son ellos mismos los emprend-

dedores activando el conflicto desde una lectura previa acerca del pasado, generalmente tributaria de aquellas memorias oficiales o encuadradas institucionalmente. En otros, intentan producir un nuevo relato impregnado de sus propias interpretaciones, dando “una nueva vuelta de rosca”; lo notable aquí es que surge a partir de la investigación y como parte de un proceso de elaboración en ciernes, que incluye el trabajo de generalización interpretativa de la experiencia. También están quienes intentan sortearlo constituyéndose en observadores imparciales. Los caminos se entrecruzan y transitan contradicciones que muchas veces quedan sin resolver, pero el itinerario no deja de ser fecundo y muy genuino.

### El tema y el problema

“¿Esto está resuelto?”. Con esta pregunta, una alumna del Colegio Manuel Dorrego de Morón presentaba, en el Encuentro de Chapadmalal, frente a alumnos y docentes que habían participado del Programa “Jóvenes y Memoria”, la performance que intentaba dar cuenta del conflicto en su escuela por la placa homenaje a quien fuera su director hasta la dictadura militar, el profesor Eduardo Aníbal Maniglia. “La placa se puso en el quinto aniversario de la muerte de Maniglia. Está la placa de los desaparecidos en la puerta, abajo está la placa de Manuel Dorrego y abajo está la placa de Maniglia. Y se puso: al rector fundador del colegio porque se decía que él había logrado la edificación actual del Dorrego” Éste fue el disparador del proyecto llevado adelante por el centro de estudiantes en la convocatoria 2004 del Programa “Jóvenes y Memoria”. “Queríamos aclarar este tema de la placa, queríamos investigar quién era Maniglia, un rector que tuvimos desde el ‘72 hasta el ‘74 y cuando llega la época de la dictadura lo trasladan, es la primera persona que trasladan al Nacional de Buenos Aires. Un libro que se llama La otra Juvenilia nos sirvió como base para hacer la investigación. En él encontramos la información más básica, que demostraba que Maniglia había confeccionado listas negras, que había mandado a detener a muchos chicos y había expulsado a profesores; entonces quisimos investigar qué había hecho Maniglia dentro del Nacional de Morón y resolver qué íbamos a hacer de una vez por todas con una placa de homenaje a una persona que mandaba a matar gente. Nosotros decíamos que ésa es la placa más impune, más vergonzosa, por eso nuestra monografía se llama La placa de la vergüenza”. Aunque la decisión estaba tomada, no fue fácil implementarla, porque buena parte del plantel de profesores seguía reivindicando la figura del antiguo rector de la escuela. Cuenta la actual directora: “La sala de profesores (...) se ha tornado un lugar de conflicto. Una divisoria de aguas, inclusive. Hay una mesa que es un símbolo, a la izquierda algunos profesores y a la derecha otros, enfrentados”.

Para los alumnos de la Escuela de Educación Media N<sup>o</sup> 1 de Punta Indio, partido de Verónica, la elección del tema no estuvo tan clara: “Al comienzo no sabíamos bien qué queríamos hacer. Hicimos distintas entrevistas, marcábamos todas y des-

pués tuvimos todas sobre la mesa y dijimos: qué es lo que queremos mostrar. El dolor de una ciudad, lo que sufrió una familia al tener que exiliarse un integrante de la familia, y alejarse de todo lo que estaba pasando. Ese dolor quisimos mostrar”. Tanto cuidado al elegir tiene para ellos una explicación. “Estamos bastante condicionados, demasiado, porque tenemos en la ciudad una Base Aeronaval. Entonces se nos complica a nosotros y a cualquiera que pueda acceder a este tipo de información. Esa fue una de las trabitas que se nos presentaron a nosotros para poder abordar con más fluidez el trabajo. La mayoría de la gente trabaja en la Base Aeronaval y entonces nos encontramos con el silencio, porque sabíamos que si íbamos a recurrir a tal persona, esa persona no nos iba a decir, sí, yo vi esto, o pasó esto, o lo otro. Si nos los decía lo hacía de forma anónima, sin dar la cara ni nada”.

Además de estar muy cerca una de la otra, a pesar de evocar ambas con sus nombres -25 de Mayo y 9 de Julio- a las dos fechas patrias más importantes de nuestro país, esas ciudades del oeste bonaerense tienen otra cosa en común: el cura Cristian Von Wernich, partícipe de la represión dictatorial, vivió en ellas. Acerca de él investigaron las escuelas polimodales número 7 y 207. “El proyecto es un libro, vamos a incluir testimonios encontrados, gente que está a favor y otra que no está a favor. (...) Porque la dictadura no nos pegó tanto en 25 de Mayo y Cristian Von Wernich era un cura que se dedicaba a hacer campamentos con los jóvenes y de ahí sacaba ideología de ellos y estuvo muy involucrado con la dictadura por ser el capellán de la policía de la provincia de Buenos Aires y está acusado de secuestros y homicidios porque también hacía confesiones para delatar a los jóvenes que tenían ideologías contrarias a los dictadores”, relata una alumna de la media 7. Sin embargo, “lo que se cuenta de él, es la historia de un tipo muy buen mozo, moderno, canchero, muy trabajador, nos dijo alguien, fue un paradigma en una época en 9 de Julio. Con una fachada progresista, siempre rodeado de jóvenes ... para los alumnos de cuarto y quinto año que lo tuvieron en el secundario -años ‘76, ‘77- él era la figura. Los llevó a Concordia a seis de ellos, que dice era uno más de nosotros. Uno dice que realmente tenía una doble personalidad, que cuando empezó a ver en las revistas todo eso le empezaron a cerrar algunas cosas, pero no sospechaba nada. Él dice ahora a mí se me cayó un ídolo”. En la vecina 25 de Mayo, las posiciones parecen más drásticas: “La que lo quiere, por más que vos le digas: ¿y qué opinás de lo que está acusado?, te dice y...pero yo lo quiero, aunque esté preso”.

### Al abordaje ...

En los dos primeros casos, el conflicto está planteado en el inicio del proyecto, los adolescentes son conscientes de su presencia e intentan resolverlo o sortearlo de maneras diferentes:

“Nosotros presentamos un informe el 24 de marzo con una propuesta: que era que la placa se quite, se ponga en otro



lugar y en ése fuera reemplazada con otra que explique que ahí hubo una placa en homenaje a Maniglia y por qué se la sacó. La reunión fue bastante tensa con los profesores”. Estas resistencias, lejos de desanimar a los miembros del centro de estudiantes, radicalizaron su posición. “Nosotros íbamos a tomar el colegio (risas). Y la íbamos a sacar en la oscuridad. Íbamos a ir con pasamontañas en la oscuridad y sacarla era nuestra propuesta originalmente (risas). Pero bueno, era medio violento y tampoco era el hecho de tapar una violencia con otra violencia. Entonces decidimos esperar y sacarla con un poco más de tiempo. Y que guste o no, participen todos, y tengan plena conciencia de que eso pasó (...) Hicimos una votación en octubre con los docentes para que estén representados todos los sectores de la comunidad educativa. Ya los sectores de los padres habían mandado cartas que avalaban el proyecto. Se votó - no votó la totalidad - pero los números fueron 54 a favor de que la placa se quite y 35 en contra. Había docentes que pidieron que fuera anónima porque no querían que su nombre quedara pegado a la decisión. Entonces se tuvo que hacer una segunda votación por la cual nosotros ya no pudimos saber quiénes votaron qué. Pero ya con esa votación se decidió quitar la placa”.

Para eludir los condicionamientos presentes en Verónica, la clave fue la elección de la historia y su tratamiento: “Porque no es algo que invada territorios, o que imponga algo específicamente sino que es una historia que muestra mucho

el dolor, muestra mucho algo que le pasó a todo el mundo más allá de los pensamientos. Algo que existió en todo el país, ese desarraigo en la familia, en los afectos. Creo que vamos a poder mostrarlo”.

Los del Dorrego elaboraron las controversias de otra manera, no sólo no les preocupa no invadir, sino que deseaban combatir. “A los docentes que se oponían hubo momentos en que los odiamos, la verdad es que los odiamos porque pensamos ‘no puede ser que este tipo de gente nos eduque...’ No son para la educación que queremos hoy. Nosotros estamos planteando siempre que la educación sea más abierta, que haya ida y vuelta, que haya una relación más fluida, más interesante, y para mí ese tipo de gente, yo creo que está fuera de etapa. Es gente necia, que no quiere escuchar. En todo el año no nos dejaron siquiera que les entregáramos una documentación. Nosotros creíamos necesario que todos tuvieran la información. Porque hay muchos profesores nuevos que no saben quién era Maniglia ni saben qué es el Centro de Estudiantes o quiénes son los otros profesores. Entonces, todo eso nosotros queríamos combatirlo con información (...) Cuando estábamos en el acto del 16 de septiembre pasaban en el auto y tocaban bocina... Eso te da más ganas de seguir. Y sin violencia y sin pasamontañas, sacar la placa igual”.

A pesar de su cuidado por no invadir, en el video realizado por la escuela de Verónica donde cuentan la historia de una exiliada del pueblo, relatada por su hermana, hacia el final

insertan una voz en off con una interpretación de lo narrado: “Nosotros queríamos hacer una conclusión ... Más que nada porque durante el Proceso se cometieron muchos excesos de todas partes. Eso es lo que rescatamos de todas las entrevistas; porque vos hablás con la persona que trabajaba en la Base y te decía sí se cometieron excesos desde los dos lados, y hablás con la sociedad y te dice no, los militares hicieron todo. Esa cosa de que de todos lados se tiran la culpa y nadie asume lo que hizo; ese exceso que estamos marcando, lo pusimos en el final, más que nada por eso” Lo interesante de la expresión es esta divisoria de aguas entre “los de la Base” y “la sociedad” como el centro del conflicto que invade a los adolescentes de Verónica, que tienen una percepción muy particular de él por el contexto en el que viven –varios de los alumnos que participaron son hijos de militares- donde persiste aún con fuerza la teoría de los excesos en la guerra antisubversiva. Un viejo argumento dictatorial contra la acusación de la existencia de un plan sistemático de represión ilegal y clandestina. Sin embargo, la investigación y el proyecto desarrollado lograron movilizar nuevas percepciones, generando la necesidad de saber más, o como dicen ellos, saber “qué pasaba realmente”. El conflicto aparece atizando esta necesidad. “Porque te dicen tantas cosas que vos te quedás por ahí diciendo qué es realmente lo que pasó, es medio conflictivo todo. A mí me gustaría saber qué es lo que pasaba realmente en la Base; eso es lo que más te llama la atención, me gustaría meterme y ver todo, pero no se puede, no te dejan. Sos muy chico, te dicen, para hacer esas cosas. Al ser tan jóvenes no nos dejan meternos. Para mí el conflicto era cómo dar la información, porque nunca terminás de entender todo. Todos se contradicen y vos decís: ‘a quién le creés, o qué tomás y qué dejás’. A mí... esta historia de las víctimas... ¿Cuántas más habrá que no conocemos? Y entonces poder ayudar a esa familia a cargar con ese dolor, porque son cosas que no se borran más. Entonces, como te decía más que encontrar culpables me interesa encontrar historias para poder ayudar a esas familias que necesitan un apoyo moral, que sientan que no están solos. Y Lilly (la hermana de la exiliada) se emocionó y contarle fue como un alivio. Sobre todo en una sociedad donde estamos tan condicionados, hablo sobre todo de nuestro pueblo. Y uno se pregunta ¿cómo sigue? Pero lo que queremos es que sientan que no están solos. Que hay una sociedad que no quiere que vuelva a pasar todo lo que pasó antes”. Otra alumna dijo: “Para nosotros fue nada más que escucharlos, porque nos parece que no podemos analizar correctamente esa época porque no la vivimos. Y no nos daba para juzgar nosotros a fulanita o menganita por lo que hizo. Nosotros escuchamos”.

### Jugando de locales

La preeminencia de la percepción local de los hechos también tiene un fuerte impacto en el proyecto de 25 de Mayo en torno a la figura de Cristian Von Wernich. Pese a la imagen pú-

blica negativa del sacerdote, los relatos basados en la experiencia vivida por vecinos tiene la capacidad de poner en duda aquellos de circulación mediática, al punto de ser una gran influencia en la imagen final del personaje al que intentan biografar. Dice un integrante del equipo: “Cuando empezó el proyecto pensamos hacia dónde encararlo, porque sabíamos que íbamos a tener problemas en la recolección de material, porque íbamos a tener más positivo que negativo de Cristian Von Wernich, y dijimos: ‘bueno, vamos a contraponer esas ideas’. Entonces dijimos: ‘vamos a poner tanto el lado bueno como el lado malo de este muchacho’; bueno, tanto es así que al libro le pusimos El hombre de las dos caras. Inclusive quisimos ironizarlo, y por eso la tapa va a tener una caricatura con dos caras, para un lado un angelito y para el otro un diablito”. El docente remarca: “No es fácil, no es fácil... Todavía es como que estamos muy metidos en la recolección de datos y no tuvimos tiempo de analizar las cosas y que nos caiga la ficha verdaderamente de quién fue Cristian Von Wernich. Y también nos cuesta mucho concertar las entrevistas y que finalmente se concreten y te digan algo, porque empezás a veces las entrevistas y cuando metés el tema dictadura te dicen: ‘yo no sé, no me acuerdo’, como que empiezan a esquivar el bulto, y bueno, nos resulta bastante difícil esa situación y es como que todavía no alcanzamos a comprender bien la personalidad de Cristian Von Wernich. Nosotros todavía no podemos decir: ‘esta persona es mala’, pero tampoco podemos decir que era bueno. Porque con todo lo que hizo y que algunas personas le tengan afecto, tener dos caras... no es fácil”. El conflicto intenta ser sorteado con la estrategia de puertas abiertas. “Le pasó a los chicos de la otra escuela (EMM.207 de 25 de Mayo) que ya recibieron críticas de cierta virulencia, que salieron publicadas en el diario local (una carta de lectores descalificó a los chicos porque miraban sólo una parte y no todo). Entonces nosotros dijimos: ‘bueno, ahora cómo nos paramos (...)’. Pensamos que vamos a ir a entrevistar a esas personas que critican, para que sientan que tienen un espacio también para hablar, para participar, si tenés algo para decir, decilo, están las puertas abiertas”.

Distinta fue la estrategia del grupo de 9 de Julio: para escapar a la dicotomía bueno/malo inscribieron las tensiones de estas dos versiones del cura en las dos versiones de la iglesia, es así que incluyeron como contraparte la historia de Enrique Barbudo, el cura párroco que antecedió a Von Wernich en la ciudad. “Nosotros al principio íbamos a hacer hincapié sólo en Cristian Von Wernich, pero después, cuando conocemos la historia del cura Enrique Barbudo, nos cambia el eje, se nos presentan los movimientos juveniles, toda esa pastoral que estaba directamente ligada a la pastoral social. Y ahí vemos que empiezan a aparecer esas dos personalidades antagónicas dentro de un mismo contexto que es la iglesia. Y entonces en la figura de Cristian en la ciudad encontramos también esos dos discursos: una ex alumna que decía que era

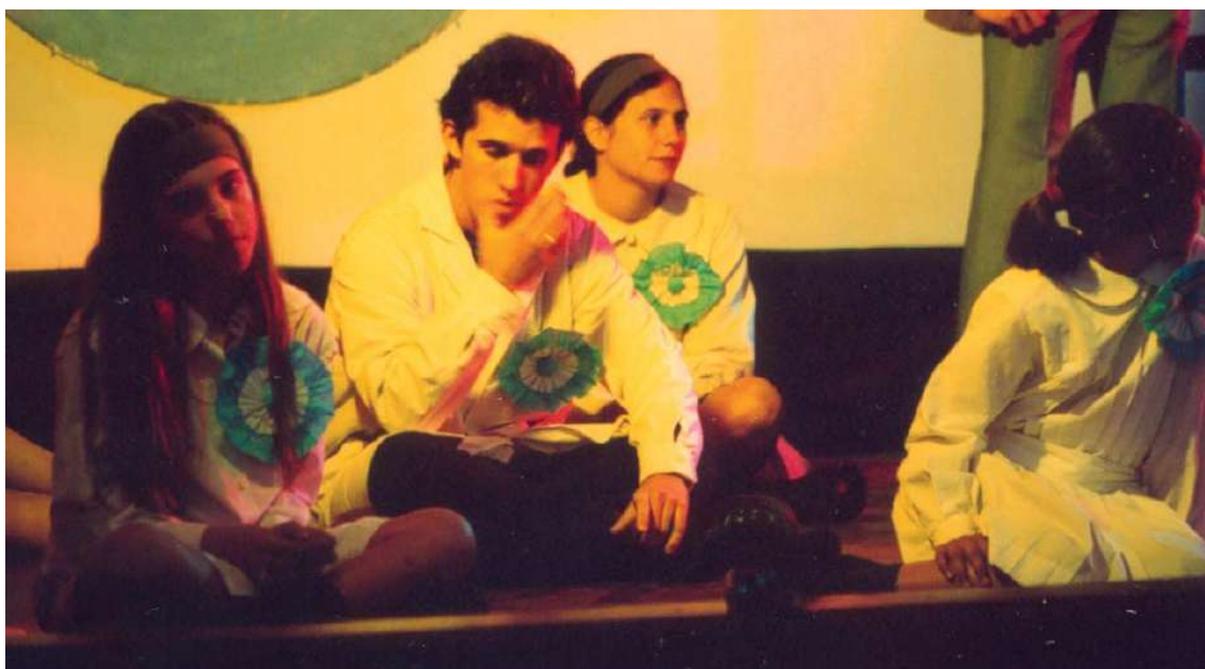


un ser solidario, que se podía hablar -obviamente su negocio era que hablen- y por el otro la gente que conocía la historia de persecución de Barbudo, las amenazas, el exilio, la presencia de un Falcon rodeando la escuela y las opiniones están divididas en eso. Y en el medio hay un sector que ‘no sabe no contesta’”. Conseguir información sobre Von Wernich no fue fácil: “No pudimos sacarle ningún dato al arzobispado. Tienen un acuerdo de 70 años para asegurarse que ya nadie piense en eso, y después fuimos a una escuela de hermanas que nos negaron que Cristian Von Wernich haya trabajado ahí. Siguen negando. Los comentarios de la gente eran: ‘¿qué quieren con Von Wernich? ¿Por qué lo investigan a él?’ Nadie nos quería dar fotos, conseguimos tres nada más. Y había un montón porque él casaba, bautizaba, daba comuniones; y testimonios también, muy pocos. De los que tuvieron trato con él en el momento, nadie quiso hablar. Algunos sin micrófono y sin cámara hablaban, pero darnos una entrevista con cámara, no. Muchos no quisieron recordar etapas dolorosas porque fue la caída de un ídolo, y quieren quedarse con lo bueno y no con lo malo de Cristian Von Wernich, el futuro es lo que importa. La gente vinculada a la iglesia dice eso, que fue un tiempo doloroso, gris, y que hay que mirar para adelante (...) Antes de venir acá una mujer me decía, ustedes los jóvenes, que les mienten, ¡qué va a haber tantos desaparecidos! Hay sólo unos pocos. Yo creo que hay gente que ya está perdida, es así, a esa gente no le cambiás más la cabeza, pero a nuestra generación y a los que vienen, creo que sí, se nos va abriendo el coco, por lo menos en lo que respecta a

este personaje y a lo que pasó en 9 de Julio. Mucha gente grande, que apoya a los militares, es mucha gente de campo, gente beneficiada económicamente, entonces de alguna manera justifican, si había desaparecidos, bueno, a mí no me importa, yo estaba re bien, comía bien, tenía una casa enorme”. Aquí lo local es tratado como una adecuación de escalas donde puede verse lo que a mayor dimensión no logra percibirse, como por ejemplo, la complicidad y el silencio de la iglesia, o la aquiescencia con la dictadura de los sectores del campo. Esta clave de lectura es importante para que ellos puedan interpretar los testimonios que recogen.

#### Lo local como resistencia

Las disputas por el pasado se despliegan más allá de las políticas oficiales que promueven el repudio de lo sucedido durante la última dictadura. Sin embargo, hemos visto cómo en los pliegues de lo local se desarrollan y resisten narrativas que ponen en duda lo que las memorias nacionales intentan cristalizar. Lo vemos en esa imagen de cura piola de Von Wernich que sobrevive a la extensa difusión que han tenido las acciones del sacerdote en la represión ilegal, en la resistencia a pensar a Maniglia como un colaborador de la dictadura, resaltando su actuación proba en la comunidad, en los silencios impuestos en Verónica donde es mejor de eso no hablar, aunque está claro que “los de la Base” no piensan como “el resto de la sociedad”. Cuando las alumnas de Verónica escogen la historia a contar se cuidan de “no invadir” a su comunidad, de respetar



las narrativas locales. Apelan a una estrategia de acomodamiento que pueda ser tolerada por unos y otros, y supere las antinomias, por eso buscan narrar el “dolor”. Pero como la historia difícilmente pueda adecuarse a “los de la Base” (¿su propia familia? ¿sus vecinos?), al momento de las conclusiones agregan una voz en off que introduce una palabra muy significativa: “excesos”. Palabra clave en la autojustificatoria narrativa militar del período

Los del Dorrego, por el contrario, luchan por erradicar esa forma de ver el pasado. Su relato no admite medias tintas ni ambigüedades: Maniglia debe ser repudiado. La dificultad para convencer a los que se oponen es que no pueden probar que el antiguo director del Colegio haya hecho allí lo que hizo en Colegio Nacional de Buenos Aires, denunciado en el libro *La otra Juvenilia*. Eso fue lo que aportó el legajo del Dorrego hallado en el archivo de la DIPBA y entregado por la Comisión Provincial por la Memoria a las actuales autoridades del Colegio. Ese documento escrito prueba la comunicación entre el rector y los agentes de inteligencia de la policía bonaerense.

Un esfuerzo similar realizó el grupo de investigación de 9 de Julio que, ante la evidencia de posiciones tan encontradas sobre el personaje investigado, logró despojarse de la ambigüedad contrastando la figura de Cristian Von Wernich con la de otro sacerdote, Barbudo, y allí instalar los dos modelos posibles a seguir. El video que resultó del trabajo comenzaba y terminaba con la historia de Narciso y Prometeo como los dos caminos a seguir por el hombre. Hacia el final, en pleno monte de Santiago del Estero, en un contexto de pobreza profunda donde actualmente el sacerdote sigue su prédica, Barbudo les narra a los chicos las fábulas mitológicas.

Con su voz en off finaliza el documental. Queda claro para ellos que no es una cuestión de personalidad, sino de las opciones éticas a las que todo ser humano se enfrenta en la formulación de su proyecto de vida.

Interesante resulta contrastar esta interpretación con los interrogantes sin resolver del grupo de 25 de Mayo, que no pueden concluir si Von Wernich era “bueno o malo”. Cuando deciden hacer el libro exponiendo todos los testimonios abdican de la interpretación y dejan este trabajo en manos de los posibles lectores.

Aun desde actitudes tan diversas, lo común es que advertir el conflicto se configura como algo muy motivador para los alumnos, provocando en ellos una reflexión más profunda acerca de lo que pasa y problematizando el proceso de producción del relato histórico. Todo lo contrario de lo que le sucede a muchos docentes, que en general se paralizan y se angustian mucho frente a este tipo de dificultades. Para los alumnos, el conflicto, la controversia, funciona como una especie de antídoto contra el aburrimiento.

Que el conflicto entre memorias emerja sin tapujos frente a los alumnos no es muestra de su perspicacia para advertirlo, sino que da cuenta de las tensiones que atraviesan el proceso de transmisión de las experiencias pasadas a las nuevas generaciones. Los jóvenes devienen un territorio de disputa: hay que contarles la historia e imponerles una de las versiones. La verdadera batalla que se juega en la memoria es la batalla por el futuro. En lo que pocos reparan es que los jóvenes participan activamente en la contienda. Y eso es bueno.

**Sandra Raggio** coordina el Área de Investigación y Enseñanza de la Comisión Provincial por la Memoria.

Otro 24 de marzo: masacre de las Fosas Ardeatinas

# Historia, mito, rituales y símbolos

Por Alessandro Portelli



¿Cómo se recuerda la historia vivida? ¿Cómo interaccionan la memoria oficial, las memorias populares y el sentido común? ¿Cómo entran en juego acontecimientos imaginarios y falsos recuerdos? ¿Qué nos dicen del presente las distintas modalidades de la memoria, sus entredichos y sus articulaciones?

El 24 de marzo de 1944, las fuerzas de ocupación alemana asesinaron en Roma a 335 personas como represalia contra un ataque partisano en el cual habían muerto 32 soldados. Algunos de los ejecutados por los nazis eran rehenes y otros fueron capturados al azar en las calles de la ciudad. Este acontecimiento tiene resonancia en el tiempo. En cierta medida, contribuye a esclarecer la historia de Roma y del país entero por todo el siglo, a pesar de que ocurrió durante un solo día, el siguiente al atentado partisano. Esclarece la historia a través de los recorridos individuales de las personas que estuvieron involucradas en los hechos, y esclarece la memoria porque se constituye en un eje de ardientes polémicas que comenzaron casi inmediatamente después de los hechos y aún no se han extinguido.

#### Qué, dónde

Voy a empezar con un documento oficial de los británicos. Es un resumen de los acontecimientos incluido en las actas

del juicio de 1946 contra los comandantes alemanes: Aproximadamente a las 1500 horas del 23 de marzo de 1944, un grupo policial alemán marchaba por la Via Rasella de Roma. Una bomba lanzada desde una habitación cercana provocó la muerte de 32 policías y varios heridos. El comandante del Regimiento 14 y el comandante militar de Roma decidieron castigar ese atentado mediante acciones de represalia contra la población. Diez italianos serían matados por cada alemán muerto. Y su ejecución tendría lugar dentro de las 24 horas sucesivas al atentado.

A las 14 00 horas del 24 de marzo de 1944, las personas que iban a ser ejecutadas fueron trasladadas en grupos de cinco hasta las Fosas Ardeatinas. Las condujeron dentro de las cuevas, y oficiales de las SS les fueron disparando en la cabeza. Al término de la masacre, se descubrió que habían matado a 335 personas, un número que superaba la original proporción de diez a uno. Luego, las cuevas fueron minadas. No se mostró al público ningún aviso de la represalia, y las investigaciones para encontrar a los culpables del atentado no se llevaron a cabo sino mucho tiempo después de la matanza.

Aunque la bomba contra los soldados alemanes no fue lanzada desde una ventana, la versión británica de los hechos resulta bastante precisa. El punto clave es que de ninguna forma se avisó al público de la represalia. Fue llevada a cabo de inmediato, dentro de las 24 horas posteriores al atentado partisano, y el objetivo de las autoridades alemanas no fue castigar los culpables, sino a la ciudad entera. Por eso es que el castigo debía ser lo más próximo posible a los hechos y lo más duro posible.

### Cómo

Dispongo de otra historia, una anécdota familiar. Apenas me comunicaron que había ganado un premio por mi libro sobre la masacre de las Fosas Ardeatinas, llamé a mi esposa para contárselo. Ella, que en aquel momento estaba en la peluquería, les comentó la novedad a las mujeres que se encontraban allí. La señora sentada a su lado le preguntó sobre qué era el libro. Sobre las Fosas Ardeatinas, le contestó ella. Y la otra entonces dijo: Ah, sí, conozco todo de esa historia. (Algo que todo el mundo dice. Apenas uno se refiere al episodio, estallan recuerdos y emociones). Sé todo de esa historia. La culpa fue de los partisanos que lanzaron la bomba y después se escondieron. Los alemanes los fueron buscando. Me acuerdo de todos los carteles que pusieron en la ciudad, por todos lados. “Si los culpables aparecen, no vamos a tomar represalias. Pero si no aparecen, vamos a matar diez italianos por cada alemán”, decían.

Los hechos —pese a lo que cuente la señora de la peluquería que sabe todo— no fueron así. No hubo advertencias a la población ni hubo ningún intento concreto de tomar presos a los culpables. Tampoco hubo ninguna invitación para que se presentaran y entonces evitar la represalia. Y, sin embargo, la versión de la señora en la peluquería es la que pre-

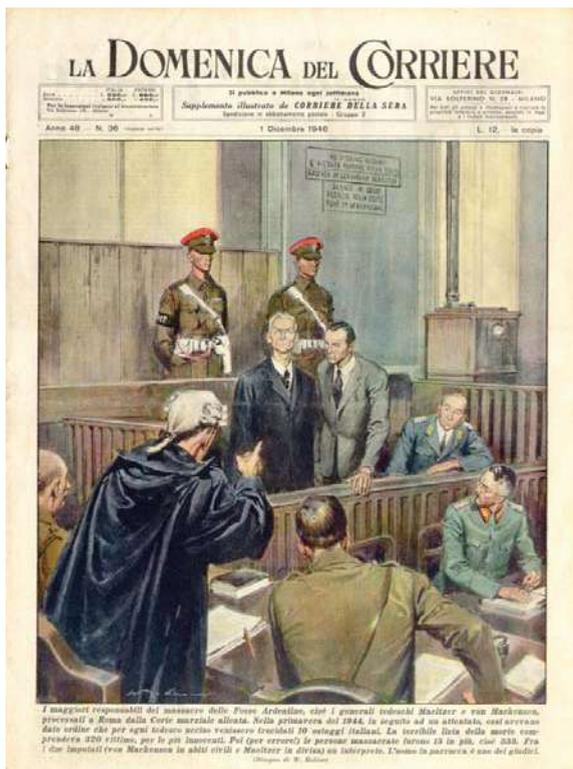
valece en la memoria pública, es la manera de recordar de la gente común, está ampliamente difundida y aceptada. Así, por ejemplo, los carteles que la señora de la peluquería asegura haber visto, también fueron vistos —pese a que nunca existieron— por centenares de personas.

Quisiera investigar el sentido más profundo de este acontecimiento a la luz de la diferencia entre lo que pasó y las múltiples maneras de recordarlo, puesto que se trata de un hecho intensamente recordado pero muy mal recordado. En principio, me llama la atención que estos hechos están documentados desde hace medio siglo pero a la vez fueron constantemente ignorados. La gente cuando habla se refiere casi siempre a un mito: la búsqueda por parte de los alemanes de los partisanos cobardes que se escondieron, dejando de esta manera que los rehenes fuesen matados. Hay una distancia, por un lado, entre los archivos históricos y judiciales, y obviamente los precisos recuerdos de algunos testigos directos, inclusive los sobrevivientes y los familiares de las víctimas, y por otro lado la memoria del sentido común, que exagera, modifica, crea mitos. Creo que en esta distancia se expresa toda la complejidad de la identidad nacional, las bases constituyentes de la democracia italiana, de las políticas de la memoria, de la interacción entre recuerdos personales e institucionales.

### Quiénes

El que nos ocupa no fue el peor crimen de guerra cometido por los nazis en Italia. Los hubo mucho más graves, con más víctimas incluso. En el Archivo Público Nacional hay datos de investigaciones de las fuerzas británicas que dan cuenta de más de 145 masacres, muchas de ellas peores que la masacre de las Fosas Ardeatinas. Lo que hace a esta masacre tan visible es el lugar donde se verificó: la capital del país; fue la única masacre de tal entidad en un área metropolitana tan grande y no en un pueblo o área rural de Europa.

Al tratarse de una masacre metropolitana, se da una diferencia esencial en la calidad de las víctimas. En la mayoría de los otros casos éstas eran relativamente homogéneas, porque la población de una aldea suele serlo. En cambio, hay una notable heterogeneidad entre los caídos en la masacre de las Fosas Ardeatinas, lo cual le otorga otro valor desde el punto de vista histórico y simbólico. Los asesinados el 24 de marzo de 1944 por tropas de ocupación nazi representaban un corte transversal de toda la sociedad italiana. Para comenzar, venían de todas partes de Italia porque a Roma llegaban personas de todo el país, Roma era el imán que los atraía a todos. Había personas de todas las edades, desde los 14 años hasta los 74. Además, al tratarse de una ciudad grande, estas personas pertenecían a todas las clases sociales. Había desde aristócratas de Piemonte hasta vendedores ambulantes del gueto judío. Había profesionales como abogados y médicos, había trabajadores



industriales y había ediles. Y, si bien la mayoría de los ejecutados eran prisioneros políticos que los alemanes tenían a disposición, como tras producirse el atentado no disponían de las personas suficientes para alcanzar el número de fusilamientos que se habían propuesto, unas cuantas personas fueron tomadas al azar, de la calle. A su vez, entre los prisioneros políticos el abanico de opciones comprendidas era de lo más amplio: desde oficiales del ejército monárquico hasta comunistas de ultra-izquierda del grupo Bandiera Rossa, que perdió 60 activistas en la masacre, pasando por comunistas, socialistas, liberales y demócratas cristianos. Incluso hubo hasta un miembro del consejo de ministros de Mussolini: era judío, se había hecho anti fascista y llegó a luchar en las filas de la resistencia.

### Culpables

Una vez pasada revista a los hechos, cabe preguntarse: ¿a quién le echamos la culpa? Esto es lo que alimenta al mito, un mito que resulta funcional al debate histórico. Me imagino que Italia es el único país en el cual, cincuenta años después de lo sucedido, todavía se está discutiendo si los activistas que lucharon por la libertad eran criminales y si era un crimen atacar unidades de policía de SS en marcha, pertenecientes a un ejército extranjero de ocupación.

Ésta es de hecho la otra cara de un aspecto positivo de nuestra identidad nacional: no somos un pueblo belicoso. Y, por eso, de cierta manera, el intento de imaginar los partisanos como héroes de guerra nunca tuvo gran éxito. Por otro lado

do ellos eran comunistas, y cualquier cosa que los comunistas hagan, especialmente desde la perspectiva de los años noventa, es un crimen. El anticomunismo quiere subrayar el hecho de que el atentado contra las tropas nazis fue una acción criminal y el debate sigue en el tiempo.

Volvamos a la escena de mi esposa en la peluquería. Le dice a la señora que sabe todo: mi marido acaba de escribir un libro sobre eso y según él los hechos no fueron como usted los cuenta. Ella le contesta: Si me hubiera preguntado a mí, no lo habría escrito de esa forma. El mito es tan resistente que no se modifica con las informaciones.

Los hechos de Via Rasella constituyen una acción militar muy bien planificada en la que participaron 18 partisanos. Pero hay un mito según el cual había uno solo, afirmación que es una manera de transformar la acción militar en acto terrorista. Y se supone que esta persona se sintió tan culpable de matar a los pobres SS que se suicidó no mucho después de aquel 24 de marzo. Afortunadamente, él está vivo, está muy bien, y le gusta mucho el libro sobre la masacre de las Fosas Ardeatinas. Por un lado, tenemos un mito de base: no fue culpa de los alemanes. Y, por otro, un mito complementario: los alemanes son severos pero justos. Cualidad que se haría evidente en su cumplimiento a rajatabla de las reglas. Tan precisa y perfecta es la proporción de uno a diez que conduce a pensar: Los pobres alemanes tenían que hacerlo, porque éstas eran las severas leyes de guerra, a las cuales se conformaban personas severas. Eran severos, pero justos. Mientras que los partisanos son presentados como cobardes que se habían escondido. Esto constituye la parte esencial del debate sobre qué tipo de organización estatal surgió en Italia a partir de la Segunda Guerra Mundial.

Por un lado, tenemos el mito del papel fundador de la Resistencia. Los italianos estamos tremendamente aburridos, me imagino, de la definición: la República que nació de la Resistencia. De todas maneras, así fue, y muchos valores de la Resistencia están incorporados en la Constitución. Pero si la Resistencia y el heroísmo de los partisanos constituyen los mitos de fundación de la democracia italiana antifascista, existe también otro mito: la versión en contra de los partisanos, la versión es culpa de los partisanos. Una versión antagónica, producto del carácter no acabado de nuestra democracia, de la resistencia a nuestra democracia y de un hecho innegable: la democracia que surgió a partir de la Resistencia no fue el resultado de una elección unánime de la mayoría del pueblo, sino un proyecto, un sueño, un deseo que no todo el mundo compartía. Esto es lo que realmente está en juego ahora: ¿Italia es una democracia antifascista nacida de la Resistencia o es otra cosa?

### Cuándo

La versión que encuentro más interesante en este contexto tiene que ver con el uso político de la dimensión temporal. El tiempo es muy importante porque la represalia fue lleva-

da a cabo dentro de las 24 horas posteriores a la acción partisana. Por eso titulé mi libro con las palabras finales del comunicado de prensa alemán: Ya se cumplió la orden. Los alemanes no informaron a la población del ataque partisano sino después de la masacre. Sin embargo, si se pregunta a la gente -y yo se lo pregunté a doscientas personas de toda clase entre los 14 y los ochenta años- acerca del tiempo transcurrido entre el ataque partisano y la represalia, todos responden señalando distintos plazos que van de los tres días a los seis meses. ¿Por qué pasa esto? Básicamente porque necesitan darle a los alemanes el tiempo para buscar a los partisanos y pedirles que se rindan. Sólo así pueden echarles la culpa a los partisanos por no presentarse.

Un estudiante de la secundaria respondió:

“Por una semana entera los alemanes estuvieron tomando presos, sobre todo en el barrio judío, y avisando, avisando la población que si no hubieran encontrado a los culpables del ataque de Via Rasella tomarían a once italianos, o a trece, no me acuerdo bien, por cada alemán que había caído en el ataque”.

Éste es el mito básico, es lo que puede escucharse tanto en una peluquería como por la calle o entre los estudiantes de cualquier escuela. Pero, a la vez, desde que el mito fue desmitificado, por lo menos en el ámbito público, nacieron versiones alternativas. En tal sentido, el mito funciona como un conjunto de historias intercambiables, y cada una de ellas admite la misma conclusión preconcebida: La culpa es de los partisanos comunistas. Una nueva versión del mito dice: Tenían que mostrarse de todas maneras, los estuvieran buscando o no, supieran de la represalia o no. Otra versión, muy popular en los últimos tiempos indica: Debían calcular las consecuencias. Los alemanes son como animales, como bestias bravas. Si se los provoca, ellos reaccionan. Este mito se relaciona con el estereotipo anti-alemán vigente: Los alemanes son bestias. Los alemanes son como máquinas. Sin embargo, los alemanes son humanos y lo que hicieron no fue producto de una reacción instintiva sino una decisión política muy bien planeada.

La del 23 de marzo de 1944 no fue la única acción armada de los resistentes en la cual se mataron alemanes. Sólo en Roma se re-



gistraron 43 ataques contra las tropas de ocupación nazis. La causa fundamental por la que no tomaron represalias en los otros casos es que, como controlaban los medios de comunicación, pudieron elegir como táctica que no circularan noticias acerca de los ataques, lo cual es un modo de borrarlos. Los alemanes también confiaban en mitos, en su caso mitos para mantener la ciudad tranquila: los mitos de la invulnerabilidad y de la invencibilidad. La no circulación de noticias que dieran cuenta de sus bajas contribuía a alimentarlos. Pero Via Rasella era algo distinto. Era un atentado con muchos muertos en una calle céntrica de la ciudad y la acción ocurrió en pleno día. Imposible ocultarla. En relación con estas características, existe otro mito: si se le pregunta a alguien de esa generación, afirma haber estado allá, que estaba por ir o que conocía a alguien que estuvo. Aquí hasta el mito confirma que esa acción partisana fue algo excepcional que no se podía callar, un quiebre visible en la armadura de invulnerabilidad de las fuerzas de ocupación. Por eso es que dispusieron hacer algo de inmediato, para reforzar el mito amenazado. Otro mito se relaciona con esto y plantea: Los partisanos cometieron adrede ese atentado en ese lugar. Para que los alemanes tomaran represalias y mataran a prisioneros de diferentes partidos políticos y en respuesta pudiera estallar la rebelión.

#### Enterrar o sepultar

Hay cierta tensión —nacida de manera casi inmediatamente posterior a los hechos— entre lo que es, por un lado, una masacre colectiva con 335 víctimas, y lo que son, por otro, 335 asesinatos. Se trata de dos maneras distintas de mirar al mismo fenómeno, porque la masacre colectiva produce memoria pública, monumentos, homenajes, mientras que los 335 asesinatos individuales producen recuerdos personales y pérdidas personales.

Roma fue liberada en junio. Enseguida el Comando Aliado consideró que esas personas, dado que estaban bajo tierra, ya habían sido sepultadas y decidió construir un monumento para recordarlas. Puesto que lo único que tenían en común las víctimas es que eran hombres, quienes se ocuparon de recordarlos fueron principalmente mujeres: esposas



y madres. Ellas manifestaron que la propuesta del Comando Aliado era algo indeseable. Así habla de eso Vera Simoni, hija de un general de las fuerzas aéreas que fue matado en las Fosas Ardeatinas:

“Aquí aparece mi mamá, cuando dijo no, yo quiero que cada uno de ellos sea reconocido. Fue a hablar con los oficiales británicos y le contestaron señora, nos encantaría hacer lo que nos pide, pero es imposible. Entonces mi mamá, mi hermana y yo fuimos a ver al general Pollock, jefe de las Fuerzas Aliadas, que nos recibió en seguida. Y mi mamá dijo mire, sabemos que quieren construir un monumento, pero no lo aceptamos. Queremos que sean reconocidos, que cada cuerpo sea reconocido. El general se quedó un momento mirándonos. Quizás pensaría: Dios mío, estas personas están un poco trastornadas por el dolor. Finalmente, nos dijo: bueno, será difícil. Pero mi mamá ya había hablado con el doctor Ascarelli, patólogo, que después de haber visitado el sitio afirmó que era una idea loca, pero que todo se podía hacer. Sobre todo si el dolor y el deseo eran tan fuertes. Entonces le contestó al general Pollock que habíamos hablado con el profesor y según él la cosa se podía hacer. El general, a su vez, nos contestó que lo iba a pensar y nos acompañó a la puerta, mientras yo le decía mire, no nos vamos a rendir. No queremos nada para nosotras, pero queremos que sean identificados y todos los otros familiares se encuentran en la misma situación que nosotras. Y concluí en inglés: we don't give up. Finalmente accedieron”.

La situación anteriormente narrada permite reconocer la diferencia entre poner a alguien bajo tierra y sepultarlo, celebrar un homenaje en el cual su muerte está reconocida y en cierta forma se le añade valor, adquiere un significado. Porque antes de eso las mujeres no sabían nada y los familiares tampoco. Los hombres y los padres tenían adentro un sentimiento increíble de derrota, se sentían inútiles. Fueron las mujeres quienes empezaron a preguntar qué pasó.

#### Lutos

Ésta es la historia de un colega de mi departamento universitario: “Creo que mi madre fue con algunas amigas, el mismo día, a las cuevas. Obviamente, en el estado en que se encontraban...hay percepciones físicas muy fuertes, de olor. Ella me dijo que lo que la hirió lo que más le chocó, fue que los SS se reían. Tal vez por la ansiedad. Quién sabe. Y al día después formaron una procesión de mujeres. Ella fue, y creo que también la esposa de Pilo Albertelli, uno de los héroes de la resistencia, que fue el profesor de filosofía de mi madre cuando estaba en la secundaria. La esposa de Pilo Albertelli, escribió acerca de eso: Caminamos, buscando a tías. El aire grasiento llena nuestras bocas, nos corta la respiración. Nos sostenemos la una con la otra, apretando nuestras manos. Algunas esposas, una hermana y una madre. Al final de la cueva, hay un montón, alto. Empezamos a subir, y la tierra se disuelve debajo de nuestros pies, y desde es-

te coágulo sale un olor fuerte, cada vez más fuerte... Una de nosotras recoge un revoltijo de pelo ensangrentado, su grito desesperado nos echa al suelo. Están debajo de nosotras, los estamos pisando, estamos pisando a los padres de nuestros hijos”.

Los sacaron de la tierra para volver a enterrarlos y tuvieron que reconocerlos. Estuvieron allí durante meses y meses; los mataron en marzo, esto empezó en julio y siguió hasta el final de septiembre. Los cuerpos estaban amontonados uno sobre el otro, porque no había espacio suficiente en la cueva. Los últimos en ser fusilados tuvieron que subir sobre los cuerpos de los ya fusilados para que los ejecutaran. Hay historias aún más horribles, como la de Giuseppe Bologna. La aviación americana o británica mató a su mamá durante un raid sobre Roma y su papá fue fusilado en las Fo-



sas Ardeatinas. Cuando le pregunté ¿a quién le echas la culpa?, me contestó “es culpa de los alemanes por mi padre y de los aliados por mi madre, cada uno hizo lo suyo...”. Precisó que tenía doce años cuando tuvo que reconocer al cuerpo de su papá. “Es algo imposible de contar. Nadie lo va a entender. No fue fácil porque habían hecho una pila de cadáveres. Uno sobre el otro en filas de seis, de siete cuerpos, cuerpos muertos, uno sobre el otro. El cadáver de mi padre no tenía la cabeza. A muchos les faltaba porque se la habían volado del tiro con el que los mataron. A mi padre lo reconocimos por la ropa y por un reloj alemán que llevaba, un regalo que daban a los trabajadores de ferrocarriles. Estuve junto con mi hermana adentro de esas cuevas espantosas. Fue una experiencia muy negativa para mí. Hoy en día, después de 53 años, todavía me acuerdo como si fuera ayer, todavía veo a todos esos hombres asesinados”.

Esto siguió durante meses y meses. Mientras tanto, el público se apropiaba de la memoria, se iba haciendo un recuerdo nacional. De allí surgieron dos tipologías de rituales. Hay que tener en cuenta que se trataba de Roma en 1944, una ciudad cuya población estaba compuesta por una mayoría de inmigrantes de primera generación de las áreas rurales del sur, con una manera muy fuerte, muy emocional de vivir el dolor por los muertos, la que describen los etnó-

grafos en sus estudios sobre Italia del sur, con llanto y pérdida de control. Al respecto, Carla Capponi, partisana que acompañó a la esposa de una víctima, recuerda: "Los parientes debían reconocer pedazos de cuerpos. Una escena espantosa. Gritaban mientras iban sacando los restos de la tierra. Era tan trágico que no se podía resistir al ver las convulsiones de esa gente".

Creo que en circunstancias así es posible entender literalmente el sentido de la tragedia, porque las voces y los gestos son los del teatro mediterráneo clásico, el de la Grecia antigua y el de Italia del sur. En circunstancias así es posible ver las mismas escenas que aparecen en documentos que describen formas muy arcaicas de llorar los muertos, como la imagen de la mujer con el pañuelo, como se suele hacer en Lucania, y esta manera rítmica de moverse y lamentarse, y el grito que se hace canto y poema y ritmo, y alivia.

Pero, por otro lado, Roma era una ciudad, una ciudad de clase media. Y por eso se daba también la forma de vivir el duelo típica de la clase media: todo para adentro. Así, en torno a la masacre de las Fosas Ardeatinas hay muchas historias de llantos reprimidos, de personas que no pudieron llorar sino algunos años después. Se buscaban, el uno al otro, estos niños de clase media, chocados por esta expresión de emociones. Chocados en cuanto veían sus familiares caer víctimas de las emociones.

### Homenajes y omisiones

Muchas preguntas se fueron planteando a medida que se construía una memoria pública. ¿Cómo hacer espiritual un homenaje a los caídos? ¿Cómo abstraerse de una historia tan concreta? ¿Cómo, en plena guerra fría, cuando de repente los comunistas eran los enemigos y los alemanes eran aliados?

Nunca o casi nunca las opciones reales de quienes murieron fusilados son mencionadas en los discursos oficiales. Es muy pesada la influencia que ejercen sobre la memoria pública la religión y las fuerzas armadas, las dos instituciones que básicamente se hacen cargo de la muerte. En ninguno de los discursos oficiales que leí se menciona tampoco quién mató a esta gente. Se dice Dieron sus vidas o Se sacrificaron. Pero no es del todo cierto que haya sido así. Algunos, como los partisanos, arriesgaron sus vidas. Otros no. Por ejemplo, los judíos o aquellos tomados al azar en la calle. Se puede llamar a todos mártires, o héroes, quizás. Pero no se puede afirmar que eran todos inocentes, porque muchos habían hecho algo. Como señaló el hijo de uno de ellos: "Mi padre no era inocente. Intentó luchar contra los alemanes". Y otra: "No quiero ser la hija de una víctima inocente". No hay entonces una categoría que una a todos los fusilados, a menos que se considere esa categoría tan abstracta e inofensiva de mártires de la libertad.

Esa falta de una categoría abarcativa en el homenaje puede advertirse cada 24 de marzo. El homenaje oficial tiene lugar

por la mañana y los oradores son católicos, demócratas cristianos. Hay también previstos cinco minutos de oraciones judías. Por la tarde aparecen los trabajadores con banderas rojas. Y, entre medio, las personas que no saben qué hacer, los que no lloran por mártires ni por héroes, sino por sus padres, sus hermanos, sus hijos.

### Heridas y cicatrices

¿Como siguieron sus vidas? Ésta es la pregunta que me condujo a plantearme un proyecto de investigación referido a la masacre de las Fosas Ardeatinas. Porque en 1994 se encontró en Argentina a uno de los culpables, el capitán de las SS Erich Priebke. Fue extraditado, lo condujeron detenido a Italia, lo procesaron, y la polémica estalló una vez más.

A través de la cobertura dedicada al tema por los medios de comunicación, parecía que se tratara de una cuestión privada entre los nazis -los culpables-, y las víctimas -los familiares y la comunidad judía-, con nosotros como observadores, buena gente que los compadecía, pero sintiendo que aquel viejo episodio de guerra era algo que ya no nos preocupaba. Se representaba a las víctimas como si estuvieran congeladas en el tiempo. Claro que en cierta manera lo están. Tal cual dice Giuseppe Bolgia, "es como ayer". Pero por otro lado han vivido, y por más de medio siglo. ¿Como siguieron sus vidas? Por ejemplo, en 1944 se supone que las mujeres no iban a trabajar. Y estas mujeres, todas vestidas de negro, están por todas partes, y molestan a una ciudad que tiende a compadecerlas pero en realidad no las quiere ver.

Ada Pignotti tenía 23 años, había estado casada por seis meses. Perdió a su marido y a otros tres familiares. Ella dijo: "No se podía realmente hablar de lo sucedido después del '44. No se podía. Estuve trabajando por cuarenta años, y hasta en mi oficina, cuando de vez en cuando me preguntaban, no podía realmente hablar porque... íeran tan descarados al contestar! Te decían la culpa es del que tiró la bomba. Yo hacía como si no les hubiera escuchado, porque siempre te contestaban así. La culpa no es de los alemanes, sino del que puso la bomba, porque si se hubiera presentado lo hubieran castigado a él solo".

Ada entiende que los otros necesitan darle un significado a lo que había ocurrido. Se da cuenta de que esos falsos recuerdos son una manera de exorcizar un miedo viejo o de negarse a compartir su dolor. Ada sigue diciendo: "¿Quién escribió la historia? ¿Cuándo dijeron los nazis que si se presentaban los culpables solamente lo iban a castigar a él? Nunca. Nunca nos avisaron. No pusieron ningún aviso. Y sólo buscaron a sus atacantes después de haber matado a toda esa gente".

Mujeres como Ada, las viudas, salieron a la escena pública y todo el mundo dio por hecho que estaban indefensas porque no tenían a sus hombres, entonces se suponía que era



fácil agarrarlas. Por eso, encima de todo lo que ya habían sufrido, les tocó vivir también al acoso sexual, algo que en la época ni tenía nombre.

Pero también abundan las historias de ayuda mutua, como la de una mujer que perdió a su hermano y nos cuenta que fue a vivir donde su cuñada y le ponía a escondidas tranquilizantes en la sopa, hasta que se dio cuenta de que su cuñada hacía lo mismo en su sopa. Y tenemos también cantidad de historias de niños que crecieron en orfanatos, o rodeados por el dolor de los familiares, que se transmitió a través de generaciones. “Era un dolor extraño”, una mujer siempre repite lo mismo, “un dolor extraño”. Se acuerda de cuando llamó a su mamá, ya cerca de los sesenta años, y le dijo: “mamá, ¿qué haces?”, y ella le contestó: “estoy llorando”. “¿Por qué lloras?”. “Lloro por tu papá”. “¿Ahora?”. “Sí, no tenía tiempo antes, tenía que trabajar. Tenía tres trabajos, tenía que cuidar la casa y cuatro hijas. Ahora que estoy jubilada puedo llorar”.

#### Ante la muerte

Durante mi investigación entrevisté a gente joven. Y cuan-

do uno cuenta que está entrevistando a jóvenes, siempre le dicen que ellos no saben nada, que no tienen ninguna memoria histórica. Por un lado, es cierto que no la tienen, en la misma medida en que sus padres no la tienen. O sea, algunos tienen las mismas versiones equivocadas de sus padres o de sus abuelos. Pero otros, afortunadamente, no tienen ninguna versión, lo que es bueno, porque no conocen la versión equivocada, la que les impide saber lo que realmente pasó y su significado. Muchos jóvenes no relacionan automáticamente el ataque a la masacre en términos de causa y efecto. Entonces, no alejan la mirada del hecho de la masacre. Tienen dificultades en historizar el acontecimiento porque no saben lo que realmente sucedió. Pero lo simbolizan de manera estupenda.

“Sinceramente, no me acuerdo bien de esta historia. En serio, no me acuerdo muy bien. Pero el nombre me suena, sé que me suena, Fosas Ardeatinas. Las fosas antiguamente eran canteras. Cantera en italiano es cueva, es por eso que son conocidas como cuevas en inglés, también porque eran subterráneas. Después de la guerra le cambiaron el nombre por fosas, que significa tumbas, y también zan-



jas. Entonces se dice Fosas Ardeatinas. Me imagino esas zanjias enormes donde se deshacían de las personas. Me imagino... sí, esto es lo que me imagino, un lugar adonde masacran, mutilan y tiran, a las personas”, concatena un joven. Y le pregunto: “¿Como basura?”. Me contesta: “Sí, exactamente, como basura. Los agarran y los tiran allá, como si fueran bolsas de papas o cosas. ¿Y sabe lo que me recuerda? Me hace pensar en la aniquilación del valor de la vida. Me hace pensar en eso. Hombres llevados como cosas, pedazos, como... no sé, como un trapo”.

Tiene increíblemente razón: “Como un pedazo”. Todos nos acordamos que los nazis llamaban *stucke*, pedazos, a los prisioneros deportados en los campos de exterminio. Y también que intentaron ocultar las cuevas con basura, para cubrir el olor que empezaba a salir de los cuerpos. Entonces, ¿qué es lo que perciben los jóvenes? Una imagen de muerte absurda, rápida y casual. Una muerte que de ninguna manera resulta de un proceso natural. Esto es algo muy relacionado con su propia experiencia de la muerte. Mi generación fue algo fuera de lo común en este sentido, una generación crecida en el boom económico de los años posteriores a la guerra, una generación para la cual la muerte era prácticamente invisible. La muerte era para nosotros algo realmente excepcional, prevalecía la actitud típica de clase media que ocultaba la muerte a los niños. Y también era excepcional la muerte de un joven. Pero los jóvenes de hoy son distintos. Hubo tres suicidios en la clase de mi hijo mayor, en una secundaria, y en la calle donde vivo hay como mínimo doce recordatorios con flores, figuritas de futbol, fotos, de algunos amigos de ellos que murieron accidentes. Y además, los jóvenes de hoy saben todo sobre la muerte por drogas.

Y sin embargo, la generación anterior todavía cree que ellos no saben nada acerca de la muerte, que no deberían enseñársela, así que nadie les ayuda a manejarse con ella, tienen que enfrentarse a ella solos. Las Fosas Ardeatinas son un símbolo en este sentido, son la típica excursión esco-

lar. A veces se ríen, pero otras veces son realmente impresionados. Lo que más les llama la atención no es el antifascismo o lo que sea, es la presencia de la muerte. El libro pionero sobre este acontecimiento, las Fosas Ardeatinas, es *La muerte en Roma*, de Robert Katz. Creo que su título es muy acertado y va más allá de lo que quería decir, va realmente a tocar el significado de la muerte en la ciudad moderna y el significado de la memoria de la muerte.

#### En voz baja

Me gustaría concluir estas reflexiones con un pequeño relato sobre la muerte, los homenajes y el sentido de la historia. Quien habla, un hombre, es uno de los pocos parientes hombres de los fusilados, es un hijo. Quien habla es Modesto De Angelis: “Yo siempre me aburría durante estos actos. No tenía que estar de pie y me sentía totalmente anónimo con esta gente. No tenía que subir a la plataforma donde estaban los familiares de las víctimas y nadie podía verme y decir éste es uno de los hijos. Pero las palabras usadas durante estos homenajes, las palabras, eran tan aburridas, y me cansaban tanto, que comencé a hacer una cosa. Me ocurrió durante una mañana de primavera en la que fui, a las nueve, cuando los monumentos abren al público y no hay nadie, al monumento que tiene las tumbas adentro. Tú lo viste, el monumento está cubierto por una piedra grande, así de grande, como el doble de esto. Hay adentro 335 tumbas de hormigón desde el suelo y un bloque igual de cemento encima, una piedra enorme apenas levantada en el borde. A veces, en primavera, algunos pájaros se sientan allí y cantan, y yo cuando voy, desde aquella mañana de primavera me pongo a rezar, o hablo.... En voz baja, aunque esté sólo, le hablo o le rezo a los muertos, a quien siempre llamé mis muchachos. Pero algo todavía me produce amargura después de todos estos años, nunca pude ir allá y decirles, realmente convencido: Bueno, lo logramos. Ustedes lo lograron.

*Traducción y adaptación de Juan Bautista Duizeide.*

**Alessandro Portelli**, graduado en Jurisprudencia y luego en Lenguas y Literaturas Extranjeras, es profesor de literatura angloamericana en la Universidad de Roma. Se lo considera uno de los máximos expertos a nivel mundial en la investigación, el estudio y la difusión de la historia oral así como de las culturas populares transmitidas oralmente. Ha realizado para la RAI programas acerca de la música country y músicas de frontera. Dirige la revista de estudios americanos *Acoma*. Entre sus libros pueden mencionarse *La línea del color: ensayos de cultura afroamericana*, *Canciones y poesías proletarias norteamericanas*, *Blancos y negros en la literatura norteamericana*, *La revolución musical de Woody Guthrie*, *Las canciones del Black Power* y *La orden ya fue ejecutada: Roma, las Fosas Ardeatinas y la memoria*.

Tumbaya, Jujuy

# El estigma de la memoria

Por Ludmila da Silva Catela

Un pequeñísimo pueblo de la puna en el cual desaparecieron seis personas, o sea el cuatro por ciento de su población. Todos comunistas. Sus nombres no figuran en los archivos de la Conadep ni en el Nunca Más. Sus historias permanecieron casi desconocidas. ¿Por qué? A partir de esa pregunta, pueden formularse otras que permiten una indagación profunda más allá de este caso en particular: ¿Cómo llegan los hechos a devenir memoria? ¿Cómo se articula la memoria central con las memorias locales?



Una Iglesia donde despellejaron a Lavalle. Un lugar rodeado de montañas. Un pintoresco cementerio que custodia al pueblo desde lo alto como era costumbre de los antiguos. Una pequeña municipalidad junto al único teléfono público. Una plaza en el centro de todo y al centro de la plaza un mástil en el que una gran bandera argentina es izada en días patrios y fiestas de guardar. Al pie dos placas de bronce con inscripciones y una fecha: Dios, Patria Hogar. Esta plaza fue inaugurada por el Proceso de Reorganización Nacional. Tumbaya 1979

Uno pocos apellidos se repiten aquí. En este pueblito de la Quebrada de Humahuaca, ¿quién no es pariente o compadre? Entre sus pobladores, diversas familias cuentan con antepasados que fueron indígenas. Identidad que sabe manifestarse en momentos de crisis: cuando hay que organizarse para reclamar tierras o en las asambleas, medio de resolución de los conflictos y decisiones.

“Casi todos vivimos de la tierra”, me dice un vecino. Pero últimamente los planes Trabajar pasaron a ser uno de los principales ingresos de los pobladores. “No hay nada para hacer acá”, afirman, “Este es un pueblo que no progresa, cada vez está peor”, sentencian. A diferencia del resto de la Quebrada, Tumbaya no fue beneficiada por el turismo. Sólo una vez al año, Tumbaya se llena de turistas: el día de la Virgen de la Candelaria (2 de febrero). El resto de los días, el “Portal de la Quebrada”, como la llaman, sueña con el turismo, que llega a cuentagotas. Los puestos de artesanías los esperan en medio del sol, el viento y el polvo en la plaza.

### Tumbaya la linda, Tumbaya la comunista...

En Tumbaya parece que el tiempo pasara más lento. A la mañana las calles se agitan algo con la gente que circula entre la municipalidad y los pocos almacenes de ramos generales que ofrecen productos básicos, verduras y carne. Si uno quiere el diario, deberá ir hasta Volcán, a 10 kilómetros. “A Tumbaya no llegan, nadie lee”, me explica la almacenera. A la siesta todo está desierto. Entrada la tarde, algunos niños animan la plaza entrando y saliendo de la iglesia donde participan de los cursillos de catequesis. Todo vuelve a vaciarse al caer el sol. Y por la noche, algunos jóvenes, sobre todo varones, van hasta el “Hospedaje de Tumbaya” a ver televisión. En realidad van a ver películas elegidas por la encargada del lugar, ya que la mayoría de las veces no se capta ningún canal.

Llegué a Tumbaya luego de leer el libro que Andrés Fidalgo escribió sobre la represión en Jujuy. En sus páginas, me llamó la atención la cantidad de desaparecidos de un ignoto lugar llamado “Tumbaya”. ¿Por qué tantos en una población tan pequeña? ¿Por qué no había información o memorias públicas acerca de ellos y lo que les había sucedido?

En la actualidad, Tumbaya cuenta con 526 habitantes<sup>1</sup>. En los '70, su población, según me explicaron, rondaba en los ciento cincuenta. En 1976 asumió como interventor de la comuna un salteño llamado Carlos Jeczmienski, ex administrador de una mina en Tumbaya Grande. El que bautizó a Tumbaya co-

mo la Tucumán chiquita. Y participó activamente en la denuncia y confección de las listas de quienes fueron secuestrados y desaparecidos. Entre los meses de agosto y diciembre de 1976, la localidad se vio afectada por diversos secuestros, operativos y desapariciones. Primero un gran operativo en el que se llevaron a muchos hombres y mujeres de Tumbaya, algunos de los cuales quedaron un tiempo presos en Villa Gorriti, mientras otros eran liberados rápidamente tras declarar en Volcán. Luego una segunda ola de secuestros, centrada en afiliados al Partido Comunista. No fueron hechos aislados. Se correspondían con secuestros en el resto de la provincia. Como corolario de este conjunto de operativos, el 15 diciembre de 1976 en Jujuy, fue secuestrado y desaparecido Vicente Cosentini, el principal referente del PC jujeño. En Tumbaya, 20 pobladores, mayoritariamente campesinos también fueron secuestrados, 6 desaparecieron. Todos afiliados al PC. Seis desaparecidos en una población de ciento cincuenta. O sea el cuatro por ciento de los habitantes.

### Don Federico

En medio del viento y del frío, un día de julio llegamos a Tumbaya. Nadie por las calles. Apenas, en la plaza, dos puestos de venta de artesanías. Nos acercamos a uno. Le pregunté al joven que atendía si sabía algo de la gente que había desaparecido en la “época militar”. Si conocía algún familiar. Si creía que alguien podría contarme algo. Así fue como apareció la figura del historiador local: “Hablen con Don Federico. Él sabe todo. Él les contará con detalles. Vive allá en la esquina. Es el hermano de dos desaparecidos”. Sin que insistiéramos mucho nos enumeró nombres de secuestrados y de familiares de los desaparecidos. Nos indicó donde vivían y cómo los podíamos encontrar. Finalmente agregó: “Pueden hablar con mi suegra, ella les puede contar algo porque su hermano también desapareció. A la tarde baja a la Iglesia, yo le aviso así hablan con ella”. El silencio tan temido, en el inicio del trabajo de campo se iba disipando. En el segundo y tercer viaje, y a medida que pasaron los días, las charlas con los vecinos se tornaron más intensas. La aparente tranquilidad poco a poco fue revelando tensiones sociales, conflictos, capas de violencia, en fin, densidad social como en cualquier comunidad, pueblo o ciudad.

Hablo con Don Federico, hermano de dos desaparecidos. Las fotos de ellos permanecen a su lado. Cada vez que habla de alguno lo señala.

*-¿Hubo algún operativo cuando se los llevaron?*

-Sí, sí, hubo un montón de operativos y antes de los desaparecidos también. Hasta el cura, Carlos Brukman, un alemán que estuvo aquí ayudó. Un día viene la policía y le dicen al padre: “¿puede colaborar?, tenemos un operativo aquí”. El Padre va y pone la camioneta. Él tenía una camioneta con cúpula, abre la puerta trasera y se meten en un boliche. Ahí había un bar de un tío mío, Adrián Méndez. Y empiezan a cargarlos. El Padre en un momento dice “¿vos



también Norberto?”. Era un ayudante de la iglesia (se ríe) y todos caían adentro. Cayó doña María Pilano, Mariano Vilca, cayó Adrián Méndez, doña Isidora, una tía nuestra, todos, a la policía, presos. Bueno, el Padre revisó los documentos, los despacharon y algunos que encontraban con implicancias, ¡adentro! Y en esto tenía mucho que ver el obispo Medina, ¿no? Porque él confesaba a los chicos y esas confesiones pasaban al ejército, a la policía. Esas confesiones llevaron a muchos presos de acá. Y como está la lealtad y la deslealtad, aquí teníamos a dos hermanos que se llamaban Pedro Ramos y Daniel Ramos; lo llevaban preso a Pedro y Pedro pasando en el celular, dice “¡allá está mi hermano, él también es de la lista!” ¡Y adentro el hermano!

Tras este episodio, en octubre de 1976, vino la nueva redada que tuvo como la consecuencia más importante las desapariciones. Entre los días 15 y 20 de octubre, la policía de Volcán se llevó a veinte hombres de Tumbaya. Los secuestraron en sus casas o sus lugares de trabajo: fincas y pequeños huertos en medio de los cerros. Los llevaron a Humahuaca, donde gendarmes y policías los interrogaron, los maltrataron, les pegaron.

Entre octubre y diciembre de 1976, la mayoría de los familiares de quienes hoy están desaparecidos mantuvieron contacto con los presos en la cárcel de Villa Gorriti. Inclusive les dijeron que serían liberados en diciembre de 1976. Los familiares viajaron a Jujuy a buscar a sus parientes, pero al llegar a la cárcel les informaron simplemente que: “ya se habían ido”. Este evento, relatado por todos los familiares, se tornó el más incomprensible. ¿Por qué nos mintieron?, dice Carmela hermana de uno de los jóvenes desaparecidos. Durante el resto de los años de dictadura, nadie hizo denuncias for-

males, aunque nunca dejaron de buscarlos. Sólo en los años noventa realizaron las denuncias, con un objetivo puntual: cobrar las indemnizaciones.

En Tumbaya, de una u otra manera, todos saben y tienen una versión de lo que pasó. Sin embargo, esas narrativas circulan sólo al interior de las familias o entre grupos de pares. La visibilidad de estas memorias tiene poco lugar en la esfera pública. Algunos familiares viajan a veces a Jujuy para alguna conmemoración. En las marchas por el “Apagón de Ledesma”, en el año 2003, pude observar las fotos de dos desaparecidos de Tumbaya: Juan Elias Toconás (15-10-76) y Rosa Santos Mamani (17-10-76), en el año 2005 se sumaron las fotos y los familiares de Crescente y Paulino Galián. A nivel nacional, el Partido Comunista incorporó a los seis desaparecidos de Tumbaya a sus listas de militantes desaparecidos durante la dictadura militar. Pero solamente figuran sus nombres -muchos de ellos mal escritos-, la fecha de desaparición, y como lugar de pertenencia apenas la provincia, Jujuy. Tales nombres -que no aparecen en las listas iniciales del *Nunca Más*-, recién se hicieron visibles para el resto del país al quedar registrados en dos libros: *Memoria deb(v)ida* (1999), de José Luis D’andrea Mohr, y *Jujuy, 1966-1983. Violaciones a los derechos humanos cometidas en el territorio de la provincia o contra personas a ella vinculadas* (2001), de Andrés Fidalgo.

#### Gloria

Gloria interrumpió sus clases de catequesis a jóvenes para contarnos de Rosalino Ríos, su hermano desaparecido. Nos sentamos ante una mesa junto a su marido. Hay pocas palabras y muchos silencios. Con un pañuelo entre sus manos,

ella se emociona. Sus ojos se llenan de lágrimas. Es la primera vez que habla con “desconocidos” sobre esto.

-Yo me llamo Gloria Ríos y tengo 44 años, de acá de Tumbaya. Somos once hermanos y mi hermano, el que desapareció. Rosalino Ríos era dos años mayor que yo. En esa época tendría casi sus veinte años porque estaba esperando hacer el servicio militar (entonces se hacía a los veinte). Quizás el error, o no sé qué es lo que hizo que lo hicieran desaparecer a él, era que era afiliado al comunismo. Se afiliaba al comunismo y..., por eso..., la mayoría de los chicos que desaparecieron en este pueblo eran afiliados al comunismo. Según dicen que han hecho un asado y ahí los han hecho emborrachar. Creo que a mi hermano lo hicieron firmar así tomadito, así lo hicieron llenar la ficha de afiliación. Después de este Golpe de Estado empiezan a ser ellos perseguidos, y ya... Así, a algunos de los chicos del pueblo ya se los han llevado.

Ni la policía ni el ejército son asociados en el relato de Gloria con la desaparición. Las fuerzas de seguridad sólo aparecen cuando de forma explícita le pregunto quién se llevó a su hermano y cómo fue el secuestro. Sólo enuncia que “eran personas vestidas de civil, no estaban vestidas de policía”. En su relato el “comunismo” es el culpable y la única explicación. En su relato se puede analizar, entre líneas, que los secuestros y las desapariciones provocaron una ruptura dentro de la comunidad.

***-Y ustedes, en el pueblo, ¿hablan de lo que pasó?***

-No, de ese tema no se habla, eso es, digamos, lo que nos faltaría. Acá, cuando hay una pérdida de alguna persona del pueblo, que haya fallecido o esté enferma, entonces ahí se ve la unidad, el apoyo de la gente, todo eso; pero en esto, esto que nos pasó a varios, no. Nunca nos juntamos, nunca hablamos de eso. Lo que nos faltaría es hablar, sobre eso...

### **Cuerpos, humillación y silencios**

La mayoría de quienes fueron presos y torturados nunca habló con su familia de lo sucedido. En sus relatos -pausados, dolorosos-, expresan con el cuerpo la marca que les dejaron sus secuestros. Tiemblan, les falta el aire, se aprietan las manos, bajan la mirada. Y a cada una de sus respuestas la sigue un profundo, un largo silencio. La humillación que sufrieron es remarcada como peor que el dolor físico. Las acusaciones son recordadas como el peor dolor: “nos culpaban... me culpaban de no ser patriota, de ser comunista. Y yo nunca ofendí a la Patria, nunca...”, afirmó nervioso Gerónimo. Emilio, otro de los entrevistados, en un tono casi incomprensible, dice que lo peor fue que lo “hayan acusado de ser comunista” y de “haber aprovechado mi trabajo en la mina para darles explosivos”. Y agrega: “Yo que siempre fui peronista, ¿le iba a dar explosivos a los comunistas?... ¿Para qué?”. Cada uno expresó que lo vivido en aquella época es mejor olvidarlo, que les causa mucho dolor, que todos quedaron “enfermos de los nervios”. Ninguno de ellos les contó a sus hijos, ni ellos les preguntaron. Tanto Pablo como Gerónimo

y Emilio aceptaron hablar por el afecto que le tienen a Don Federico. Don Pablo se fue de la entrevista diciendo que le hace mal hablar pero que fue importante poder hacerlo. Gerónimo a la noche fue a visitarlo a Don Federico y le pidió un vino, “ya que estaba muy nervioso porque había hablado cosas que nunca nadie le había hecho decir”.

Cuando le pregunté a Gerónimo qué era el comunismo para él, su explicación se centró en la idea de “compartir en comunidad”, que “todos podamos tener un poco y vivir mejor”. Y afirmó “a mí nadie me va a sacar eso de la cabeza por más que me golpeen y me traten como a un animal”. En una primera entrevista, al preguntarle si él era “comunista”, lo negó. En una segunda entrevista, le pregunté nuevamente a Don Gerónimo si se arrepentía de haber sido comunista y me respondió rotundamente: no, no me arrepiento. En esas respuestas se cifra la tensión entre memoria y estigmas en Tumbaya.

### **Revertir el estigma.**

#### **El trabajo de un guardián de memorias**

Federico Galian –Don Federico, tal como todos le dicen- es hermano de Paulino Prudencio y de Crescencio Galian, dos militantes del Partido Comunista desaparecidos el 18 y 19 de octubre de 1976 en Jujuy. Don Federico ha sido un articulador importante en la organización de los familiares de desaparecidos y de presos de Tumbaya para realizar los trámites de indemnización. También fue él quien entró en contacto con Andrés Fidalgo para incluir los nombres de secuestrados y desaparecidos del lugar en el libro sobre la represión en Jujuy. Es impactante escuchar su definición sobre el por qué de las desapariciones:

-En la política empezamos como revolucionarios, como gente que quería cambiar la cosa, porque veíamos que la política estaba muy contaminada. Entonces veíamos, dentro de la política, un cambio. El cambio era la revolución, y hemos ingresado en el Partido Comunista. Mi hermano Paulino ha sido el jefe, acá en la zona, manejaba desde Jujuy hasta Tilcara, pero la mayor cantidad de gente desaparecida ha sido de Tumbaya. Todos han sido afiliados al partido comunista.

A diferencia del resto de los discursos en los que la palabra “comunismo” aparece asociada a miedos, acusaciones y desconfianzas, Federico habla del Partido Comunista, de la política y la revolución con una valoración positiva. Pero no deja de contar las consecuencias que tuvo para su familia ser considerados comunistas en Tumbaya:

-Y bueno, pertenecer al Partido Comunista en Tumbaya era concientizar a la gente, una lucha de avance, de cambiar una doctrina dominante, norteamericana, por otra doctrina, una doctrina más social, más participativa, más democrática, digamos. ***-Después de las prisiones, ¿cómo reaccionó la gente del lugar?***

-Tenían miedo y comenzaron a insultar. Por ejemplo, la María, que era casada con Santiago, venía aquí y la insultaba a mi mamá, “¡culpa de su hijo comunista, a mi marido lo

han puesto preso y yo tengo que estar matando de hambre a mis hijos!”. Mi mamá les decía “yo no tengo nada que ver”. A la mujer de Paulino, en Jujuy, varias veces le apedreaban la casa, le insultaban, le decían cosas: “culpa de tu marido, culpa de Paulino, estando nosotros en esta situación, hemos quedado sin marido, lo han detenido a mi hijo, vos y él son los culpables”.

**-Cuando usted volvió a Tumbaya, ¿qué pasó?**

-Volví once años y medio después de haberme ido, ¿no? Pero en el '76 estaba acá yo, me fui en febrero y el golpe de estado fue el 24 de marzo, de ahí no volví más ya. Bueno, después que volví, había un mecánico acá que me decía “vos has sido un cobarde, te has escapado a Bolivia”. No me había ido durante del golpe, yo me había ido dos meses antes del golpe, no era cobardía... Yo estaba trabajando en Bolivia, una casualidad y gracias a esa casualidad estoy vivo, sí, porque hubiera sido fiambre como mis hermanos, sí seguro, seguro. Yo he estado aquí en Tumbaya..., tenía un primo, Américo Vilte, también ha desaparecido aquí, él vivía en Buenos Aires, se vino acá y acá ha desaparecido, y Rosalino Ríos, Santos Mamaní, Juan Elías Toconás, todos desaparecidos.

“Don Fede” es quien juntó a todas las personas de Tumbaya para solicitar las indemnizaciones. También él incorporó a la causa de los Juicios por la Verdad de Jujuy el nombre de su hermano, así como el de todos los desaparecidos de Tumbaya. Él es quien guarda papeles y documentos, quien escribe las cartas, quien se contacta con los abogados. Es quien de alguna manera transforma un problema de estigmas y acusaciones en un espacio de comunicación y reconocimiento. Es él quien me ha presentado a todas las personas que entrevisté, quien me ha dado documentos, quien ha buscado fotos, “para que escriba un libro sobre lo que pasó en Tumbaya”.

Don Federico trabaja desde la memoria. Intenta influir y cambiar el sentido dominante, y por momentos avergonzante, de aquellos que se sienten señalados por ser “comunistas”, buscando que hablen, que cuenten sus historias hacia fuera de la comunidad. Se encarga de remarcar la militancia en el Partido Comunista, de relacionarla con un ideario y una práctica política, oponiéndose al sentido hasta ahora predominante de categoría acusatoria. Intenta transformar el estigma de “comunistas” para tornar humanos a los desaparecidos, para tornarlos vecinos. Simplemente Crescencio, Paulino, Pablo, Gerónimo, Elías, Rosa...

Asumiendo un rol de emprendedor de la memoria, busca y piensa cómo elaborar rituales o marcas simbólicas para el reconocimiento de ese pasado en Tumbaya. Quiere organizar una misa por los desaparecidos, piensa en poner una placa en la pared de su casa, ya que “era el lugar donde nos reuníamos”.

Sin embargo, los capitales simbólicos y culturales para poder ejecutar todas estas prácticas de memoria no se reducen al hecho de ser el hermano de dos desaparecidos. Fe-

## (In)visibilidad y memoria

Hay dos procesos básicos mediante los cuales un episodio de violencia trasciende su propio contexto y se hace conocido a nivel público:

1) El episodio es retratado en algún libro o publicación (ya sea informes como el *Nunca Más*, testimoniales, de investigación periodística, de investigación histórica, etc), o en soportes análogos como proyectos de historia oral, videos, películas, etc.

2) El episodio se mantiene vivo a través del tiempo, gracias a la presencia y el trabajo de vigilancia de memoria realizada por un individuo o grupo, que hace de dicho evento la causa de su vida, invierte tiempo y cuenta con los capitales políticos, culturales, simbólicos necesarios para “hacerlo público” (por ejemplo los sobrevivientes del Vesuvio, los que llevan adelante la Marcha del Apagón, etc.)

Un tipo de proceso no excluye al otro. Ese tipo de prácticas y soportes materiales permitirían visibilizar algunas memorias, mientras otras quedarían invisibilizadas, silenciadas, esperando la llegada y el momento de tornarse públicas, si es que alguna vez acceden a esa condición.

derico es un fuerte referente en la comunidad, por “saber de historia”, por “saber hablar”. Él es quien guarda todos los documentos de conflictos políticos y de demandas de la tierra; es a quien llaman cuando viene la televisión, la radio, los arqueólogos o los que realizan proyectos de turismo. Es así no sólo un emprendedor de las memorias de la represión, sino también un guardián de diversas memorias, memorias de cohesión comunitaria, memorias sobre la historia del lugar, memorias políticas. Desempeña el rol social de quien colecciona, investiga, selecciona, conserva bienes, objetos, documentos y se siente en la obligación de velar por todos ellos. Estas atribuciones son reconocidas por gran parte de la comunidad.

### Celebración de la palabra

En la iglesia se realizó un ritual llamado “Celebración de la palabra”. En él, José, un diácono (y no un cura), desarrolla algo similar a una misa. Al llegar no había casi nadie en la iglesia. Nos sentamos mientras mirábamos como terminaban una actividad de catequesis. Éramos unas treinta personas más o menos. Elvira, la mujer del diácono, ofició de colaboradora. Ingresó al altar y comenzó a explicar lo que significaba la celebración de la palabra. Todo el ritual era un diálogo entre ella y los que estábamos en los bancos. Les pidió a Don Federico y otras vecinas que pasaran a leer pasajes de la Biblia. Luego ella leyó algunos fragmentos.

Después entró José con una túnica verde. Leyó los episodios de Sodoma y Gomorra. Usó esa historia para hablar de la violencia en las ciudades actuales. Realizó todo un recorrido

en torno a la violencia y la negación del otro, con un discurso lleno de sentidos morales y políticos en el cual, a pesar de no expresarlo explícitamente, aludió al asesinato político ocurrido en noviembre de 2003, en Tumbaya.

Luego Elvira volvió y leyó las invocaciones, a las que los participantes teníamos que responder “Te pedimos Señor”. Se pidió por los enfermos, por la paz, por los que estaban sin trabajo, por la salud de una señora que había sido maestra de Don Federico y de “muchos de nuestros hijos”. Esta intención, la pidió Federico. A seguir, aprovechando la situación, Elvira le dijo a Federico: “No sé Don Federico, ya que están las chicas, si usted quiere hacer un pedido especial por los desaparecidos”. Don Federico, entonces, se dio vuelta y explicó que estábamos allí haciendo “un trabajo sobre la memoria de los desaparecidos”. A continuación hicieron un pedido por los desaparecidos y sus familias. Lue-



La categoría “izquierda” suele ser altamente estigmatizadora. Y la palabra “comunista”, en oposición a la palabra “patria”, funciona como una amenaza al orden establecido, con connotaciones de peligrosidad y violencia. Se trata de un mecanismo muy bien analizado por Gilberto Velho en un breve pero denso trabajo referido a la sociedad brasileña: *Duas categorias de acusação na cultura brasileira contemporânea* (Petropolis, editorial Vozes, 1980). En él, respecto a la categoría subversivo, Velho señala que aunque es una categoría de acusación eminentemente política, contamina otros dominios. Muchas veces viene acompañado de criminal, ateo, traidor, con fuertes implicaciones morales. La lógica del discurso acusatorio hace que la denuncia política pase a ser una acusación más global donde la propia humanidad de los acusados es puesta en cuestión (...) Existe la idea de que su mente es corrompida por agentes externos a las fronteras de su sociedad. Así el subversivo, el comunista, trae cosas de afuera, contamina su sociedad con lo exógeno, desarma y desorganiza de alguna manera el orden natural, con ideas y comportamientos disruptivos. En palabras que recuerdan lo que contaba Gerónimo, en este sistema de representaciones y acusaciones, el comunista es un traidor, que reniega de su patria.

go de esto siguió el ritual de la celebración de la palabra. Al finalizar la ceremonia, Elvira preguntó si había anuncios, invitándolo a Federico a realizar el suyo. Allí nuevamente Don Federico habló acerca de los seis desaparecidos que tenía el pueblo y sobre los secuestros que habían sufrido otras personas del lugar. Pidió la ayuda de todos para que nos acercaran fotos, documentos o lo que fuese, para colaborar con el trabajo de escribir una parte de la historia de Tumbaya. Fue un momento extraño, emocionante, confuso. En ese momento se habló por primera vez en un espacio público e institucional, de los desaparecidos; se usó la celebración de la palabra para pedir por ellos, se compartió una memoria que a pesar de tener muchas lecturas, permanece en los ámbitos privados o en los canales de los comentarios y los chismes. Don Federico, un auténtico emprendedor de la memoria, esperó una buena oportunidad para sacarlas de la marginalidad y ponerlas en el centro del ritual, en el espacio de lo sagrado y así purificarlas.

#### A modo de cierre

Este trabajo analizó la construcción de memorias locales. Donde estigma y acusación aparecen como elementos centrales en la configuración de las memorias de la represión de la última dictadura militar. Remando a contra corriente, un guardián de memorias avanza para darles una dimensión política. Juega con las cartas de la tradición oral, de la transmisión de relatos sobre el pasado, pero todavía no ha escrito “una historia” que afirmé una versión legítima de lo que pasó, que pueda engarzarse con las memorias cuasi oficializadas por los organismos de DDHH, por la Academia, por el Estado. Para estas instituciones la historia de la represión en Tumbaya todavía es casi invisible. Esta instancia de construcción de memorias en Tumbaya, me permitió registrar visiones, sentimientos, juicios, tensiones cuya multiplicidad y complejidad, si bien es general para casi todos los lugares del país, desaparece o es reprimida cuando los relatos son fijados y consagrados por los representantes nacionales de la historia trágica de la dictadura. En este sentido, hay dos silencios significativos: campesinos e indígenas prácticamente no cuentan en las estadísticas y apreciaciones. En el Nunca Más se lee acerca de obreros, estudiantes, amas de casa, religiosos, profesionales, docentes, autónomos y varios, periodistas, actores, conscriptos y personal, subalterno de las fuerzas de seguridad, empleados. Me pregunto, ¿acaso “campesino” e “indígena” no era una categoría política en los setenta, tal como en la mayoría de los países de América latina? ¿Por qué no fue registrada?

**Ludmila Da Silva Catela** es investigadora de la Universidad Nacional de Córdoba y del Conicet.

1. El departamento Tumbaya cuenta con 1694 habitantes entre niños (290), adultos (1081) y ancianos (168). El 40% de la población habita en zonas rurales.

# Los modos de representación

Por Federico Irazábal

Fotografías Alejo Garganta Bermúdez

¿Puede y quiere el arte inscribirse o formar parte de los discursos que hacen historia? ¿Es responsabilidad de los artistas sostener o proponer una memoria hegemónica o alternativa? ¿Puede el espectador devenir en copártcipe de esa historia?



Las preguntas que vinculan las complejas relaciones entre teatro, memorias e historia carecen de respuestas únicas, porque los factores que influyen sobre esos vínculos son múltiples y variados. Para comenzar a responderlas sin más pretensión que la de mirar colateralmente el problema, pensaremos en primer lugar en el cine, en las formas que este arte ha encontrado para representar la memoria, y más puntualmente recordaremos una película estrenada en la Argentina en el año 2003: *Ararat*, de Atom Egoyan.

## Un caso paradigmático

Antes de introducirnos en lo específicamente teatral, creemos que mirar en detalle una gran película nos servirá para introducirnos en la problemática. *Ararat* es claramente una película que puede servir para pensar las formas de repre-

sentación de la memoria, porque en definitiva ése era su tema principal con un argumento, el genocidio armenio, que le sirvió de excusa. Recordemos que desde el punto de vista de la enunciación hay tres relatos distintos en ella, hay tres películas en una. Así como el *Hamlet* de Shakespeare muestra una obra de teatro dentro del teatro; *Ararat*, con su cine dentro del cine dentro del cine, representa tres formas diferentes de vincular el arte con la historia y la memoria, que es vista aquí, ni más ni menos, que como otro tipo de relato. Por un lado, está la mega producción que viene a filmar un sobreviviente del genocidio. A través de su estética buscará producir un verosímil que se convierta (en la mirada del espectador) en verdad y, por lo tanto, se vincularía a una forma de representación histórica. Por otro lado, se ve un documental que pretende, asistiendo al escenario real,

poder reproducir eso pero sin crear la ilusión de real, siendo precisamente un documento de lo real. Aclaremos: en este segundo nivel no se pretende ser verosímil, como en el primero, sino verdadero. Y, finalmente, encontramos la película que nosotros estamos viendo, que apuesta por otra forma que es, creemos, la específicamente teatral: la simbolización. Ararat considera que la única forma de mantener vivo un tiempo ya muerto es a partir de un proceso de simbolización, esto es, culturalizando el evento a partir de una cadena signífica determinada. Ponerlo en relato, en algún tipo de relato y con una capacidad de síntesis importante. Es el famoso *gestus* brechtiano, pero aquí de la historia: producir un signo que con su sola aparición desencadene un relato más extenso y complejo. Imágenes-símbolos que condensan y potencian la posibilidad de existencia histórica. El teatro, por sus propias potencialidades técnicas no puede ir al lugar de los hechos. Nada más lejos del documental que el arte escénico. Y, en caso de invadir el lugar real del hecho, no puede nunca negar el carácter de representación (cosa que el cine sí ha podido hacer optimizando el propio arte técnico). Por otro lado, tampoco puede el teatro generar la ilusión de totalidad que sí puede generar el cine a partir de los distintos escenarios necesarios. El teatro está limitado en este aspecto también. Por lo tanto, el único espacio que le queda es el aportar una simbolización a la historia

nifica simplemente realizar acciones que lo actualicen de forma permanente. Es extraño este movimiento, pero es algo bastante fácil de entender con un ejemplo. Los monumentos (algo, vaya paradoja, monumental) acaban perdiendo presencia, no por ausencia sino por reiteración. El monumento tiene como problema fundamental que suele quedar reducido a mero paisaje, a mera decoración. La presencia reiterada de un objeto/acto hace que comience a invisibilizarse por el mismo procedimiento que le daría presencia y consistencia. Esto sucede también con, por ejemplo, las protestas sociales, políticas, sindicales, económicas. Recordemos algo: la *carpa blanca docente*. Durante las primeras semanas, todos los habitantes de la ciudad de Buenos Aires veían con admiración la protesta docente. Pero llegó un momento en el cual, por reiteración, por duración en la lucha sin cambio de estrategia, acabó por desaparecer. Se “monumentalizó”, es decir, desapareció o pasó a formar parte de la Plaza de los dos Congresos. Los piqueteros, en cambio, entienden que la única forma de ser vistos es afectando el presente, no cristalizando la lucha. El monumento es fundamental en una sociedad que está dispuesta a rendir honores a los personajes y acontecimientos que considere memorables, esto es, que deberían formar parte de la memoria colectiva. Pero para que lo memorable no empiece a formar parte del olvido se vuelve imperioso resaltar su presencia



como forma de recuerdo. El teatro no puede más que formar parte de la historia porque se convierte en un intérprete de esa historia misma. El teatro suele, parafraseando al psicoanálisis, trabajar con el síntoma traumático, y no con el acontecimiento en sí.

### Teatro Monumento

Podríamos afirmar que el teatro rara vez puede convertirse en un monumento. ¿Qué quiere decir, en este caso, “monumento”? Un monumento, como un museo, suele ser un homenaje que el presente le realiza al pasado; pero también podríamos afirmar que, de no operarse sobre ese objeto/espacio en los múltiples presentes en los que estará, comenzará a formar parte del pasado. Operar sobre él sig-

más allá del día de la inauguración. Y es aquí, en esta reactualización, donde el arte, las performances, las intervenciones urbanas, tienen mucho para hacer.

Este ejemplo puede trasladarse al teatro, un hecho vivo que se produce cada vez y de manera singular en un puro presente. Y por ello creemos que es tan poco interesante cuando un espectáculo, un ciclo o un fenómeno socio-artístico pretende erigirse en adalid de la memoria. Podemos creer en las ventajas del registro documental; podemos creer incluso en el valor de poner una cámara en el lugar del hecho (para registrar el hecho mismo, o las consecuencias, o el vacío que produjo; recuérdese que ésta es en parte la estrategia narrativa de *Los rubios*, película de Albertina Carri). Pero pretender poner el monumento sobre el escenario es,

en algún punto, antiteatral. Lo mismo podría decirse sobre el pretender poner la vida tal cual es sobre el escenario, ya que es una manera de poner allí la muerte misma, porque creer que hay una vida tal cual es equivale a congelarla, separarla de la línea cronológica del tiempo y erigirse en su verdadero asesino. El monumento, en este sentido, corre el peligrosísimo riesgo de convertirse en algo mortecino. Vamos con un contraejemplo a partir de lo señalado por Jean Baudrillard en *La transparencia del mal*. Sostiene en ese texto que la forma que el mal encuentra para desaparecer sin dejar de existir es mostrarse, mostrarse de forma extrema, reiterada, abusiva. Cuanto más miramos el mal menos lo vemos. Saliéndonos de una reflexión típicamente posmoderna, podríamos sostener con Antonio Gramsci o Michel Foucault que se trata de una suerte de naturalización del mal mismo; se incorpora a la dinámica de lo social. Está tan presente ese mal que acabamos por olvidarlo. Lo mismo podríamos sostener sobre lo que consideramos el bien, o las políticas del bienestar común. Las luchas por las causas justas acaban también por cristalizarse y, por lo tanto, también empiezan a ser olvidadas. Es esto cabalmente una encrucijada. Y es lo que Atom Egoyan encontró precisamente con su película. Él, como descendiente de armenios, siente que este genocidio fue borrado de la historia por diversas causas; pero encuentra que el síntoma es precisamente la ausencia de relato, que es una de las tantas for-

apropiarse de ese sistema y enunciar, volver acto la potencia lingüística, darle al yo, con referente únicamente virtual en tanto potencia, un referente real, concreto. Cuando el teatro, o el arte en general, vive la memoria únicamente como acto acaba construyendo el monumento. Traer el pasado al presente (creer que eso es posible) es una manera esencialista de pensar la historia. Es el recuerdo a vivenciar. Cuando el arte asume que esto es imposible (Daniel Veronese en *La forma que se despliega*, Albertina Carri en *Los rubios*, Luis Cano en *Los murmullos*) encontramos que la búsqueda estética se ubica del lado de la memoria como potencia, y lo que el artista asume como propio es la potencia, y es esa misma potencia la que se tematiza. En este sentido, en los últimos años del teatro argentino ha ocurrido algo muy interesante con la figura del desaparecido. En muchas obras, como veremos más adelante, no se tematiza sobre los desaparecidos; sino más bien se habla, a partir de los relatos existentes, de la memoria que hemos construido sobre el desaparecido. Son los propios relatos los que se ponen en escena y de esta forma traen, revisitando a lo más progresista de nuestra discursividad, a los desaparecidos al presente. Hacen discurso de nuestros discursos y de esa forma se pone en escena nuestro sistema ideológico.

#### Formas de pasado

Hasta ahora hemos observado el desempeño del arte en rela-



mas de olvido. Y esa ausencia de relato se debe, según él cree, a una imposibilidad por parte del pueblo armenio (y a un juego de poderes políticos internacionales e imperialistas) de simbolizarlo. Y construye así un símbolo: el Monte Ararat.

#### Potencia y Acto

Podemos entender la memoria como una potencia, algo que nos atraviesa sin alcanzar a ser, ya que cuando es se convierte en un acto vinculado al recuerdo, a lo histórico, a representaciones concretas de eso que ya no es, ni nunca más será. La potencia está fuera del tiempo, no se corresponde ni con un antes, ni con un ahora ni con un después. La potencia late, simplemente eso. El acto es. Es como la lengua misma, que permanece en potencia hasta que algún enunciador decide

ción con la memoria, desgajado del sistema social en el cual se inscribe. Pero el arte es un emergente de un sistema social y, por lo tanto, éste debe ser tenido en cuenta en el momento del análisis. Porque el arte es un tipo de discurso más que irá asumiendo diversas formas en función de los discursos que lo rodean, o más bien aparece allí lo verdaderamente interesante y revolucionario del arte. En un contexto donde las instituciones democráticas funcionan, con libertad de prensa y opinión, con una inserción activa de la universidad en su medio (en fin, un estado de derecho) el arte asumirá una forma distinta a la que puede asumir en un contexto dictatorial. Por ello, creemos que se vuelve necesario observar la forma y el contenido; pero también historizar y especializar esa manifestación artística para enten-

der también el contexto en el cual se inscribe.

El teatro, en este sentido, puede desde el nivel temático ofrecer una denuncia o producir, en cambio, una deconstrucción de algún tipo de institución, agente, código o sistema social. Al entender que la memoria es un tipo de relato preciso, debemos pensar que estamos hablando de algo vinculado con algún tipo de saber. Y, para ello, diferenciaremos entre un saber lo nuevo y un saber de nuevo.

El saber lo nuevo estaría relacionado con lo que explícitamente entendemos como novedad, noticia, aporte informativo, y se correspondería con todo aquel teatro que basó su politicidad en la denuncia, en el aporte de novedades acerca de determinado acontecimiento. El artista y su obra se encargaban de denunciar o de explicitar cuestiones que permanecían ocultas del saber común. En este sentido, podríamos ver que lo que caracteriza a este teatro es el aportar, a nivel del conocimiento, algo que por el momento estaba vedado. Es el lugar del informe y es un lugar absolutamente creativo en lo que respecta a la memoria. Este teatro construye un relato de la memoria, porque inscribe un nuevo discurso en la historia. Recordemos en este sentido a tres de nuestros más importantes dramaturgos: Eduardo Tato Pavlovsky, Roberto Tito Cossa y Griselda Gambaro. Cada uno de ellos, en un momento muy importante para la historia nacional, hizo distintos aportes a la memoria colectiva, por-

ñas de Pavlovsky, *El campo de Gambaro* y *La nona* y *No hay que llorar* de Cossa. Sobre estas dos últimas, basta con recordar la opinión que tenía el gran Osvaldo Soriano y que plasmó en forma de prólogo al primer tomo de las obras completas de Tito Cossa: "*La Nona* es una comedia grotesca, siniestra, regocijante, en la que una familia de porteños desesperados pero piolas, enfrenta, simbólicamente, a una omnipresente y devoradora *mamma* centenaria que terminará por canibalizar a sus hijos. Es una historia impiadosa, terrible, sin personajes rescatables ni mensaje de esperanza. Cossa desnuda la crueldad argentina, en pleno auge de una dictadura militar devastadora, llamada y luego tolerada por la mayoría del país. Las carcajadas que provoca esta nueva manera de concebir el grotesco no pueden ocultar el amargo sabor de la derrota". Soriano termina diciendo que en "*No hay que llorar* se muestra que los nobles sentimientos suelen ocultar una avidez destructora que hará trizas a una familia (¿la argentina?) hipócrita y voraz".

Pero felizmente la realidad ha cambiado. Y este espacio de la información, que supo muy bien ocupar el arte y que le costó la vida y el exilio a infinidad de creadores, hoy es ocupado por medios mucho más potentes como la televisión, la radio o los medios gráficos hasta incluir aquí a internet. En este sentido, el teatro pierde relevancia, porque su capacidad de denuncia sobre lo real es, en términos de impacto,



que supo llevar a la escena (teatral y de allí a la social) discursos que claramente no podían circular de forma explícita. Para ello, apelaron a distintas figuras retóricas tales como la metáfora o la metonimia o directamente a un discurso de tipo alegórico. Veamos un ejemplo muy simple: la familia. Los tres autores, a su modo y en diversos momentos, supieron mostrar a la familia como integrante de una micropolítica más cercana a ciertas formas fascistas que democráticas. Estudiaron con su teatro la modelación del individuo y las formas autoritarias a las que se ve expuesto desde su más temprana infancia. O, directamente, reubicaron el mal. Lo sacaron de un afuera para instalarlo plenamente en el adentro, en el interior de una casa, en el corazón de una familia. Ejemplos de este tipo de teatro hay muchos. Recordemos *Telara-*

muy pobre. En este nuevo contexto el teatro pierde una dimensión que existe desde su mismo nacimiento, en el mundo clásico griego. Pensar que una obra teatral hoy pueda llegar a conmocionar la opinión pública es sobrevalorar el poder empírico del teatro. Esa conmoción hoy es producida desde la pantalla de la televisión. Es la técnica la que alcanza ese poder de difusión masiva, que el teatro, por más masivo que resulte, no alcanzará a tener por su carácter artesanal. Por ello, y de manera casi natural, el arte escénico se aleja de esta zona, y esto en parte lleva a la falsa creencia de que desaparece este tipo de teatro: el teatro político. Sin observar que, en realidad hubo, una mutación formal. Ocupa en estos años el lugar que los medios no ocupan, que es el del análisis minucioso, la reflexión estructural, etc. Por eso pre-

ferimos pensar que hoy el teatro se ubica en una zona deconstruiva de los mecanismos de lo social. Deconstruye una institución como la familia, o revé la historia desde parámetros distintos. Por eso es que decimos que este saber nuevo consiste fundamentalmente en mirar de nuevo, lo cual significa descubrir en el objeto-sujeto-acto analizado algo que antes no se veía, y no necesariamente introducir un nuevo objeto-sujeto-acto a tener en cuenta en la dinámica social. No va a ocuparse, a modo de ejemplo, de denunciar la existencia o el verdadero número de víctimas que deja una guerra, sino el mecanismo de poder inherente a la guerra. Retomando en alguna medida lo previo, podríamos metaforizar esto sosteniendo que aquel teatro que dice lo nuevo es el que corre el riesgo de devenir en monumento; mientras que el teatro que dice de nuevo, que hace rever su objeto de análisis desde parámetros diferentes, lo que hace es tomar el cincel, y ver qué hay detrás, dentro, delante del monumento. De esta forma lo vemos nuevamente, discutimos sobre él, porque dejó de identificarse con los árboles que ventilan la plaza, y empezó a ser un objeto nuevo, sin ser él específicamente nuevo. Luis Cano en *Los murmullos* revisa la figura del desaparecido y de los H.I.J.O.S., pero despojándolos de su aura heroica, buscando al ser humano que hay detrás de esas figuras. Escribe frases que surgen escénicamente de la boca de Rosario, hija de un desaparecido, y que vienen claramente a moles-

dolo en el agua. El joven desde lejos nunca denominado “desaparecido” es construido desde allí a partir de diferentes indicios. El más fuerte, sin lugar a dudas, es que cuando habla se escuchan gotas de agua que caen. Este caer de las gotas se va intensificando hasta que se convierten en un chorro de agua que acaba por silenciarlo.

Esta operatoria es, en algún punto, similar a ciertos procedimientos llevados a cabo por Eduardo Pavlovsky en algunas de sus obras. Este dramaturgo y actor argentino, a la vez que psicoanalista, pensó la humanidad del torturador y la sistematicidad de la tortura. En *El señor Galíndez* nos encontramos con que la tortura se enseña en formato de libro a la vez que se nos muestra que los torturadores también son personas que tienen capacidad de amor.

Desde una lectura simplificada se podría decir que Cano habla mal de los desaparecidos mientras que Pavlovsky habla bien de los torturadores. Nada más lejos de la realidad que eso. Lo que ambos hacen, en momentos históricos diferentes, es deconstruir las figuras del torturador y del desaparecido. Pavlovsky le devolvió la humanidad a los monstruos con la finalidad política de pensarlos como vulnerables, Cano, en cambio, realiza la misma operación pero con los desaparecidos. ¿Para qué? Para que no sean héroes. No porque no lo sean, sino más bien para que hoy nosotros veamos que estos seres que dieron la vida por sus ideas no eran tan diferentes



tarnos al provocar. Cuando Rosario, desgarrada, acusa a su padre de ambicioso por buscar medallas (padre, tremendo ambicioso, no te bastaban un par de medallas) no nos está diciendo nada perjudicial sobre el desaparecido, sólo intenta pensarlo desde un lugar humano. Y, fundamentalmente, a la hija. Lo que Cano pretende reinstalar en la escena es la humanidad de las madres, de las abuelas y de los hijos. Rosario es una hija no un “H.I.J.O.S.”. Intenta restituírle con teatralidad algo que los medios masivos le han quitado a los H.I.J.O.S.: la humanidad. Rosario no odia a su padre, lo ama y se siente abandonada (no ella, la adulta, sino la niña que la constituye) y reacciona así simplemente porque lo necesitó. Marcelo Bertuccio en *Señora*, esposa, niña y joven desde lejos piensa el lugar del desaparecido pero ubicán-

a nosotros. Eran humanos, como nosotros. Y tuvieron miedo, como podemos llegar a tener nosotros. Pero que ellos pudieron vivir de acuerdo a sus ideas, y de esa forma construir un nuevo sintagma: si ellos son parecidos a mí, tal vez, yo también podría actuar como ellos.

¿De qué se trata, en definitiva, todo esto? De formas diferentes de representar el pasado, sin olvidar que ese pasado tan sólo existe en el presente bajo la forma viva de la interpretación, que nunca podrá ser ahistórica sino más bien estará anclada en un tiempo único, que es este instante en el cual el actor actúa, el escritor escribe, el cineasta filma y el crítico habla. Formas de representación de la memoria ancladas en un presente con el objetivo de sobrevivir en el futuro.

Narrativa argentina y dictadura

# Todos nuestros ayeres

Producción Juan Bautista Duizeide

¿Qué imágenes del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional y sus actores sociales, políticos, militares, económicos, culturales, ha ido construyendo la ficción a lo largo de treinta años? Testimonios y textos de María Laura Fernández Berro, Guillermo Saccomanno, Martín Malharro, Mario Goloboff, Carlos Gamerro, Héctor Tizón, Antonio Dal Masetto y Mariano García Izquierdo.



*Historia es lo que nos sobra.*  
El secreto y las voces, *Carlos Gamerro*

¿Qué es la literatura? ¿Para qué sirve? Dos preguntas repetidas desde que la literatura se independizó de la religión, de la historia, de la política, para adquirir una autonomía relativa, más allá de funciones cultuales, referenciales, propagandísticas, no eliminadas sino superadas, es decir incluidas de otra manera en su práctica. Toda respuesta a esas preguntas es comprometedoras. Implica una estética y una ética. Cuando a inicios de la década del setenta un muy francés, muy cartesiano, muy estructuralista, muy semiótico y muy ingenuo profesor le preguntó a Jorge Luis Borges para qué sirve la poesía, el maestro anciano, entre indignado y burlón, le contestó con una andanada de preguntas: ¿Para qué sirve el olor del café? ¿Para qué sirve el otoño? ¿Para qué sirven los crepúsculos? ¿Para qué sirve el mar? Y así sucesivamente.

Adolfo Bioy Casares -ambiguo amigo del cuentista y poeta ciego que jamás erraba al blanco de la ironía-, en sus diarios publicados en 2001 con el título *Descanso de caminantes*, escribió acerca de una joven que lo había entrevistado: Encuentro con la estudiosa. Muy inteligente, pero irremediabilmente extraviada por críticos y profesores. Esta gente no sabe cómo se escribe e interpretan como si vinieran de otro mundo y dijeran: “Un hombre y una mujer, escondidos, entran alborozados en un cuartito, ahí él la moja un poco a ella y salen muy contentos”.

¿Cómo juzgar tales intervenciones? ¿Sólo una defensa feroz por parte de dos conservadores? (Borges tuvo una relación más rica, por lo contradictoria, con el arte y la literatura de su época; a Bioy Casares, todas las grandes búsquedas estéticas del siglo XX le pasaron a un costado sin dejar traza). ¿No estamos más que ante la búsqueda —retóricamente muy aguda, por cierto— de una extraterritorialidad, de un refugio en lo inefable, en un oficio con mucho de elitista y de sagrado, inexpugnable a la razón? ¿De nuevo la Torre de marfil?

Acercan pistas otras anotaciones de un diario, el del crítico izquierdista (e izquierdista crítico) Elio Vittorini, una figura central de la época neorrealista, narrador, traductor, editor y militante antifascista. En una carta incluida en su *Diario en público*, escribió: Tanto la Inglaterra victoriana como la Francia del Segundo Imperio pretendían que el arte sirviese para inculcar, directa o indirectamente, los principios de la moral dominante. Diciendo el arte por el arte, la cultura defendía la propia libertad de expresar nuevas exigencias de la vida. Y Swinburne o Baudelaire, Flaubert o Thomas Hardy, y el mismo Oscar Wilde, tuvieron una función progresista. Abrieron un pasaje en el conformismo, abrieron la mente para que recibiera enseñanzas nuevas. Así su lección no fue que el arte no deba enseñar; fue que debe enseñar más allá de los límites impuestos por la sociedad constituida.

Precisamente el citado Charles Baudelaire un padre y (anti) héroe de la modernidad, para quien el literato es el enemigo

del mundo- señaló, a mediados del siglo XIX, que es un pobre escritor aquel que no tenga un crítico adentro. Hace ya mucho tiempo que debe enunciarse una verdad complementaria a aquella: pobre el crítico que no tenga un escritor adentro. Porque sufre una carencia que limita sus capacidades de comprensión y de expresión, y cuando el devenir estético o las circunstancias sociales y políticas apremian, esa carencia hace crisis. A tal punto impide leer, que se convierte en llana verdad el aforismo -algo apodíctico- de Ricardo Piglia, según el cual la especialidad de los críticos es equivocarse. Quizás porque no se trata principalmente de reconocer la presencia de lo anterior en lo nuevo y acomodarlo a ciertas categorías conocidas, sino de encontrar lo nuevo aunque venga rodeado y hasta permeado por lo viejo, y de volver a leer como nuevos, a la luz de otro tiempo, los viejos textos. A propósito de eso, el sociólogo y filósofo Horacio González ha deslizado un comentario socarrón: “Lo que pasa es que en Argentina no hay relectura, hay encuadernación”. El armado de un corpus narrativo en relación con la última dictadura, suele verse particularmente afectado. Se suelen elegir -con inconciencia o con malicia- los textos que permitan sustentar cierta tesis; se suelen repetir esos textos sin atender a nuevas producciones y se suelen afirmar las mismas cosas respecto a los mismos textos en una práctica de lectura cristalizada como la que señala González; se suele anteponer una teoría literaria, como si se tratara de una grilla por la cual asomarse a una obra, a los textos mismos, en lugar de atender de manera abierta a su singularidad. A estos problemas, que podría catalogarse de metodológicos, hay otro que el mismo corpus plantea: ¿cómo establecer qué textos son pertinentes, cuando se quiere establecer la serie literatura del Proceso? No basta con el referente para situar la divisoria. Los ejemplos sobran: *Fuegia* (1991), de Eduardo Belgrano Rawson, narra el exterminio de una tribu indígena de Tierra del Fuego, pero ¿cómo no vincular ese genocidio con el de los años '70? *El desierto y su semilla* (1998), de Jorge Barón Biza, narra los viajes durante la década del '60 de una mujer que trata de recuperar/reconstruir/sanar su cara, destruida por el ácido que le arrojó un marido celoso. Pero ¿cómo no leer en esa violencia y en ese exilio la semilla de otras violencias y exilios? ¿Cómo no asociar la carne corroída de esa cara con los avatares de la carne en la tortura? Tampoco la serie de novelas de Andrés Rivera que tienen como personajes a los revolucionarios de mayo enrolados en la línea jacobina, aborda directamente el Proceso. Pero es imposible no cuestionarse a través de su lectura la actuación de los militantes revolucionarios del siglo XX.

¿Cuál es la literatura del Proceso? ¿Para qué sirve? Para que las respuestas a esas preguntas sean fructíferas y operantes, conviene atender a ciertos tiempos y ciertos modos que son propios de la literatura y por los cuales la literatura, pese a las determinaciones de su contexto de producción, puede constituirse en una práctica de libertad y de resistencia a los mandatos sociales.

## Tiempos

Con la transición democrática que sobrevino al retirarse los militares tras la debacle en la guerra de Malvinas, muchos editores, críticos y lectores imaginaron que se vendría una ola de novelas y relatos de nuevos autores referidos a la dictadura. Sin embargo, no sucedió tal cosa. Las ficciones que abordaron el tema se debieron en su mayoría a escritores ya veteranos. En el silencio de los más jóvenes, o en su orientación hacia una literatura exclusivamente centrada en cierto trabajo con el lenguaje en torno a personajes y espacios urbanos decididamente actuales, más que desinterés debería leerse, quizás, una de las tantas huellas del terror.

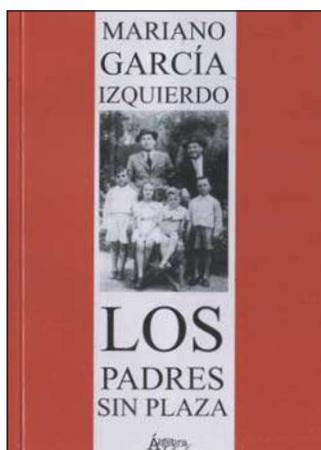
Los libros que desde 1983 vinieron dando cuenta del terrorismo de Estado fueron sobre todo obras de investigación periodística. Fueron asimismo los que se hicieron cargo de la realidad durante los gobiernos de Raúl Alfonsín, Carlos Saúl Menem, Fernando De la Rúa y Eduardo Duhalde. El periodista Martín Malharro —titular de la cátedra de Gráfica III en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, autor de *La tipografía de plomo, acerca del periodismo durante el Proceso*— intenta una explicación: “El Juicio a las juntas militares abrió la puerta al horno del espanto para que nos pudiéramos asomar y ver lo sucedido, el periodismo comenzó a desmenuzarse parte por parte, personaje por personaje, y no ha dejado en todos estos años de investigar y bucear en el periodo 1976-1983. Los historiadores no trabajan sobre la historia en caliente, solamente lo hacen los periodistas. El escamoteo de la verdad, el ocultamiento de

lo sucedido y el manto de mentiras y complicidades crean una suerte de agujero negro alrededor de determinados sucesos, y eso es un reto. Walsh en esto fue claro y con Operación Masacre y ¿Quién mató a Rosendo? marcó el camino. Es notable que a un represor del fuste de Cavallo, actualmente detenido en España, lo denunciara un periodista que logró encontrarlo gracias a una investigación exhaustiva”.

Sucede que las temporalidades de la literatura son relativamente autónomas. La producción narrativa no guarda una sincronía exacta con los sucesos del devenir político e histórico. A veces se dan casos como el de Fogwill con la novela *Los pichyciegos* —una especie de picaresca o de épica baja de la guerra de Malvinas— escrita en unas poquísimas jornadas de junio de 1982. Lo más corriente es que sea necesario cierto transcurso, cierta decantación de los temas en la sociedad para que se conviertan en materia prima de la narrativa. Incluso hay casos extremos como sucedió en España con Pérez Galdós y su novela *Trafalgar*. Mientras que la batalla en la cual la flota del Almirante Nelson diezmó a la flota combinada franco-española —y con eso liquidó definitivamente el poderío marítimo de España—, tuvo lugar en octubre de 1805, el libro que oportunamente inicia la serie de novelas realistas en castellano bautizada como *Episodios Nacionales*, lleva como fecha de su primera publicación 1873.

## Modos

Cuando en 1996 se publicó la novela *El fin de la historia*, de Liliana Heker, se encendió una larga discusión de la cual parti-



## Mariano García Izquierdo

# Documentos señor

Las miradas se cruzan con fuerza a través del espejo retrovisor. Por encima del hombro también —y con desprecio— el oficial le devuelve el documento. Si no viaja a la isla no se quede aquí, le ordena con tono

amenazante y de perdonavidas. Las miradas se tensan todavía más, hasta que lo bajan del jeep y vuelve al auto. Arranca violentamente, marcha atrás para encontrar la salida, para alejarse lo antes posible.

Algunos perros y el silencio. El silencio instalado ahora también en su mente que ha dejado de parlotearle. Mudo de terror hasta en las ideas, sólo sabe apretar el

acelerador para huir. Pero es arduo, interminable el recorrido por ese paisaje de callada miseria. Por suerte, y para aliviarlo, ella —Ulana o Marcela— está otra vez a su lado. Y le pregunta si conoce ese lugar que nunca termina. La desesperación ha multiplicado las cuadras de una calle que reaparece tan efervescente como antes, recorrida por obreros de los frigoríficos. Cosmopolita y sin descanso. “Allí siempre es de día. No hay noches. Ni las camas descansan”, le había dicho el viejo Marcelini. Y vuelve a sentir que la policía montada da sablazos en su espalda y las de sus compañeros de la universidad. Y como siempre, no puede escapar.

*(fragmento del relato “La lengua del diablo”, incluido en el libro Los padres sin plaza, ediciones Algebra y fuego, 2005).*

ciparon cantidad de críticos, escritores, lectores y hasta personajes de la política. Lo que se ponía en cuestión no era la calidad literaria de esa novela, sino que su protagonista —Leonora Ordaz— fuera una quebrada, que tras llegar a ser una dirigente monotonera de importancia, al ser secuestrada y torturada cayera en la colaboración con el enemigo y, finalmente, se enamorase de uno de sus captores. Habiendo tantos militantes que se mantuvieron dignos ante la tortura, y no dieron información ni se pasaron de bando, ni marcaron gente, ¿por qué ocuparse de un personaje así?, es la pregunta que sintetiza gran parte de las objeciones al libro de Heker. Zdanov, el teórico del realismo socialista (y no sólo teórico, sino también feroz inquisidor) no la habría formulado más claramente.

Pero la narrativa no se plantea como meta presentar a sus lectores (a la sociedad) la existencia sin mácula de héroes positivos. La narrativa, a diferencia de los textos pedagógicos, tiene más de exploración que de reconocimiento. Y se permite, incluso, la deriva, el extravío, el naufragio. Notables son tal sentido la novela *Fuego a discreción* (1983), de Antonio Dal Masetto, y *Prontuario* (1993), de David Viñas. La primera narra las idas y vueltas de un personaje que ha perdido trabajo, casa y mujer, por una ciudad dominada por un calor ominoso que resulta una metáfora potentísima de la dictadura. En la segunda —la Respiración artificial de David Viñas?— la deriva no es sólo espacial, sino que integradas en una estructura intrincada y eficaz, dialogan y se complementan idas y venidas por el tiempo, la historia, el debate cultural y el sexo. Ni el narrador protagonista de Dal Masetto ni el de Viñas —Ramón J. Cayr6, alter ego y seudónimo— son precisamente héroes, pero en su densidad, en su complejidad, pueden leerse mejor las tensiones y miserias de un hombre durante la dictadura.

De la narrativa se puede aprender (y aprehender) historia, sociología, antropología, economía o psicología, pero siempre y cuando se admitan las especiales imágenes que ese espejo —según la metáfora de Flaubert— arroja a quienes miran y se miran en él.

### Personas

A diferencia de lo que ocurre con la filosofía o con las ciencias, a la narrativa le interesan, por sobre todo, los casos particulares. Y de referirse a la totalidad que sea —una clase social, una profesión, una nacionalidad— apela casi siempre al recurso de dar el todo por la parte. Uno de los tantos logros de la novela de Carlos Gamerro *El secreto y las voces* (2002), es poder referirse a la vez a tres de los núcleos más violentos de la dictadura: el poder económico, las desapariciones y la guerra de Malvinas.

El protagonista de su novela es el mismo de *Las islas* (1998). Se dirige al pueblo donde pasaba las vacaciones para emprender una investigación que se convertirá en libro o documental. El objeto de ella es el único desaparecido del pueblo. Otro no héroe. Pícaro, estafador, don Juan que por mojarle la oreja al estanciero más poderoso de la zona, termina siendo víctima de

una represalia que es todo un signo de época. Quien lo hace desaparecer es el comisario del pueblo, con la colaboración o el silencio de quienes día a día trataban al secuestrado.

Ricardo Piglia sostiene que existen sólo dos situaciones narrativas básicas: contar una investigación o contar un viaje. El narrador estaría siempre, entonces, en el lugar de Edipo o en el de Odiseo. En *El secreto y las voces*, se narran a la vez viaje e investigación. Pero el viaje es en múltiples direcciones. Incluso en el tiempo. Y la investigación también es una auto investigación del protagonista. Lo que investiga es una especie de muerte anunciada, y su relato —una crónica de esa investigación— tiene en su estructura algo de *El ciudadano* de Orson Welles, con múltiples voces que concurren en pos de la fugitiva semblanza de un ausente. Y también hay algo del Walsh de los relatos *Fotos y Cartas*, en general no considerados por los críticos como lo central de su obra, pero que constituyen una especie de novela condensada del interior bonaerense, con una gran riqueza de personajes, situaciones y voces.

El viajero-investigador-protagonista, constata que es una falacia aquello de una comunidad sorprendida por el accionar de los militares, descubre la trama de complicidades, incluso la de sus propios parientes, y se convierte en alguien molesto: En un pueblo muerto, los vivos no hacen más que molestar. Constata, por último, que él es el hijo del desaparecido. Además de la tensión narrativa permanente y de un trabajo de registros y ajustes entre voces y testimonios que es impecable, la novela tiene grandes cualidades visuales y cinéticas. En muchas secuencias de un gran potencial cinematográfico, se nota la mano de alguien que ha trabajado en guiones. Por ejemplo, cuando en un momento el preso logra escapar momentáneamente de sus captores, en su huida atraviesa el escenario de una fiesta regional en la que esperan que cante Sandro, lo confunden con él y lo ovacionan.

### Imperativos

Menos obediente a las necesidades planteadas por cada coyuntura, la narrativa no se plegó a los mandatos de época como sí lo hicieron en su mayor parte el periodismo, la investigación histórica, las memorias oficiales e incluso las que duramente se fueron construyendo desde la lucha por los derechos humanos. La literatura cuenta a su favor con que no debe trabajar con lo posible, sino que puede darse el lujo de lo imposible. La literatura no tiene por qué pensar(se) en términos de conveniencia o de corrección política. Por su falta de táctica y de diplomacia, a veces, puede resultar inoportuna o hasta hiriente. Puede convertirse en algo molesto, en eso que por estar insoportablemente vivo, resulta molesto. Pero por eso mismo puede iluminar otras zonas, llegar más hondo y perdurar en el tiempo, enriqueciéndose con nuevas lecturas y significados, más allá de sus muy concretas y determinantes (si bien de manera oblicua) condiciones de producción. No por nada Federico Engels aconsejaba leer al capitalismo y a su clase rectora, la burguesía, en las novelas de Honoré de Balzac

que integran el ciclo de la *Comedia Humana*.

Fiel a sí misma, sin pedir permiso, a campo traviesa o brotando por grietas, la literatura siempre está intentando preguntarse más allá de los discursos sociales, por más que venga de ellos y navegue en su flujo. Acaso se trate de ese "laboratorio de la vida" al que se ha referido Ricardo Piglia, ese territorio virtual en donde podemos aprender a vi-

vir siempre y cuando admitamos el pacto: aunque podemos vincularla con la lingüística, con la semiótica, con el psicoanálisis, con el marxismo, no es una mera glosa, una ilustración, un bello ejemplo, y aunque juegue con ellas, no es política ni religión ni filosofía ni historia. Es todo eso y más. Es literatura.

Y la literatura, siempre, dice otra cosa.

**María Laura Fernández Berro**

## “Quise contar lo que fue nuestro sótano”

Era el año 2003. Realizaba una pasantía por el Museo y Archivo Dardo Rocha. Una vez al mes, debía asistir a las reuniones en las que representantes de todos los museos de la ciudad de La Plata intercambiábamos información, compartíamos preocupaciones y proyectos. Recorrí más de treinta museos en un mes. A razón de uno por día. No sabía que existieran tantos en nuestra ciudad. Y como trabajaba en un museo-casa, quise conocer el museo-casa Teruggi-Mariani.

Era agosto. Era un sábado por la tarde. Me acerqué despacio a la casa de 30 entre 56 y 57. Hacía frío. Me recibió una chica muy

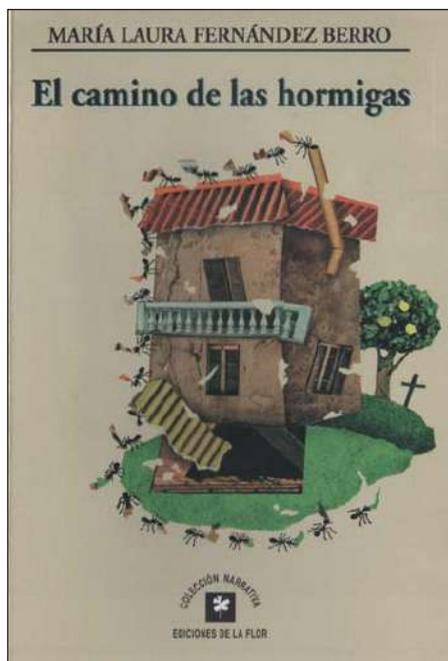
joven y me preguntó quién era y si quería hacer una visita guiada. Entonces le conté. Le conté que era escritora. Que había terminado de escribir una novela, *El camino de las hormigas*.

-¿De qué trata tu novela?,-quiso saber.

-De una nena diferente que cuenta lo que ocurre en una casa blanca. Una casa parecida a ésta, -me di cuenta.

-¿Y qué más?

-Es una casa chorizo. El baño está en el patio. Y en el patio hay un limonero donde enterraron al papá de la nena. Después viene el sótano donde el general Camps y Monseñor Plaza torturan al tío. Porque en esa casa blanca todo está roto: los vínculos, las paredes, el diálogo. En el fondo, me parece, yo quise contar lo que fue



nuestro sótano, el sótano oscuro que fue nuestro país.

Mi guía me miró fijo y me preguntó si ya otra vez había visitado ese museo-casa. Me miró raro, como quien cree estar escuchando anticipadamente lo que tiene que contar.

-No -le contesté.

Y me llevó por esa casa blanca. Casa-chorizo. El baño en el patio. El limonero en el patio. La mano de Diana Teruggi enterrada en el limonero del patio. Camps que da la orden de matar a Diana y se lleva a Anahí...

Tuve que apoyarme en la pared que oculta la imprenta clandestina. No pude seguir escuchando. Lloré despacio, mientras co-

rrresponsales de un canal alemán filmaban el lugar. La tarde se enfrió de golpe y yo me acordé de mi visita a Dachau. De esa idéntica sensación de no poder seguir caminando cuando llegué a los crematorios. Lloré y deseé que mi novela fuera nada más que ficción. Que la casa desapareciera. Que no estuvieran ni el patio ni el limonero ni la sombra siniestra de Camps ni la ausencia de Anahí.

Por eso le dediqué la novela *El camino de las hormigas* a ella. Donde esté, tiene que saber. Ojalá *El camino de las hormigas* llegara a Anahí en forma de mensaje y ayudara a devolverla a la vida de todos. Ojalá esta novela cumpla la función de contar y develar lo que fue nuestro sótano. Ojalá.

Mario Goloboff

# “Querer decir lo indecible”

Es autor de las novelas *Caballos por el fondo de los ojos*, *Criador de palomas*, *La luna que cae* y *El soñador de Smith*. Vivió durante dos décadas en Francia, donde enseñó literatura en diversas universidades. Actualmente es titular de la Cátedra de Literatura Argentina en la Universidad Nacional de La Plata. Ha publicado estudios críticos sobre Arlt, Cortázar y Borges y su libro más reciente es el volumen de cuentos *La pasión según San Martín* (2005).

**-¿Cuál considerás que es el aporte de tu narrativa para ahondar las memorias de la dictadura y a su comprensión?**

-Si bien toda mi literatura es altamente política y establece permanentes contactos con la realidad, yo, por una tendencia, por un gusto natural, tiendo a alejarme (en el arte y en la literatura, se entiende) de la denuncia, de la palabra estentórea, del grito, de lo directo y lo frontal. Prefiero reservar esas modalidades para otros discursos y otras reacciones sociales, que a veces son más necesarias y más pertinentes. En literatura, prefiero la alusión, los modos indirectos, la sugestión, en fin, la poetización; que el lector vaya desentrañando tramas, sucesos y, sobre todo, sentidos; no darle las cosas digeridas de antemano. Me parece que todo ello carga a la obra literaria de mayor peso y fuerza, y le hace cumplir mejores funciones que las de la copia de otras manifestaciones y discursos. Creo que ése es el lugar de la obra de arte y el de la literatura: tocar la realidad, pero desde otros ángulos. Acaso por eso, mis textos son cortos, trabajo poco con lo dicho, y mucho con lo sugerido y también con el silencio: creo que, en la obra literaria, aquél no es la ausencia de palabras; como en la música, el silencio es un elemento más que, bien jugado, puede transmitir más sentidos que la palabra misma.

**-¿Cuál es para vos el aporte de la narrativa argentina a la imagen que la sociedad tiene de aquellos años?**

-Sigo pensando que la gran novela del período es la de Ricardo Piglia, *Respiración artificial*, que trató sobre la dictadura, en lenguaje cifrado, pero muy claro para los lectores conscientes. Y si bien hablamos de narrativa, considero que no pueden omitirse algunos poetas como Juan Gelman, y algunas voces femeninas, sobre todo Diana Bellesi, Tununa Mercado, Laura Klein. No se trata de repetir lo que todo el mundo conoce sino de hacer comprender y de hacer sentir (si se puede) algo que nunca se sintió. Si no, ¿para qué el arte y la literatura?

En el sentido que vengo desarrollando, lo escrito hasta ahora en torno a la dictadura no me parece que constituya un aporte muy rico. Cuantitativamente, puede considerarse abundante; cualitativamente, no sé, me parece que aún nos falta mucho. De todos modos, tampoco la relación es tan mecánica como para que hubiera tenido que pasar necesariamente lo contrario: los pueblos tardan décadas en asimilar y en comprender fenómenos de tal magnitud (a veces, no los comprenden nunca), y en producir obras de arte de la misma dimensión.

Algunos procesos históricos son indescriptibles e inenarrables; no hay lenguaje capaz de dar cuenta de ellos. Acaso sólo el de la música pueda aproximarse con intensidad. El escritor consciente se encuentra ante el drama (y casi la imposibilidad) de querer decir lo indecible. Y debe buscar caminos diferentes, oblicuos, indirectos. Quizás una novela de aparición muy reciente, *El camino de las hormigas* –para jugar con el propio título– sea uno de esos caminos. La novela de María Laura Fernández Berro no cae nunca en la procacidad, no pierde el pudor y es, sin embargo, un testimonio liviano y, a la vez, sombrío de lo que nos tocó vivir. Una sorprendente primera novela, contada como una fábula, en la que es difícil separar la representación de lo cotidiano de lo fantástico. Mezcla de cuento infantil, novela de iniciación o de aprendizaje, relato cínico y melancólico, con un lenguaje poético y a la vez bárbaro.

**-¿Dónde estabas cuando el Golpe de 1976? ¿Qué recordás?**

-Hacia tres años que estaba en Toulouse, Francia, trabajando en la universidad y enseñando Literatura y Civilizaciones Hispanoamericanas y Literatura Argentina. Me había ido voluntariamente, un poco por lo enrarecido que estaba el clima en el país, otro poco por deseos de hacer una corta experiencia europea y de poder dedicar todo mi tiempo a la literatura. Me fui, naturalmente, pensando volver pronto, pero después vino todo lo que vino y ya no pude regresar hasta el '83. Lo que más recuerdo son los esfuerzos que tenía que hacer para explicar a estudiantes y a colegas que, a pesar de todo, la nuestra era una sociedad civilizada, predominantemente democrática, pluricultural e integrada, humanista, y que todo aquello era pasajero, un mal del que terminaríamos por curar. Un esfuerzo casi sobrehumano ¿no? Pero nada comparable con lo que debieron soportar los que se quedaron aquí.

# “Las novelas pueden ser como bombas de tiempo”

Ha publicado las novelas *Roberto y Eva* (1989), *El buen dolor* (2000), *La lengua del malón* (2003) y *El amor argentino* (2004). Dirige un taller de narrativa y es colaborador habitual del matutino *Página/12*.

**-¿Qué relaciones percibe entre la narrativa argentina y la dictadura iniciada en 1976?**

-Es inevitable que la narrativa argentina presente las marcas de la última dictadura, porque es siempre inevitable que toda literatura refleje de alguna manera, indirecta, mediada, no necesariamente explícita, su contexto de producción. Lo sucedido por aquellos años nos plantea una serie interminable de preguntas. La polémica todavía se mantiene viva y nuevos matices van actualizándolo y complejizándola. Por ejemplo, ahora, todo el debate que se dio en torno a la violencia, al mandato —de raigambre judeo-cristiana— no matarás. Sobre todo a partir del escrito de Oscar Del Barco acerca del Ejército Guerrillero del Pueblo y los fusilamientos que llevó a cabo entre sus propias filas. La obra de Osvaldo Soriano, vituperada por alguna crítica y ninguneada por la academia, ilumina de manera especial los años de la dictadura. No directamente el tema de los secuestros o las desapariciones, pero sí da cuenta de cómo se vivía por aquellos años. Las novelas *No habrá más penas ni olvidos* y *Cuarteles de invierno* son en tal sentido textos claves para entender lo que pasó, para entender lo que nos pasó. Como lo es el libro de no-ficción de Miguel Bonasso, *Recuerdo de la muerte*. Pero los efectos de la violencia dictatorial no se leen solamente en aquellos textos que abordan el tema explícitamente, sino que atraviesan todas las escrituras, aun las que intentan eludir el tema, esto es inevitable. La dictadura está en Belgrano Rawson aunque no hable de ella y está en Andrés Rivera aunque escriba sobre Castelli o sobre Rosas. Y así hasta llegar a Fabián Casas. Y en el caso de Antonio Dal Massetto, más interesante que su novela *Dos tipos abajo* —que transcurre durante la final del mundial '78 y es más directa— me parece Fuego a discreción, más velada, más alusiva, más ambigua, pero también más potente.

**-¿Cuáles pueden ser los aportes de la literatura para la**

**comprensión del período?**

-La literatura es, por sobre todo, una herramienta que nos permite ver de otras maneras la realidad. Digo ver de otras maneras y no enterarse, porque había que ser necio para no darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. No podemos pedirle a la literatura lo que la literatura no puede dar. La función de un texto es acotada. Un libro no cambia la historia. A lo sumo cambia la percepción de algunos actores sociales. Pero no es poco eso. Con eso se abre un espacio de libertad. Además las novelas pueden ser como bombas de tiempo, estallar en significados nuevos mucho después de haber sido escritas.

**-¿Es consciente de la existencia de marcas de la dictadura en su propia práctica literaria?**

-Esa violencia es algo que recorre subterráneamente lo que escribo. Tal vez sea algo inevitable por la existencia de un tejido social, y de un lenguaje, que han sido castrados. Pero hay zonas negadas, zonas que yo no me animo a contar. Como la tortura. Y no porque no me crea con el oficio necesario, sino porque me parecería una impostación en mí. En eso, el testimonio le gana a la literatura. A la literatura no se le puede pedir todo. Pero sí apertura, comprensión más allá de los discursos circulantes y placer.

Ahora estoy escribiendo una novela, en la cual reaparece el profesor Gómez de *La lengua del malón* y *El amor argentino*, que transcurre durante la dictadura. Lo que me interesa sobre todo explorar es el sector de gente que fue cómplice. Ahí, en una zona ambigua y ahora oculta como ésa, es donde la literatura saca ventajas. Hubo complicidad civil por derecha y por izquierda. La guerrilla atacaba cuarteles, porque supuestamente con eso se precipitaban las contradicciones y el desenlace del conflicto de clases, pero lo que vino, lejos de la revolución, fue el Golpe. Los partidos políticos estuvieron avalando el Golpe con Balbín a la cabeza, que refiriéndose a los paros, hablaba de guerrilla industrial. Y en un momento, creo, hubo un pueblo esperando el Golpe. No quiero con esto darle vida nueva a la teoría de los dos demonios, sino complejizar la perspectiva y discutir visiones demasiado cómodas.

# “Sigo escribiendo sobre aquella época maldita”

Es el autor —entre otras novelas— de *Las islas* (1998), *El sueño del señor juez* (2000) y *El secreto y las voces* (2002). Publicó además, junto a Pablo Salomón, la antología de guiones cinematográficos *Antes que en el cine*. Su publicación más reciente es el volumen de cuentos *El libro de los amores extraños* (2005). Ha traducido del inglés *Un mundo propio*, de Graham Greene, *La mano del teñidor*, de W.H. Auden y Enrique VIII, de William Shakespeare. Es docente en la carrera de Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires y dicta de manera particular talleres de cine y literatura, de lectura literaria en inglés y de literatura latinoamericana.

**-¿Qué aportes crees que ha hecho la narrativa argentina para contraponer a ciertas imágenes autocomplacientes y retrospectivas de la sociedad como víctima de la dictadura?**

-Hay un tema que es el de la responsabilidad civil, a veces mal llamada “culpa colectiva”, que es más apto, me parece, para ser tratado desde la literatura. Los asesinatos, los secuestros, las torturas, las desapariciones y apropiaciones de niños, son hechos documentables, que pueden y deben investigarse desde la historia, el periodismo, la justicia... En cambio con la indiferencia, anuencia o participación de los vecinos de la cuadra, ¿qué hacés? ¿Una encuesta? ¿Cuántos conocidos suyos fueron secuestrados sin que usted hiciera nada? ¿Usted... sabía o no sabía? ¿Denunció algún vecino ante las fuerzas de seguridad? Tache lo que no corresponda: Sí — NO. Y aunque pudiera establecerse la verdad, después ¿qué hacés con los responsables? ¿Los llevás a juicio? ¿La mitad del país juzga a la otra mitad? La polarización algo histérica entre el autodefensivo “nadie sabía” y el apocalíptico “todos sabían” me parece un síntoma de lo insoportable y en última instancia empíricamente indecidible que resulta la cuestión. De todos modos sería interesante que se haga una investigación o al menos se escriba un ensayo a la manera de *Los verdugos voluntarios* de Hitler de Goldhagen. Para que por lo menos se arme la polémica. Hay otro libro de tema parecido, de Raul Hilberg, que levantó menos polvareda, quizás por ser menos tendencioso y más medido: *Perpetrators, Victims, Bystanders*. El lugar de los perpetradores y de las víctimas, el de los desaparecidos y los desaparecidos, es bastante más claro,

mientras que el de los bystanders (palabra de difícil traducción, aproximadamente: el que estaba mirando y no hizo nada) es más complicado. La ambigüedad de ese lugar, la ambivalencia que provoca, es ideal para la literatura. Yo intenté trabajar el tema en *El secreto y las voces*. También Martín Kohan en *Dos veces junio*.

**-¿Qué marcas —temáticas, de lenguaje, de silencios, de influencias— percibís que ha tenido la dictadura sobre tu propia narrativa?**

-En los cuentos de *El libro de los afectos raros*, y en *Las Islas*, la necesidad de decirlo todo, a gritos, un largo alarido de más de diez años, después de arrancada la mordaza. En *El secreto y las voces*, la necesidad de asumir ese silencio, de hacerlo propio, para entender de qué estaba hecho... Y su contrapartida, la locuacidad justificatoria, autoexculpatoria, la interminable verborragia de la insinceridad y la mentira. Han pasado treinta años y sigo escribiendo sobre aquella época maldita. Ojalá fueran marcas, o cicatrices: es la materia misma de la que estoy hecho.

**-¿Hay novelas que hayan abordado la dictadura y sus diversos actores sociales y políticos que te haya marcado o admirés?**

-*Respiración artificial* me parece un modelo de cómo escribir sobre la dictadura en plena dictadura. Y las de Puig, *El beso de la mujer araña* y *Pubis angelical*. Porque Puig ha sido tan reivindicado desde el pop y la postmodernidad que se pierde un poco de vista que es uno de nuestros grandes escritores políticos. Y Saer con *Lo imborrable* y *Glosa*, claro.

**-¿Por qué apareció la guerra de Malvinas en tu narrativa?**

-Yo soy clase '62. Tendría que haber ido a Malvinas, pero estaba con prórroga y fuera del país en ese momento. Es una novela autobiográfica en negativo: de lo que podía haberme pasado, de lo que el destino me tenía marcado y me salvé por un pelito. Si tengo que ponerme una etiqueta, soy, más que de la generación de Montoneros (por un margen estrecho: cuando el Golpe tenía 14, si hubiera tenido 16, quizás hubiera sido parte de todo aquello) de la generación de Malvinas. Por otra parte, para no dar una imagen falsamente santificada de mí mismo (el deber del escritor, decir lo que todos callan, y parecidas falacias autobombísticas) sentí que tenía,

diez años después de la guerra, un material increíble, abundantísimo, casi virgen (salvo apenas *Los Psiciciegos*, que trata un aspecto muy puntual de la guerra) y me dije: es mío. Es todo mío. Estamos sentados sobre una mina de oro literaria y nadie se dio cuenta.

**-¿Cómo ha ido cambiando la imagen que construye la narrativa de los diversos actores sociales y políticos del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional?**

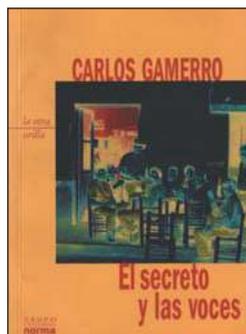
-Un ejemplo, en relación a mi novela *El secreto y las voces*, es el de la demonización mítica de las fuerzas armadas como únicas perpetradoras de la masacre, en el discurso de la época del alfonsinismo: se dejó fuera a la policía. Y esta versión parcial fue comprada por todos nosotros por una necesidad psíquica fundamental: si los responsables habían sido los militares, ahora que habían vuelto a los cuarteles, estábamos a salvo; si en cambio tomábamos conciencia de que un porcentaje enorme de los secuestros, muertes y desapariciones fueron llevados a cabo por la policía en las comisarías y jefaturas del pueblo o del barrio, ¿cómo hacíamos para vivir tranquilos al lado de las mismas comisarías, los mismos policías? Y así, los militares se retiraron a su mundito privado (salvo 3 ó 4 salidas que hicieron, de puro aburridos, pero eso sí, muy pintados) y mientras suspirábamos aliviados la policía del Proceso siguió en las calles, matando, secuestrando y torturando. Hicieron falta decenas de casos, de los cuales los de María Soledad y Cabezas fueron apenas los más sonados, para que nos diéramos cuenta que se nos había pasado algo por alto. Esta deformación del problema puede haber sido en parte orquestada (teniendo en cuenta, por ejemplo, las estrechas alianzas entre policía y gobiernos municipales, muchísimos de los cuales eran radicales). Pero lo que más me interesa no es tanto por qué se puso en circulación este cuento, sino por qué todos creímos en él durante tanto tiempo y con tantas ganas. Creo que en la ficción más reciente, no sólo en la literatura sino también en la televisión y el cine, se han explorado, por ejemplo, los vínculos obvios y directos que van de la maldita policía de la democracia a la policía del Proceso.

**-¿Dónde estabas cuando el Golpe de 1976? ¿Qué recuerdos tenés?**

Estaba del otro lado: mis compañeros de colegio eran los hijos de Levingston, de Blaquier, de Born, de Walter Klein... El clima era de justificación, de festejo... Y sin embargo, recuerdo un viaje en micro al campo de deportes, uno o dos días antes, y todos haciendo chistes: ¿Golpe? ¿Qué golpe? Y ¡pam! te pegaban un mamporro. Había un clima pesado, denso, el aire estaba espeso, lo sentías en la boca como algo que te hacían tragar a la fuerza. Sentías el Golpe que se acercaba como los animales sintieron el tsunami. Cuando el Mundial '78, recuerdo a mis compañeros y hasta a docentes protestando indignados contra los artículos antiargentinos en las revistas extranjeras que denunciaban las torturas, las desapariciones, hablaban de las Madres... Uno sólo de mis compañeros, con voz muy triste, muy apagada, repe-

tía, con la mayor sencillez: pero... si es todo verdad. Nunca voy a olvidar ese momento. Años después se suicidó. Se llamaba Roberto Ross. La dictadura era eso, muy cada tanto te pasaba por la mano un inhalador de oxígeno después de meses de respirar un gas letal. Ése es mi recuerdo más fuerte, quizás. La sensación de habitar una cámara subterránea, de respirar día y noche un aire de plomo, envenenado. Por eso el título de Piglia, *Respiración artificial*, me parece tan certero y tan adecuado a ese clima opresivo que transmite la novela en su sintaxis, en sus silencios densos, en lo que calla. Yo, lo único que quería, cuando llegaba el verano, era irme del país: dos meses, tres, cuatro, y donde fuera. No era miedo, no era una toma de postura: era, simplemente, que así, en este ambiente de silencio y muerte, la vida cotidiana no daba ganas de ser vivida.

## Pueblo chico, infierno grande



La cuchilla cae como una guillotina sobre la tabla, separando limpiamente un bife angosto del resto del costillar. Florecio Brancaloni echa una ojeada crítica al tajo y afila la hoja con varias pasadas rápidas por el hierro. Recién ahí contesta mi pregunta.

-Ezcurra era un mierda, siempre lo pensé y lo sigo pensando, y yo no soy de callarme la boca. Ahora porque pasó lo que pasó todos le tiran flores y poco falta para que quieran beatificarlo al finadito, pero en aquel momento bien que nadie levantó un dedo para salvarlo, y con razón. Le digo, y no sé qué pito toca usted en este asunto, ya me contaron que había venido un porteño a preguntar por el muertito y yo ah sí, que venga nomás, yo no tengo pelos en la lengua y le voy a decir lo que todos piensan pero no se atreven a decir: que los milicos, la policía o quien haya sido nos hicieron un favor. Se restriega las manos sobre el delantal blanco frotado de rojo ocre y con los brazos en jarra me mira desafiante a través de la cortina de chorizos, morcillas, chinchulines y cortes nalga y vacío.

(fragmento de la novela *El secreto y las voces*, editorial Norma, 2002).

# Partir y escribir



Por Héctor Tizón

Por aquellos días escribir era para mí la única forma de salvación personal. Días aciagos en que sentía –como en la oda de Horacio– que a mis espaldas cabalgaba permanentemente el negro pesar, ya que todo lo que vivía se lo arrebataba a la muerte, lo vivía a costa de ella. Todavía estaban tibias las ascuas del incendio de las naves que abandonamos.

Repaso aquel cuaderno y leo: “Martes 15 de mayo, 1979. Encontramos una casa para alquilar en las afueras de Cercedilla. Es un buen lugar, absolutamente independiente, sobre un callejón sin pavimentar, frente al campo libre, con árboles, pájaros, vacas”.

Por aquellos días nuestro pasado inmediato eran los muertos y sólo nos movilizaba el rencor y la nostalgia, que es ambigua y oscura. Algunos de nosotros no aceptamos resignarnos o esperar y antepusimos nuestra voluntad a la de los dioses o el destino. Se cree que sólo los muertos no sufren. ¿Sufrimos porque somos imperfectos? ¿Es preferible entonces estar muertos para no sufrir? Estas preguntas carecen de sentido, puesto que vida y muerte son excluyentes aunque se impliquen.

Nos consolábamos diciendo que, seguramente, al final de nuestra vida nos aguardaba una felicidad sin tiempo, que eso es seguro, como estaba dicho y escrito. Pero dicho y escrito por los que aún no habían muerto.

Nada sabíamos de verdad. A excepción del aire, la tierra y el fuego, todo es locura; Dios incluido.

Cuando empecé a escribir y la primera frase fue: “Desde que me negué a dormir entre violentos y asesinos los años pasan”, sabía que era como una despedida, un extendido, demorado adiós, no solamente a todo lo que había sido mío, sino a mí mismo como escritor, puesto que durante aquellos años sólo pude escribir aquello que era necesario para ayudar a malcomer. Por Montaigne sabía lo que

Sócrates dijo de un individuo que no había modificado su condición, a pesar de haber hecho un viaje: “Lo creo, porque se llevó consigo”. Tampoco yo lograba ser otro porque me había llevado la casa a cuestas. Quitármela de encima me costó esta novela, y empecé a estar seguro de ello cuando estuve convencido de que nada vuelve, que el regreso no existe. Ésta era la verdad, pero dolía y entristecía como toda muerte.

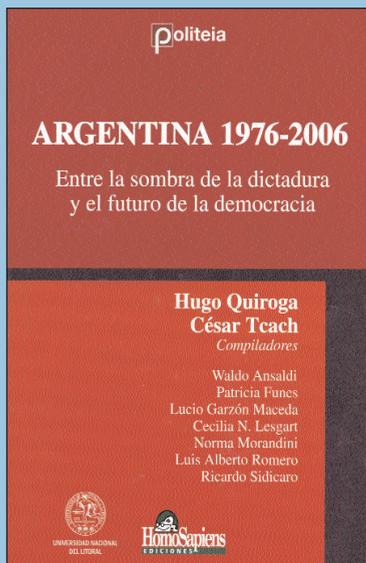
Recuerdo que escribí las últimas páginas sin pausa, casi como dictadas, en la noche más fría de mi vida. Vuelvo a lo anotado en el cuaderno de trabajo: “Escribo a dos velas (en esta parte de la casa, en Cercedilla, no hay luz eléctrica), son las dos de la mañana. Desde hace poco padezco de insomnio y he cambiado la hora de trabajar. Note que estoy sufriendo un fenómeno de ansiedad (leo que ansiedad deriva de angere: ahorcar)”.

Sentía los dedos entumecidos sobre la máquina de escribir. Nevaba y vi cómo atardecía. Todo era silencio. A través de una pequeña ventana, el campo vecino estaba circundado por una luz quieta, blanca, artificiosa, fantasmal. Llegó imperceptiblemente la noche, y fue más esclarecida que la tarde; luego el amanecer, y cuando sentía que por fin comenzaba a liberarme de la memoria de los muertos, el libro, mi adiós, había sido escrito.

(fragmento del prólogo de *La casa y el viento*, edición 2000).

**Héctor Tizón** es abogado y escritor. Estuvo exiliado en México. Publicó, entre otros libros, los cuentos de *El jactancioso y la bella* (1972) y *El gallo blanco* (1992), las novelas *Fuego en Casabindo* (1969), *El cantar del profeta y el bandido* (1972), *Sota de bastos, caballo de espadas* (1975), *La mujer de Strasser* (1997) y *El viejo soldado* (2004). Actualmente es juez de la Suprema Corte de Justicia de Jujuy.

Por Emmanuel Kahan y Mora González.



**Argentina 1976-2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia**, de Hugo Quiroga y César Tcach (compiladores). Homo Sapiens ediciones, Rosario, 2006

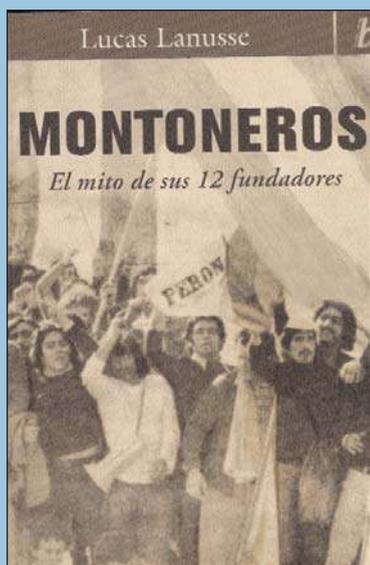
Hay fechas que no soportan la liviandad de la efemérides. La carga simbólica y la densidad histórica que presenta el 24 de marzo de 1976 no pueden abreviarse en la cronología escolarizada. La jornada que inauguró el autodenominado “Proceso de Reorganización Nacional” ha sumergido a un sinnúmero de analistas del campo de las Ciencias Sociales en debates que ponen el acento sobre la inevitabilidad del golpe, las conspiraciones entre civiles y militares, los objetivos iniciales y las modificaciones sustanciales en la relación entre la sociedad civil y el Estado, las nuevas configuraciones en el ámbito de la sociedad civil y la economía, los apoyos civiles y las complicidades con el terrorismo de Estado, entre otras.

A diferencia de muchos de los libros que se han publicado o reeditado en torno a la conmemoración de los treinta años del Golpe, el que compilan Hugo Quiroga y César Tcach posee una premisa original: indagar en las rupturas y continuidades que pueden establecerse entre la dictadura y la democracia en Argentina entre 1976 y el 2006. Compuesto por una serie de artículos de reconocidos académicos y testigos, el libro intenta abarcar una diversidad de tópicos explicativos acerca de la relación autoritarismo-democracia: el imaginario democrático, las consecuencias políticas y económicas del Golpe, las prácticas políticas durante la dictadura y los tiempos democráticos y las formas atentatorias contra la participación ciudadana, las lógicas de radicalización política que movían a los actores, las disputas por la construcción de la memoria, el valor del testimonio, entre otras. Argentina 1976-2006 es un libro útil para indagar en la multiplicidad de factores, que, a treinta años del Golpe y a veintitrés de la reinstauración democrática, son constituyentes de la actual vida política, en su más amplio sentido. Entre el testimonio, el ensayo y el análisis académico, sus autores abordan el problema desde distintas miradas disciplinarias: El Silencio es salud. La dictadura contra la política, de Waldo Ansaldi; Secretos, confidenciales y reservados. Los registros de las dictaduras. El Archivo de la Dirección de Inteligencia de la Policía de la

Provincia de Buenos Aires, de Patricia Funes; Testimonio. La primera derrota de la dictadura en el campo internacional, de Lucio Garzón Maceda; Luchas por el sentido del pasado y el presente. Notas sobre la reconsideración actual de los años 60 y 70, de Cecilia Lesgart; La oscuridad como marca, de Norma Morandini; Entre la lógica del partisano y el imperio del Gólem: dictadores y guerrilleros en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, de César Tcach; La democracia y la sombra del Proceso, de Luis Alberto Romero; Sobre algunas consecuencias políticas de la dictadura militar 1976-1983, de Ricardo Sidicaro.

**Montoneros. El mito de sus 12 fundadores**, de Lucas Lanusse. Vergara, Bs. As., 2005. 298 páginas.

El 29 de mayo de 1970, la por entonces desconocida organización Montoneros hizo su aparición pública mediante un hecho que cambiaría el curso de la vida política del país: el secuestro del ex-presidente de facto Pedro Eugenio Aramburu, quien a los pocos días sería ejecutado. Como deja entrever su título, la investigación de Lanusse tiene por objeto refutar lo que denomina el mito de los 12, según el cual Montoneros estaba compuesto por dicha cantidad de miembros al momento del Aramburazo. Mito sustentado por la propia organización, que en el número del 6 de septiembre de 1974 de La causa peronista, publicó una entrevista a Norma Arrostito y a Mario Firmenich en la que contaban los detalles del operativo



Aramburu, afirmando que en ese tiempo toda la organización éramos doce personas, posiblemente para legitimar a la conducción. También el historiador inglés Richard Gillespie suscribe al mito en su libro *Soldados de Perón. Los Montoneros*. Para concretar su objetivo de refutación, Lanusse aborda un campo prácticamente inexplorado: los orígenes de la organización político-militar Montoneros, realizando una investigación que atraviesa la década del '60 y concluye en 1971. Mediante una sólida reconstrucción histórica y la utilización de múltiples fuentes documentales, Lanusse desentraña las condiciones y los procesos que

dieron lugar a que muchos jóvenes católicos pasaran de la opción por los pobres a la opción por las armas, conformando una organización que supo conjugar un objetivo, el socialismo; con una metodología, la lucha armada, y una identidad, el peronismo. Más allá de lo anecdótico del dato numérico que diversas evidencias refutan, lo importante es que este trabajo demuestra que quienes mataron a Aramburu no constituían un aparato militar aislado, sino un grupo que estaba fuertemente enraizado y era el emergente de redes sociales y políticas más amplias. En este sentido, una de las ideas más fructíferas para abordar el período fundacional de Montoneros es su tratamiento a partir de los conceptos de ámbito, círculo y grupo. Éstos le permiten al autor identificar tanto espacios o niveles de militancia como también diversos momentos en el proceso de radicalización de numerosos sectores cristianos. Mediante abundante material, Lanusse muestra cómo dentro del ámbito relativamente amplio del catolicismo postconciliar comprometido con los pobres, comenzaron a delinearse círculos de cristianos radicalizados y peronizados, más restringidos y de carácter marcadamente político, que reflejaban el pasaje desde el reclamo de un cambio en las

posiciones de la Iglesia hacia proyectos que tenían por meta un cambio en las estructuras de la sociedad. Como desprendimiento de esos círculos, y bajo la convicción de que la violencia era el único método eficaz para tal objetivo, surgirían los grupos político-militares, es decir, los cinco grupos originales que de acuerdo al autor confluyen en la conformación de Montoneros (el grupo fundador de Buenos Aires, el grupo Córdoba, el grupo Santa Fe, entre otros). Es por esto que afirma que no es posible comprender el surgimiento de esta organización a partir de los grupos originales exclusivamente, desligándolos de las amplias redes en las que se incubaron y sobre las que se asentaban. Menos aún entender su aparición a través de uno solo de ellos, aquel que mató a Aramburu. Por todo esto, la investigación de Lanusse se torna una referencia ineludible para quienes intenten comprender el origen, la conformación y los primeros pasos de la organización político-militar Montoneros. Los que quieran adentrarse en los años de su consolidación, signados por el crecimiento masivo de sus órganos de superficie y por su enfrentamiento con el anciano y enfermo militar de regreso en el país, tendrán que esperar el segundo volumen, ya en marcha.

Publicaciones. Servicio de biblioteca: Calle 54 N° 487 entre 4 y 5. La Plata. Lunes a viernes de 9 a 18 hs. Colección completa de Puentes. Bibliografía y videoteca especializada. Material bibliográfico actualizado sobre historia argentina reciente, textos teóricos sobre memoria y derechos humanos. La base de libros y películas disponibles se puede consultar en nuestra página [www.comisionporlamemoria.org](http://www.comisionporlamemoria.org)

Memoria en las aulas

## Convenio con escuelas polimodales y de educación superior



La Dirección de Educación Superior y la Comisión Provincial por la Memoria, convocan a docentes y alumnos de los Institutos Superiores de Formación Docente, a la presentación de propuestas pedagógicas que aborden la temática vinculada al último golpe de estado y sus consecuencias sobre el pasado reciente y la actualidad, de manera original y creativa y que contemplen la inclusión del debate, reflexión, análisis, construcción de sentidos y representaciones, etc. en torno a esta temática. El propósito es brindar a los futuros docentes y a los que están en ejercicio, diferentes herramientas metodológicas que posibiliten la transmisión y apropiación del pasado reciente y de sus consecuencias en la actualidad. Las propuestas deberán contar con la participación de al menos diez alumnos, quienes podrán pertenecer a diferentes años y cursos del instituto participante y de al menos un docente.

La participación en la convocatoria prevé una instancia de capacitación para los docentes y alumnos que participen de la misma, la organización de un Congreso Provincial de intercambio a realizarse en el mes de octubre y la publicación de los trabajos presentados en CD y en la revista académica que editará la Dirección de Educación Superior. Los mismos serán remitidos en el mes de febrero de

2007 a los establecimientos escolares de todos los niveles, con el propósito de que actúen como instancia de consulta de los docentes en actividad. A su vez, la Dirección de Educación Polimodal y la Comisión Provincial por la Memoria, han desarrollado un programa de conmemoración y reflexión pedagógica en torno a la última dictadura y su tratamiento en las aulas. El programa atraviesa la acción educativa a lo largo del año y aspira, además, a trascender este particular año de conmemoración para propiciar la re-construcción de la enseñanza del pasado reciente en las escuelas. Sus objetivos generales son construir con los alumnos conocimiento científico, sistemático y reflexivo sobre las políticas internacionales y nacionales que posibilitaron y se beneficiaron con el terrorismo de estado, entendiendo estas prácticas y dispositivos de poder autoritario desde la conceptualización de los mecanismos racionales que las posibilitaron, evitando el impacto morboso que el terror provoca, y construir con los docentes conocimiento que permita la superación de la disociación que, en general, existe entre las prácticas reales de enseñanza y el diseño de los contenidos; o entre las prácticas didácticas y el discurso didáctico.

Como parte del programa, se entregarán materiales para ser trabajados en distintos espacios curriculares: un CD que contiene los 14 dossiers de Educación y memoria y los dos de Memoria en las aulas, realizados por especialistas del Programa Jóvenes y Memoria en las Escuelas y que forman parte de la publicación oficial de la Comisión, la revista Puentes. También se recordarán los treinta años de la de-

saparición del escritor Haroldo Conti, para lo cual la Comisión Provincial por la Memoria organizará una muestra itinerante y se realizará un acto central en la ciudad de Chacabuco, de la cual Conti era oriundo. Además de acompañar estas actividades, especialistas producirán y difundirán material de apoyo para la lectura de la obra de Haroldo Conti en el espacio Curricular Lengua y Literatura. También se recordará la represión al movimiento estudiantil. Además de coordinar y participar en los actos conmemorativos, especialistas producirán material para el tratamiento en el espacio curricular Derechos Humanos. Se organizarán también encuentros regionales de docentes y alumnos para trabajar desde diversas perspectivas esta temática.

Se producirán documentos y difundirán textos que permitan a los docentes articular los contenidos del espacio curricular Historia Argentina y Latinoamericana desde la perspectiva de los distintos modelos sociales que pugnar por el poder en Argentina y Latinoamérica y los dispositivos de poder que generaron para tal fin. Se organizarán concursos para docentes y alumnos en ensayo, narrativa y audiovisual.

Se producirán y difundirán materiales relacionados con la didáctica de la historia, los derechos humanos y la literatura; se realizarán talleres de capacitación sobre diversas perspectivas didácticas y utilización de recursos pedagógicos que resignifiquen la enseñanza de estas disciplinas; se organizarán paneles y encuentros con especialistas; se ortalecerán las bibliotecas de todas las escuelas con bibliografía fundamental para el replanteo metodológico de estas disciplinas.



## Convenio con TELAM

### El diario del 24

Todo está guardado en la memoria (refugio de la vida y de la historia), es el título de tapa -tomado de una letra de León Gieco- de una publicación de 24 páginas en formato tabloide, íntegramente dedicada a la memoria del terrorismo de estado y los desaparecidos, de la cual se repartieron gratuitamente cien mil ejemplares. Se trata

de una iniciativa de la Secretaría de Medios de la Presidencia. Su realización fue posible a partir del trabajo conjunto entre la Comisión Provincial por la Memoria y la agencia de noticias estatal TELAM. En su confección participó el director de TELAM, Martín Granovsky y pasantes, becarios e investigadores del archivo de la DIPBA coordinados por Claudia Berlingieri y Patricia Funes. El aporte de documentos del archivo de la D.I.P.B.A. fue fundamental para el tratamiento de temas tales como el día 24, la colaboración entre empresas y servicios de inteligencia, la resistencia de los trabajadores, la censura, la desaparición de Haroldo Conti, las desapariciones de trabajadores de TELAM, las listas negras, el asesinato del

sacerdote Carlos Mugica, las ejecuciones de secuestrados en falsos enfrentamientos, el surgimiento de las Madres de Plaza de Mayo, la participación del interventor de la Universidad del Sur -Remus Tetu- en la represión a los estudiantes de ese centro de estudios con sede en Bahía Blanca, la visita de la Comisión Internacional de Derechos Humanos y la forma en que fue perseguida y espiada -ya en democracia- la Conadep.

En la introducción, Martín Granovsky, presidente de TELAM, escribe acerca de esta iniciativa: Es un gesto de democracia concreta. Por primera vez acerca masivamente a los ciudadanos las pruebas del espionaje sobre ferroviarios, artistas, escritores, mecánicos, sacerdotes, estudiantes, dirigentes de derechos humanos y militantes políticos. Al ser una iniciativa del estado, busca contribuir a la reparación del daño y el dolor que el propio estado provocó al pueblo argentino. Expresa en concreto la idea de que la agencia estatal no puede ser imparcial frente a la violación de los derechos humanos, pero a la vez debe expresar su compromiso con las garantías individuales con creatividad y profundo rigor informativo. La edición subraya la dimensión social de la masacre y revela detalles sobre la resistencia contra el plan que liquidaba industrias y obreros. Este trabajo de investigación procura ayudar no sólo al recuerdo de las víctimas sino a la reflexión sobre el pasado.

## Convenio entre la BDIC de Nanterre y la Comisión por la Memoria

### Entregan documentos de la resistencia en el exilio

Archivos provenientes de Francia, relacionados con el exilio argentino y la movilización en contra de la dictadura en ese país, fueron entregados formalmente el martes 18 de abril al Archivo Nacional de la Memoria y a la Comisión por la Memoria de la Provincia de Buenos Aires. Del acto, participaron el embajador de Francia, Francis Lott, el Secretario de Derechos Humanos de la Nación, Eduardo Luis Duhalde, el subsecretario de Derechos Humanos, Rodolfo Matarollo, y uno de los presidentes de la Comisión por la Memoria, el fiscal Hugo Cañón.

La documentación pertenece a la Biblioteca Documental Internacional de Historia Contemporánea de Nanterre. En el año 2004 la Comisión por la Memoria de la provincia de Buenos Aires firmó un convenio de cooperación con la institución francesa a partir del cual se dejó en salvaguarda una copia de seguridad de los archivos de la Dirección de Inteligencia de la Policía Bonaerense. Como contrapartida, la BDIC se comprometió con la Comisión a digitalizar y entregar documentación referida a actividades de resistencia a la última dictadura militar argentina. Los archivos cuya entrega se concretó son documentos de organizaciones argentinas de derechos humanos en el exilio, entre ellas la Comisión Argentina de derechos humanos, el Comité Argentino Internacional de Solidaridad y Trabajadores y Sindicalistas argentinos en el exilio. También los archivos incluyen documentación de las acciones de los comités franceses en repudio a la dictadura, entre ellos el Comité de Boicot al Mundial de Fútbol.